

Universidad Nacional de Río Negro
Escuela de Humanidades y Estudios Sociales
Licenciatura en Ciencias Antropológicas con Orientación Sociocultural

Tesina de Licenciatura

Título:

En ronda: en *cuenda*, en *asamblea*. Auto-organización social, moralidad y performance en un proyecto barrial comunitario.

Autor/a: Paula Colonna

Legajo Nro.: 6648

Director/a: Laura Kropff

San Carlos de Bariloche, 29 de Enero de 2018

INTRODUCCIÓN.....Pág. 3

Una *asamblea* de inauguración. Hacia la pregunta de investigación. Las bases teóricas: el principio de agremiación y la noción de comunidad. Moralidad, redes y performance/performatividad.

CAPÍTULO 1**Voces y voceros de auto-organización barrial en *Los Coihues*.....Pág. 20**

Breve análisis reflexivo de la entrada al campo: Acerca de vivir, o no vivir en el barrio. “Los que elegimos vivir en este barrio”. *Los Coihues* desde la perspectiva de la migración por estilo de vida/amenidad. Conclusiones.

CAPÍTULO 2***La Biblio* y sus prácticas de auto-organización comunitaria.....Pág. 37**

Un peculiar antecedente. La performance de una *Fiesta* como experiencia de participación. “Así es la Biblio...los Coihues es así...” En clave de resonancia: “todos ponen”. La emergencia de las *prácticas concretas*. Conclusiones.

CAPÍTULO 3**En ronda: en *cuerda*, en *asamblea*. Moralidad y performance.....Pág. 61**

La *modestia* de las *prácticas concretas*. Las *prácticas concretas* como prácticas morales. La deseabilidad de las *prácticas concretas*. En ronda: en *cuerda*, en *asamblea*. Moralidad y performance: cuerpos en ronda y palabras. Narrativas en resonancia. Conclusiones.

Conclusiones.....Pág. 91**Bibliografía.....Pág. 94**

Introducción

Si bien hacía mucho que yo conocía el barrio de Villa Los Coihues -y lo frecuentaba a menudo- es posible afirmar que hubo un momento a partir del cual este enclave geográfico, y una particular comunidad en torno a la biblioteca vecinal, se configuraron en el ámbito donde realizar esta experiencia de trabajo de campo antropológico. Su inicio está vinculado a la puesta en práctica del Programa de Trabajo Social: “Cuerda de tambores, un proyecto musical para la acción cultural”, cuya ejecución en el marco de aquel emprendimiento vecinal, me permitió formular las preguntas que habilitaron el presente ejercicio.¹

El barrio de Villa Los Coihues, se encuentra emplazado a orillas del Lago Gutiérrez a unos 15 km del centro de la ciudad de San Carlos de Bariloche, provincia de Río Negro (ver mapa).



Atravesada durante las últimas cuatro décadas por un contundente flujo de población migrante, San Carlos de Bariloche registra un importante aumento en cantidad de habitantes, producido en un lapso relativamente corto de tiempo. La misma pasó de tener 30.070 habitantes en 1970 a 81.001 en 1991 (Acevedo y Del Popolo, 1994; Abalerón C., 1992), creciendo a 93.101 según el censo de 2001 (INDEC, 2001) y llegando a ostentar una población de 113.299 habitantes en 2010 (INDEC, 2010). Vemos así que entre 1970 y 1991, creció en 50.931 habitantes. Mientras que, entre 1991 y 2001, creció en 12.100 habitantes. Finalmente, entre 2001 y 2010 creció en 20.198 habitantes. Estos datos expresan un decrecimiento en el aumento poblacional (en números brutos y en porcentaje con respecto al total de la población) en la década de 1990 y un crecimiento significativo en la primera década del siglo XXI. Para Villa Los

¹ La instancia denominada Programa de Trabajo Social constituye un requisito académico transversal a todas las carreras de la Universidad Nacional de Río Negro.

Coihues, los datos censales muestran un marcado aumento de población, registrando 1.919 habitantes en 2010 (INDEC, 2010). Este número como incremento, indica que prácticamente se triplicó la cantidad de habitantes respecto de los 683, registrados en 2001 por el censo anterior (INDEC, 2001).

En relación con estos flujos migratorios que atraviesan la ciudad, algunos trabajos (Matossian, 2012, 2015) han podido identificar su procedencia tanto del sur de Chile como de zonas rurales aledañas, corriente que se completa con un tercer flujo proveniente de grandes centros urbanos del norte del país que buscan establecerse en “el sur”. Este crecimiento demográfico se describe como acelerado y escasamente planificado, detectándose que el mismo ha generado profundas fragmentaciones urbanas a modo de divisiones sociales del espacio (Matossian, 2008). El espacio residencial de San Carlos de Bariloche ha ido mostrando así, de forma gradual, una fragmentación que se evidencia en forma de procesos de inclusión-exclusión. Distintos barrios de la ciudad aparecen condensando estos procesos, hacia adentro y entre sí, evidenciando que el barrio cumple un papel estratégico y activo como parte de los procesos de conformación social-espacial (Matossian, 2008).

En esta línea, la presente investigación se hace eco de otras realizadas en nuestra ciudad, que entienden al barrio como un lugar en el cual la comunidad busca darle sentido a todo un compendio de prácticas culturales y modos de vida. El barrio, lejos de ser considerado una mera división jurisdiccional, administrativa o física, es concebido como una formación histórica y cultural, con importancia material y simbólica de impacto para sus habitantes (Matossian, 2015). Tal como lo expresa Matossian, se trata de “concebir a los barrios como oportunidades de expresión de los locales, como lugar de intercambio y encuentro con el otro” (Matossian, 2015: 6). Otros trabajos cuyo foco gira en torno al mismo interés (Kropff, 2001; Fuentes y Núñez, 2007; Matossian, 2008; Agüero, 2008) ven a su vez al barrio como un espacio donde se construyen identidades. Los trabajos mencionados, con distintos énfasis, metodologías y enfoques, coinciden en darle particular importancia a las perspectivas de los actores. Como propósito más general, este ejercicio busca entonces aportar a estas producciones que reflexionan en torno de aquellos procesos de atribución de sentidos a prácticas y modos de vida. En esta línea y siguiendo a Tilly (2000), buscaremos comprenderlos en términos de los repertorios de acción colectiva, que toman protagonismo en la configuración de ámbitos barriales en nuestra ciudad. A partir de un trabajo de observación participante, realizado

en el marco de un proyecto vecinal del barrio de Villa Los Coihues, busqué entonces elaborar materiales etnográficos que dan cuenta de prácticas y repertorios de acción colectiva que, a su vez, implican procesos de constitución y disputa de moralidades.

Como ya adelanté, el presente ejercicio se inicia con la puesta en funcionamiento del Programa de Trabajo Social que se denominó “Cuerda de tambores: un proyecto musical para la acción cultural”. A partir de introducirnos en la experiencia realizada en este marco, daré cuenta del proceso que dio lugar a la formulación de la pregunta central para este ejercicio. Las aproximaciones teórico-metodológicas que le dan forma y fundamento tanto a aquella pregunta como al problema de investigación, están desarrolladas aquí. Para dar comienzo a este ejercicio, presentaré entonces parte de la historia que cuenta cómo esta trama de relaciones en torno al Programa y a la biblioteca, llegó a convertirse en el campo de esta investigación. El hito sobre el cual se monta como punto cardinal, tiene que ver con una particular celebración: una *asamblea* que inaugura la sede propia para la biblioteca vecinal, *la Biblio*.

Una *asamblea* de inauguración

Aquel primer día con el que comienza el relato, abrió para mí una nueva entrada a un barrio que yo ya conocía. Con la noticia de una *asamblea* que inauguraría por fin su sede propia, la Biblioteca Popular Carilafquen estaba, por así decirlo, de fiesta. A causa de las relaciones previas que yo tenía con algunas de aquellas personas y con ciertas actividades desarrolladas por éstas en el barrio, había escuchado ya sobre el emprendimiento que para este entonces llevaba diecinueve años de existencia. Teniendo en cuenta esto, aquel primer día pude conocer sólo a grandes rasgos algunos aspectos del mismo: el lugar preciso que ocupaba, el grupo de personas que lo llevaba adelante, cómo estaban organizados para hacerlo, cómo había surgido la iniciativa. Participar aquel día del evento que se anunciaba como *una especial asamblea*, significó así encontrarme con un enorme caudal de información, con un acontecimiento complejo y en desarrollo.

Las notas de campo que registré por entonces, se prestan hoy como una fotografía de lo que comenzaba a desplegarse para mi trabajo:

Hay un particular espacio geográfico en el vecindario, es una especie de corazón en donde se reúnen *La plaza de la comunidad*², la Junta Vecinal, *la Biblio* y la Escuela. Hoy se ve como un circuito en movimiento, con mucha gente pululando, gente que charla entre sí a medida que se encuentra, que llega, que pasa, que lleva y trae: fuentes colmadas con preparaciones caseras, sillas, cajas, niños en brazos, sonrisas, frazadas, canastas con mate. El día parece estar preparándose desde hace mucho para lo que todos nombran como *hoy hay asamblea*. Por lo visto se trata de la primera *asamblea* bajo techo dentro del nuevo, flamante, salón de *la Biblio*. Hoy desde temprano, más de veinte personas ya estaban reunidas aquí compartiendo un almuerzo y haciendo una venta de loco. Ahora que ese número ha aumentado, están por dar comienzo a una especie de gran evento barrial. El clima es de celebración, la palabra gira de boca en boca, se enuncia el trabajo hecho, se recuerdan amigos, vecinos y compañeros, se reponen vivencias y anhelos compartidos, se proponen nuevos. Puedo percibir mucho afecto mutuo mientras veo -literalmente- a todas estas personas enlazadas, a medida que se nombran vecinos, amigos, escuela, radio, junta vecinal. El lazo que literalmente se despliega entre ellos, resulta de un juego interactivo que se ha puesto en marcha, en el que una lana tendida de mano en mano los une concretamente y va creando con ellos una atmósfera redonda, tal la disposición de los cuerpos en el espacio (fragmento de registro de campo).



² *La plaza de la comunidad* es una inscripción que reza un cartel de madera tallado, en la entrada a la misma.



Documentos fotográficos de la Biblioteca Popular Carilafquen: <https://www.facebook.com/BibliotecaPopularCarilafquen>

La sede de la biblioteca que conocí aquel primer día, resultó una amplia cabaña de madera con el techo a dos aguas, construida por los mismos vecinos en base a un esfuerzo mancomunado. Al respecto entre las notas de campo, grabé la siguiente impresión: “Todos ponen, esa parece ser la consigna: trabajo, tiempo, ganas, una torta, un mate, una mesa, la estufa, unas maderas... lo que sea, lo que haga falta, lo que se tenga y se pueda” (fragmento de registro de campo).

Mientras que, aparentemente bajo la cadencia de aquella tácita consigna, proseguía en desarrollo esta singular *asamblea*, diremos que fue dentro del cálido clima de aquella cabaña colmada de personas, cuando surgió la propuesta que daría origen al Programa de Trabajo Social, el cual yo iba a desarrollar posteriormente allí, en *la Biblio*. Sucedió que a causa de las relaciones previas que me involucraban con aquella trama vecinal, al participar de aquel evento, recibí la propuesta para sumarme con un aporte musical al emprendimiento comunal. Entonces ofrecí hacerlo en el marco de mi formación como antropóloga, mediante la realización de un Programa de Trabajo Social. El cumplimiento de la instancia académica que representa el Programa, requiere del diseño y puesta en práctica de una estrategia que, localizada territorialmente y sintonizada con necesidades comunitarias, promueva un diálogo y transferencia de saberes entre la Universidad y la comunidad. En el diseño de éste, propuse tanto desarrollar la enseñanza de la práctica musical que me había sido requerida, cuanto aportar, a su vez, con la producción de conocimientos etnográficos orientados a enriquecer, facilitar o mejorar de forma dialógica aquel proceso de participación vecinal en curso. De este modo, en el marco de mi formación como antropóloga, desarrollé mi primera experiencia de trabajo de campo.

Antes de comenzar con la descripción etnográfica inicial, expondré muy brevemente el concepto de campo que la orienta. Básicamente, esta descripción tiene la intención de dar cuenta de cómo el lugar y las personas, atravesadas por el hilo conductor de las actividades realizadas en el marco del Programa de Trabajo Social, se fueron entramando entre sí y conmigo, a raíz del presente ejercicio. Con ello busco mostrar el proceso por el cual nos fuimos configurando de forma significativa, llegando a dar emergencia a aquello a lo que llamaré el campo de esta investigación. La definición que me ayudó a comprender el proceso que estaba viviendo es la que propone Guber (2004), quien afirma que el campo de una investigación en el trabajo antropológico, surge de la sinergia entre el investigador puesto en relación con sus interlocutores. En ese sentido, el campo como referente empírico, resulta tanto una actividad cuanto un recorte de lo real. Así se explica de qué modo los investigadores nos implicamos inmediatamente a través de nuestra presencia, de nuestras actividades y de las relaciones que establecemos con nuestros interlocutores, en la emergencia del campo. Aquello que emerge como campo y que Guber define como un recorte de lo real, resulta pues, en este sentido, un constructo manifestación de nuestra agencia. Agregaremos con Guber que, si bien la noción de realidad introduce una innegable complejidad al concepto de campo como recorte de lo real, es posible asimilarla si tenemos en cuenta que esta noción alude tanto a los fenómenos observables cuanto a la significación que los actores le asignan a su entorno y a la trama de acciones que los involucra, resultando entonces el campo en “una cierta conjunción entre un ámbito físico, actores y actividades” (Guber, 2004: 97).

Hacia la pregunta de investigación

Tal como lo adelanté, después de aquella *asamblea* de inauguración, puse en funcionamiento el Programa de Trabajo Social. Tres meses después habíamos logrado consolidar, bajo el nombre propio *Encuentro de tambores de la Biblio*, un pequeño grupo de vecinos participantes. Algunos de ellos eran a su vez participantes de *la Biblio*. Nuestras actividades básicamente consistían en reunirnos los días Sábado, a enseñar y practicar los toques del *candombe*³ buscando, tal como lo comenté, incentivar la

³ La expresión *candombe* designa, para este ejercicio, sólo el aspecto rítmico de un complejo fenómeno histórico y cultural. Desde lo estrictamente musical, es el producto del toque simultáneo de tres tambores con sus variaciones y matices. Del diálogo y la comunicación entre los mismos es que surge la expresión *tambores en cuerda*, que designa a la formación conocida como *cuerda de tambores*. Siguiendo a Ortiz Oderigo diremos que el *candombe* es “un fenómeno de música-movimiento-danza, que va mucho más

participación barrial a través de esta práctica musical. La iniciativa prosperaba, el grupo crecía y el clima de trabajo era de mucho entusiasmo. De modo que para fin de año me encontré inmersa en un grupo de vecinos de este *barrio*, componiendo a su vez un colectivo de vecinos mayor, organizado en torno al emprendimiento vecinal que constituía la biblioteca. Si esta cuestión se dejara allí, probablemente estaría dando cuenta de una buena adecuación entre el Programa y el proyecto vecinal que lo alojaba.

Sin embargo, sucedió que para cuando nos acercábamos a finalizar el Programa –y yo trabajaba dando forma a la pregunta de investigación-, se generó una productiva situación de tensión dentro del grupo: en el marco de aquel clima de entusiasmo, una particular consecuencia vinculada a la conclusión del Programa generó una oleada de dudas y cuestionamientos imprevistos. La cuestión problemática resultaba del hecho de que la finalización del Programa a su vez ponía fin a mi participación en el grupo que este había ayudado a crear, pues dentro de sus objetivos el Programa buscaba lograr que el grupo pudiera seguir adelante sin acompañamiento. A partir de aquí dos puntos de vista tensionaron el momento que estábamos viviendo en términos de ¿en qué sentido aquello era un cierre y para quién?

Partiendo de la lógica de funcionamiento del Programa en tanto instancia académica, este incluía en su formulación una duración estipulada por la reglamentación de la Universidad, vinculada a su vez al logro de sus objetivos. Ahora, y dado que acorde a estos objetivos el grupo debía lograr seguir adelante sin mi acompañamiento, habíamos trabajado el tema, preparándonos para la nueva y próxima etapa sin mi presencia. A pesar de realizar este trabajo reflexivo, la siguiente duda volvía a presentarse: ¿era mi partida estrictamente necesaria? Encuentro tras encuentro tocábamos el tema, dejando en el aire un rastro de inconclusa incertidumbre. Lo que el grupo cuestionaba de forma general era: ¿qué me impedía –una vez que el Programa hubiera concluído-, dejar de participar como una *estudiante de antropología* para hacerlo como una *compañera* más? También otra duda muy productiva, nació de este momento: ¿Por qué aun cuando el Programa había cumplido con éxito sus objetivos, -y así indirectamente los de la biblioteca con los que estaba sintonizado-, sin embargo mi partida generaba aquel clima de inadecuación?

allá del simple concepto occidental de estilo, género o ritmo”, nacido en ambas márgenes del Río de la Plata, Argentina y Uruguay, y producto de la mezcla de culturas y toques de origen africano, llegados en la memoria de africanos esclavizados, entre los siglos XVII y XIX (Ortiz Oderigo, 1969: 23).

A partir de aquí comencé a reconocer en la respuesta del grupo, un otro punto de vista emergiendo en contraste con la lógica académica del Programa. Desde aquí podía ver que el hecho de retirarme justamente en aquellos momentos en los que *nuestra* iniciativa prometía seguir creciendo, tal vez resultara disonante: aunque como grupo sabíamos bien que aquella experiencia formaba parte de una práctica de estudio sujeta a las reglas propias de ese ámbito, resultaba inquietante la condición que éste imponía respecto a que yo dejase de participar. Cuanto menos esto es lo que parecían expresar aquellas persistentes dudas.

La cuestión mencionada relativa a la lógica académica del Programa y su adecuación formal con los objetivos de la biblioteca, tomó relevancia para pensar todo aquello, pues ¿por qué la sola concreción de los objetivos, garantía formal de éxito, no parecía suficiente para cumplir con las expectativas puestas en este intercambio? El grupo se había conformado, la *participación barrial* aparentemente se había logrado y sin embargo no podía explicar desde esta concreción de los objetivos, la disparidad de sentidos con los que estábamos viviendo aquella finalización.

Estas preguntas me llevaron a pensar en una tercera cuestión obvia, vinculada con la puesta en práctica del Programa: la elección del espacio/vecindad donde realizarlo. En este sentido no era desconocido para mí el hecho de que esta elección se había sostenido, en parte, en las relaciones que yo estableciera con anterioridad. Interiormente sabía que la sintonización de objetivos no había sido sólo instrumental, -es decir no sólo hecha para que cuadrara con la lógica que imponía un Programa académico-, sino también hecha desde cierta asumida afinidad y familiaridad que yo guardaba con este *barrio*. Lo interesante aquí respecto de todas estas cuestiones obvias es que, aun guardando rigurosa conciencia sobre ellas, ninguna había despuntado como un dato hasta ahora. Un tanto sorprendida por verlo así, comencé a concentrar mi atención sobre aquellas ideas, nociones y afectos que yo también compartía y que también me interpelaban y entramaban con aquella red vecinal. Comencé a preguntarme por estos sentidos que parecían estar fluctuando allí entre las personas, las actividades, las formas de organizar los intercambios, incluso atravesando los términos formales en los que se habían dejado plasmados los objetivos para este trabajo conjunto.

La sorpresa que me produjo redescubrir estas cuestiones obvias, inauguró mi posibilidad de imaginar desde aquí un problema antropológico. Justamente Boivin, Rosato y Balbi afirman que preguntarnos acerca de lo obvio, es ejercitar una sana costumbre

antropológica. Y sitúan la tarea del antropólogo en esta dirección: cerca de aquello que entienden como las instancias de atribución de sentido, las cuales no pueden ser explicadas desde conceptos abstractos, ya que “(...) la atribución de significados a eventos, cosas y personas, nunca es una función automática del contenido de los conceptos definidos en abstracto, sino que es el producto de un proceso de interpretación concreto, situado socialmente” (Boivin, Rosato y Balbi, 2003: 146).

Al poner en foco estos sentidos allí latentes comencé a comprender aquél fenómeno como un microscópico movimiento implicado en establecer relaciones, realizar enlaces, establecer vínculos. Una dimensión hasta ahora insignificante para mí y que no parecía detenerse. Así es como comencé a darme cuenta de que había estado dando por supuesto a aquel grupo de personas organizadas en torno a una biblioteca barrial. Es decir, lo había estado mirando como a un hecho de la realidad, como si fuese una noción quieta, tan sólida como una roca. Había estado mirado aquel fenómeno que constituían un grupo de personas realizando diversas actividades en aquel lugar físico, como a una estable pintura, encerrada silenciosa bajo el rótulo de *la Biblio, la comunidad de la Biblio, el Encuentro de tambores de la Biblio*, o aun de forma más abstracta bajo la nomenclatura *Biblioteca Popular*. Y había estado buscando los posibles problemas antropológicos a estudiar en temas “sociales” adyacentes que suponían a aquellas agremiaciones, como hechos. Por ello la pregunta sobre este cuadro como un flujo, un devenir, un movimiento constante de producción y transmisión de sentidos comunes, me forzó a pensar mejor en términos de ¿cómo es posible explicar esta confluencia configurada como estar-juntos? ¿Cerraba el caso fundando causas en una coincidencia ideológica? ¿Acaso bastaba con fundamentar ideológicamente una posición?

Lo que había sido una figura fija se puso así en movimiento, renovando mis preguntas sobre un espacio que creía conocer, ofreciéndome una nueva perspectiva: ¿Cómo nombrar aquella confluencia, y aun aquello sobre lo cual se confluía? ¿Cómo dar cuenta de los efectos que esto tenía? ¿qué cosa era este hormigueo, esta agremiación de personas haciendo una biblioteca en este barrio, y cómo funcionaba?

Las bases teórico-metodológicas: el principio de agremiación y la noción de comunidad

Desde que surgieron estas inquietudes, vino a mi mente la etnografía clásica de Pitt-Rivers titulada “Un pueblo de la sierra. Grazalema”, en la que hallé un primer cuadro de apoyo: “En este libro la unidad elegida de análisis fue una comunidad (...) dentro de la cual he intentado encontrar un sistema de relaciones sociales (...) ¿Cuál es el sistema de relaciones dentro de la comunidad?...” (Pitt-Rivers, 1954: 224). Realizada sobre una población española en la región de Andalucía, representa el giro de los estudios etnográficos hacia las sociedades “modernas u occidentales”, cuestión que puede seguirse en esta pregunta central de su argumento y, a su vez, en la orientación de sus ideas fuerza, tesis de la inspiración sociológica que, en palabras del autor, le proporcionó Georg Simmel.

Básicamente, la pregunta que yo me estaba haciendo era la misma: “Un pueblo de la sierra. Grazalema”, como lo anuncia su título, resulta un pueblo. Sin embargo, esta afirmación no es para nada una obviedad, tal como *el barrio* o *Los Coihues*, o el colectivo de *la Biblio*, habían dejado de serlo para mí. Entendí que la cuestión que emergía desde aquí, no era otra cosa que la clásica pregunta sociológica sobre el principio de la solidaridad social, portando consigo el fenómeno que implican las relaciones humanas, más bien en términos de Simmel, en cuanto a ¿cómo es posible explicar este estar-junto-a-otros? En la base de sus consideraciones introduciendo “Cuestiones Fundamentales de Sociología”, Simmel formula un vértice para esta indagación, del siguiente modo:

¿qué ocurre con las personas, según qué reglas se mueven, no en tanto despliegan la totalidad de sus existencias individuales que se puede captar, sino en tanto forman grupos y son determinados por esta existencia de grupo debido a los efectos ejercidos recíprocamente? (Simmel, [1917] 2002: 35).

El postulado del cual parte para pensar esta pregunta, resultó a su vez tener un sincronizado calce con la imaginación que iba desarrollando respecto de mi problema: “la socialización entre seres humanos se desconecta y se vuelve a conectar siempre de nuevo como un constante fluir y pulsar que concatena a los individuos incluso allí donde no emerge una asociación propiamente dicha” (Simmel, [1917] 2002: 32).

La perspectiva que iba a adoptar mi ejercicio partía entonces de una pregunta clásica, hundiendo raíces en cierta inspiración sociológica que había sido alternativa en su tiempo. Ahora, en sintonía con esta perspectiva de Simmel retomada por Pitt-Rivers y caracterizada actualmente como aquella sociología que intenta captar “la dimensión

procesual y fluida del acontecer social” (Vernik, 2003: 17), encontré a su vez la del sociólogo francés Gabriel Tarde mencionada por Latour (2008) en un trabajo que apunta a sentar bases para la innovadora teoría del actor-red. Dicho lo cual entramos a considerar el contexto actual de la disciplina, en donde la confluencia que anotamos como una proximidad teórica y temporal entre Simmel y Tarde, queda subrayada por la confluencia contemporánea de su senda recuperación y por su afinidad con la forma presente de comprender la tarea que le compete a la antropología. Caracterizado por un viraje que dejó atrás la visión de su objeto en aquellos “otros” como entidades esencializadas, este campo disciplinar hace lugar actualmente a la preocupación o énfasis sobre los procesos, de alterización, de diferenciación, de producción de pertenencias. Tomaré como punto de referencia de este viraje el trabajo de Frederik Barth (1976 [1969]) titulado “La organización social de las diferencias culturales”. Aquí es posible anotar cómo se pone en cuestión la supuesta discreción inmanente de los grupos étnicos pequeños, pretendida de antemano mediante conceptos abstractos como el de “sociedad”, para apuntar a indagar sobre la naturaleza de su constitución y la naturaleza de sus límites, buscando más bien dar cuenta de los procesos que participan en la generación y conservación de los grupos étnicos. Con ello se dinamiza la noción de grupo étnico, al que se entiende como una categoría de adscripción e identificación que es utilizada por los mismos actores, reconociéndole de este modo su capacidad para organizar interacción. Otro antecedente en este camino puede verse en el trabajo de James Brow (1990), el cual retoma los conceptos de Max Weber de “comunidad/comunalización” (Weber, 2002 [1921]) para reformular la noción de comunidad, planteándola más bien como construcción y disputa de relaciones de comunidad, como proceso ubicuo, penetrante y continuo. En esta línea y sosteniendo la apuesta por desarmar las fijezas y esencialismos con que pensar la pregunta clásica sobre la solidaridad social, también anotamos la descripción que hace Eduardo Restrepo respecto de la actual posición posestructuralista, mediante la cual subraya cuánto “(...) ya no estaríamos ante una idea de totalidad como ensamblaje de relacionalidades cerrado y fijo, sino ante una configuración abierta e inestable” (Restrepo, 2012: 19), poniendo así en énfasis el carácter procesual, inacabado e incluso fallido de las configuraciones.

Es en este punto del desarrollo de la teoría antropológica, que converge la referencia a Gabriel Tarde con la que Latour (2008) introduce su propuesta para reensamblar lo

social. Para este trabajo tomamos en cuenta tanto su propuesta cuanto aquel criterio recuperado por Latour, que Tarde planteara hacia fines de 1800: en lugar de tratar a lo social como una materia o como un dominio de la realidad, debiera considerárselo como un principio de conexiones. Este criterio, postulado hace más de un siglo, se formula en tensión con la posición contraria sobre la naturaleza de los grupos sociales la cual, fundando por aquel entonces a la sociología y su método, había encontrado su corazón conceptual en la fórmula de Emile Durkheim (1982 [1895]): tomar a la sociedad como un hecho, a lo social como materia, y dar explicaciones sociales como subproductos de esto. Tarde acusaba a la propuesta de Durkheim de tergiversar, con ello, causa y efecto pues, en lugar de explicar cómo la sociedad se mantiene unida, se la tomaba como a un hecho con el que se pretendía explicar otras cosas. Cuestionamiento que, por otra parte, también se recupera desde la perspectiva de Simmel, para quien lo social se define más bien como “ese acontecer que son las formas de socialización, esas formas siempre en proceso de estar –material o simbólicamente- junto a otros.” (Simmel, 2002 [1917]: 6).

En su introducción a la teoría del actor-red (T.A.R.), Latour parte del antecedente sentado por Tarde para señalar la vigencia de este cuestionamiento, apuntando que actualmente “lo social” y “la sociedad” funcionan desde el repertorio de cierto sentido común como si se tratase de un “software”, una cómoda operatoria o procedimiento que permite explicar con aquello, que no está siendo explicado. Por el contrario, y comprendiendo a lo social como ensamblaje, es decir, como procesos explicables a partir de rastrear interacciones entre componentes, su propuesta apunta a desensamblar y re-ensamblar aquello que ha quedado agrupado bajo las etiquetas de la sociedad y lo social, derivando la referencia disciplinar de una sociología de la sociedad hacia una sociología de las asociaciones. Así nos habilita a concebir lo social de un modo diferente al de Durkheim, como una cualidad de un contexto en el cual convergen personas, actividades, espacio y cualquier otro elemento que no sea social en ningún sentido. Tomo la posición de Latour, asumiendo que lo social no podría designar otra cosa que un movimiento en un proceso de ensamblado de todo aquello. Se trata de un movimiento en el sentido latente que Latour desenfunda respecto del vocablo “social”, el cual refiere desde su raíz latina “seq”, al verbo “seguir”. La posición epistemológica que restituye a la tarea de investigación la capacidad de rastrear lo que está siendo ensamblado, me colocó a nivel de la asociatividad, la cual, como posición central, enhebrará de aquí en más el problema de este ejercicio.

En conclusión, la tarea que se abría desde aquí al formularme nuevamente la pregunta clásica por el principio de agremiación o solidaridad social, redundaba en el desafío de rastrear conexiones o, dicho de otra forma, rastrear aquello que está siendo ensamblado, la acción misma de ensamblar y el diseño de sus ensamblados. En esta dirección, el desafío de mi ejercicio partía de comprender que no podía explicar con *la Biblio* o con el *Encuentro de tambores*, otras cosas, que no podía dar por hecho aquellas agremiaciones para plantear desde allí algún otro problema antropológico. Estas categorías pasaron así a ser preguntas, en lugar de ser respuestas o puntos de partida.

Como punto de partida en cambio, en sintonía con la idea de rastrear en términos de procesos asociativos las conexiones, los ensamblajes y sus diseños, el trabajo etnográfico de Pitt-Rivers me ofreció una noción que sería central para lograr este ejercicio. La noción de comunidad planteada como una estructura dinámica regulada por valores, los cuales emergen como tales de sus propios contextos a partir de la etnografía:

Tuve que construir a partir de la observación escalas de preferencias y obligaciones con las que construir la trama de deseos y sanciones desde la cual los individuos determinan sus conductas. Expresé el resultado como <valores> (...) Son conceptos cuyo contenido ético es parte integral de ellos y llega a ser manifiesto solo atendiendo al contexto, aportación de la etnografía (...) Este concepto de los valores está conectado con el de <estructura social> (...) entiendo que la estructura social, más que estar compuesta por grupos de personas que se definen según su estatus, **es como un caleidoscopio de relaciones cambiantes que dependen del contexto**. Los individuos con los que yo estaba tratando elegían entre alternativas de adhesión y se definían por las actitudes que adoptaban” (Pitt-Rivers, 1954: 34 y35. Énfasis propio).

Observando que, salvando las distancias culturales, geográficas e históricas, los individuos con los que yo estaba tratando se comportaban igual que los descritos por Pitt-Rivers, intenté seguir el devenir de este movimiento, buscando figurar una trama en las interacciones observadas. Para esto, la imagen de un “caleidoscopio de relaciones cambiantes que dependen del contexto”, funcionó como la lente con la cual encuadrar el objeto de este ejercicio, el cual se organizó así en torno a la noción de comunidad comprendida como una estructura dinámica, que debía ir siendo forjada en el campo. En

definitiva, resultó una noción plástica, pues con ella podía preguntarme por estas agremiaciones en términos de cómo es que se estaban produciendo allí, en tiempo real.

Moralidad, redes y performance/performatividad

Otras tres perspectivas concurrieron para dar forma al planteo de este problema, dos de las cuales estaban implicadas en la noción de comunidad hasta aquí planteada, mientras que la tercera surgió de la propia necesidad que me presentó el campo. Por un lado, reforzando la perspectiva etnográfica haré un énfasis sobre cierto particular fenómeno asociado a la producción de sentidos, al que Pitt-Rivers entiende como resultado de una “una trama de deseos y sanciones desde la cual los individuos determinan sus conductas”: los valores. Para adentrarnos en la naturaleza y el funcionamiento de este peculiar rango de fenómenos, seguimos aquí el trabajo de Balbi (2007) quien nos recuerda que los términos en que la acción social es producida son siempre, en parte, términos morales. Esto quiere decir que con los aspectos morales de las actividades de los actores, con la moralidad, estaremos aludiendo a cierta dotación que los propios actores le dan a determinados conceptos y juicios. Al hablar de valores en este ejercicio, estaremos entendiéndolos como conceptos cargados moralmente, es decir, dotados de contenido moral de acuerdo con entramados de relaciones y procesos sociales específicos: “(...) conceptos involucrados en la experiencia de los seres humanos, que siempre es la experiencia de una sucesión de ocasiones socialmente situadas” (Balbi, 2007: 83). Entenderemos con Balbi que la producción de valores morales es, en gran medida, situacional y, como toda construcción de sentidos, constituye un medio a través del cual las personas experimentan, aprehenden y construyen la realidad. De modo que el curso de la experiencia constituye algunos conceptos en parámetros normativos, los cuales son capaces de regir comportamientos y mediar en la comprensión del mundo y de las propias acciones. Balbi explica que, justamente, esta articulación entre conceptos y su carga como valores morales no es anterior ni exterior a los comportamientos y puede darse en forma de recurrencia, como “asociaciones de conceptos cargados moralmente que se dan de manera recurrente”, frente a lo cual sugiere que la investigación debe “mostrar qué procesos sociales o condicionamientos institucionales producen tales recurrencias” (Balbi, 2007: 68). Anotamos esta característica y sugerencia para nuestro ejercicio en línea con la propuesta de Latour de rastrear conexiones, como un trabajo de rastreo de recurrencias tanto en los comportamientos e

interacciones como en determinadas asociaciones entre conceptos cargados moralmente, buscando dar cuenta de los diversos modos y maneras a partir de los cuales se constituyen, es decir, de los procesos que los implican y los procesos que generan.

Por otra parte, al profundizar sobre la noción de comunidad delimitada como una estructura dinámica y a la luz de la mención hecha a la Teoría del actor-red, se abrió para este ejercicio la visión que Escobar (2010) integra para pensar lo social mirando a las organizaciones como redes. En base al replanteo ontológico que propone de Landa (2006), recoge algunas definiciones productivas para pensar en términos de redes, como por ejemplo: "...sistemas auto-organizativos que engendran un comportamiento emergente" (Escobar, 2010: 315). Otra de estas definiciones apunta a verlas como "campos de acción discursiva, expansivos, heterogéneos y policéntricos" (Escobar, 2010: 319), como campos que se extienden mucho más allá de una serie diferenciada de organizaciones, que son construidos, reinventados y configurados continuamente. Encontré que las nociones de redes recogidas por Escobar, se ofrecen como un cimiento sobre el cual desplegar la perspectiva de la asociatividad planteada por Latour (2008). De este modo me fue posible pensar aquel fenómeno de interacción que favoreció el Programa estableciendo la pregunta a nivel del principio de organización, trazando una continuidad que enlaza al tiempo que plantea una transformación respecto del concepto clásico de estructura vigente en la visión de Pitt-Rivers. Es decir, sin renunciar a pensar en términos de configuraciones abarcativas, e intentando desarmar la rigidez connotada por la noción de estructura o la inmovilidad concéntrica del concepto hegeliano de totalidad latente en ésta (De Landa 2006), abordaré la comunidad bajo estudio como una dinámica de auto-organización. Es decir, la analizaré como un tipo de red o ensamblaje a partir de rastrear conexiones. En línea con la perspectiva adoptada para este ejercicio, intento dar cuenta de los entramados bajo las etiquetas de *Los Coihues*, la *Biblio* o el *Encuentro de tambores*, buscando explicar la agremiación sin tomar a las asociaciones como entidades pre-dadas, buscando comprenderlas como creaciones de su propia historia.

Por último y en relación con una característica que este campo de interacciones me plantea, incorporo aquí las nociones de performance y performatividad, las cuales están a su vez íntimamente ligadas a la perspectiva de las redes y de la asociatividad, dado que estos enfoques reconocen a los procesos sociales como tales, en base a su cualidad performativa. Así, por un lado tomé la definición de performance planteada por Taylor,

la cual se refiere a aquellos “actos vitales de transferencia, que funcionan transmitiendo saber social, memoria y sentido de identidad a través de acciones reiteradas” (Taylor, 2011: 1). Tal como lo afirma la autora, esta perspectiva en su doble status ontológico/epistemológico (es performance/como performance), permite la comprensión del fenómeno estudiado como un fenómeno simultáneamente real y construido, arrastrando en su particular etimología algo del proceso mediante el cual se estabiliza aquello a lo que damos entidad y sentido. Por otro lado y enfatizando esta línea, me hago eco aquí del concepto de performatividad desarrollado por Butler (1990, 1988), al cual Taylor reconoce dentro del campo de los estudios de performance. Al sumarlo a mi estrategia analítica, podría seguir procesos de normalización como procesos por los cuales se estabilizan aquellas reglas y normas sociales que forman las conductas socialmente aceptables, realizados por medio de “la repetición estilizada de actos a través del tiempo” (Butler, 1988: 520), factible de ser captada en los comportamientos, los cuerpos, las acciones y los espacios. Desde estas tres perspectivas: moralidad, redes y performance/performatividad, apunto, entonces, a comprender este campo de interacciones como una malla o red formada en la confluencia de actores, actividades y espacios y, por lo tanto, como una configuración dinámica en constante proceso de auto-organización. Al identificar interacciones significativas en clave de performances, me propongo rastrear las recurrencias de ciertas acciones como aspectos de la moralidad, comprendiendo con ello los procesos regulatorios o de normalización puestos así a funcionar.

Por un lado, entonces, apunto a movilizar la moral como recurso teórico, como herramienta metodológica y como perspectiva de análisis (Balbi, 2007). A su vez, busco comprender estos procesos de construcción de sentidos instalando la pregunta a nivel del principio de organización/agremiación (Escobar, 2010), lo cual me permite reconocerlos emergiendo como productos de sus propias historias, es decir, auto-organizados. A partir de reconocer los diversos lenguajes, retóricas y repertorios socialmente disponibles que los actores movilizan en situaciones concretas, buscaré seguir estos procesos de auto-organización a modo de asociaciones y ensamblajes (Latour, 2008), apuntando a comprenderlos como procesos performativos o de normalización (Butler, 1990), captándolos desde sus dimensiones emotiva (Lutz y White, 1986) y performática (Taylor, 2011). Con todo ello buscaré dar cuenta de ciertas configuraciones que viabilizan, siempre precariamente, un nosotros vinculado a

singulares prácticas y repertorios de acción, en torno a *la Biblio*, en el barrio Villa Los Coihues.

A lo largo de este trabajo encontrarán, en el Capítulo 1, un recorrido por las voces que narran, en clave de auto-organización, sentidos en torno al *barrio* nombrado como *Los Coihues* y en torno a la elección que los actores hacen de éste como lugar para vivir. Este capítulo repone, desde las voces de sus protagonistas, un contexto que enmarca y ayuda a comprender las prácticas que se desarrollan en torno a la biblioteca (*la Biblio*). El Capítulo 2 por su parte, describe las prácticas de participación propias de *la Biblio* como performances, a partir del relevo de dos grupos o zonas de intercambios: la que se detecta en torno al grupo conformado en el marco del Programa y, vinculada a ésta, la que se plantea en torno al grupo más amplio de *vecinos* que trabajan para la biblioteca. Finalmente, el Capítulo 3 se orienta a identificar ciertas iteraciones en los modos de interactuar, como así también a analizar algunas de aquellas performances que registré en clave de rondas, buscando dar cuenta de la configuración de preferencias que estarían organizando la interacción, como valores morales.

Capítulo 1 Voces y voceros de auto-organización barrial en *Los Coihues*.

Tal como quedó planteado en la Introducción a esta tesina, el presente ejercicio busca realizar aportes en relación a los procesos de atribución de sentidos que toman protagonismo en la configuración de ámbitos barriales en nuestra ciudad. Por ello retomamos aquí la idea acerca de que el barrio configura una formación histórica y cultural de importancia material y simbólica para sus habitantes (Matossian, 2015), como un espacio que brinda oportunidad de expresión, intercambio y encuentro. En esta dirección, se lo entiende aquí como un espacio en donde se producen y transmiten sentidos, en el cual a la vez que se construye y disputa la comunidad, se busca dar forma a prácticas y modos de vida. Con el objeto de reponer, a modo de contexto, una semblanza del barrio, tomaré el camino que Latour (2008) propone como una definición performativa de lo social. Es decir, buscaré reponerlo a partir de los sentidos que sus habitantes ponen a funcionar, para afirmar la existencia del *barrio*. Para ello pondré atención a las particulares estrategias y prácticas mediante las que estos actores, en tanto *vecinos* y/o participantes de *la Biblio*, dicen que el *barrio* existe. En relación con este proceso performativo de construcción y producción de significados, la noción de “vecino” misma es una de las que se configura a través de las performances analizadas. En un trabajo que etnografía este proceso de configuración en otro barrio de la ciudad, Kropff anota que, lejos de constituir una mera categoría descriptiva:

El vecino es a la vez un sujeto político, jurídico, moral y en cada uno de estos aspectos la palabra se inserta en diferentes cadenas de significantes (...) Decir que el vecino se despliega dentro (y aporta a la construcción) de los cánones de una determinada sensibilidad moral, quiere decir que sus prácticas están enmarcadas entre ciertas nociones sobre lo bueno y lo malo, lo que constituye un valor y lo que constituye una falta (...) el vecino es también un sujeto estético, esto quiere decir que las formas, aspectos y estilos de diversas prácticas cotidianas, remiten a determinadas significaciones (Kropff, 2002: 222).

Por otro lado, me propongo aquí poner en contexto la auto-organización como una característica propia de la red de interacciones. El concepto que aquí me permite dar cuenta de esta característica quedó ya establecido como aproximación teórico-

metodológica en la Introducción cuando tomé una definición que permite pensar las redes en tanto configuraciones sociales, como “sistemas auto-organizativos que engendran un comportamiento emergente” (Escobar, 2010: 315). La auto-organización apunta, desde aquí, a vislumbrar lo real como efecto de las redes, y no viceversa. Es decir, no se busca explicar las redes mismas como un fenómeno o producto “social”. Por el contrario, se parte de seguir los efectos que surgen desde el campo comprendido como configuración, a modo de rastros que dejan los actores, descontando, tal como afirma Latour, que los que estudiamos un fenómeno asociativo estamos “una vuelta reflexiva por detrás de aquellos a los que se estudia (...) participando en las mismas tareas de detectar vínculos sociales” (Latour, 2008: 56). De este modo se habilita una perspectiva sobre este espacio de interacciones, no sólo en la forma de una serie diferenciada de organizaciones, sino más bien como un campo construido, reinventado y configurado continuamente (Escobar, 2010).

El presente capítulo propone entonces, por un lado, un recorrido en el que, a partir de algunos ejemplos, analizaremos ciertas prácticas y narrativas desarrolladas por estos actores en clave de auto-organización, mediante las que ponen en valor la elección del *barrio* al que mencionan como *Los Coihues*, como lugar donde vivir. Por otro lado, tomaré también algunos datos que aportan ciertos trabajos realizados en el área de estudio de las movilidades y de las migraciones por amenidad o estilo de vida sobre el barrio de Villa Los Coihues, a fin de proponer cierta comprensión de aquellas narrativas y prácticas también en estos términos. En base a todos estos materiales buscaré componer una semblanza del *barrio* que, a modo de contexto, nos brinde elementos para adentrarnos, en el capítulo dos, en las prácticas de participación desarrolladas en torno a *la Biblio*.

Breve análisis reflexivo de la entrada al campo: acerca de vivir, o no vivir en el *barrio*.

Mi entrada al campo estuvo signada, como vimos, por la participación en aquella *asamblea* que describí en la Introducción. Una cuestión, que no resultaba menor, emergió por entonces vinculada a mi participación en aquél ámbito. Claramente yo no me sumé a participar en calidad de *vecina* (que por otra parte tampoco era), sino que me incorporé con el Programa de Trabajo Social como practicante de antropología. Si bien el rol en sí no llamaba particularmente la atención, pues a veces se comprendía en

similitud con el rol de un tallerista o docente, la cuestión de no ser *vecina* o de no vivir en el *barrio* sí emergió, reiteradamente, de forma significativa. Presentaré, a continuación, algunos ejemplos etnográficos que pude identificar, referidos a la importancia que le dan los actores al hecho de vivir o no vivir en el *barrio*.

Estas escenas aparecieron, sobre todo, durante los inicios del trabajo de campo en *la Biblio*, en el marco del Programa. Por entonces, a medida que me iba presentando solía recibir recurrentemente la consulta acerca de si yo vivía o no vivía allí en el *barrio*. También, junto con esta pregunta, solía recibir cierta arenga o invitación por parte de algunos *compañeros*: “¿Y... para cuándo te mudás a *Los Coihues*?” A veces, en medio de aquellos comentarios, se me concedía que yo era una *coihuense* más, “pero de corazón” (fragmento de registro de campo). Es decir, mi presencia como practicante de antropología iba ganando una inscripción en el campo a partir de pasar por aquel repetido cuestionamiento: vivir o no vivir en el *barrio*. Pasado el tiempo, acaso de algún modo fui aceptada como una peculiar *compañera*, a pesar de estar allí como estudiante de antropología y de no vivir en el *barrio*. Aceptación ésta que incluía la constante marcación de una diferencia, tanto por parte de vecinos del *barrio* como por parte de algunos *compañeros* de *la Biblio*. Voy a graficar este punto a partir de dos ejemplos. El primero sucedió cuando, en cierta ocasión, algunas integrantes del Programa, propusieron realizar una actividad en la escuela (concretamente, querían ir a tocar los tambores a una fiesta escolar). Por ello nos reunimos como integrantes del Programa (y, de esa forma, como parte de *la Biblio*), con algunas maestras para concertar aquella presentación musical. Dado que las actividades del Programa eran mi responsabilidad como estudiante, en un momento de la reunión tomé la palabra para explicarles a las maestras de qué se trataba nuestro incipiente espacio en formación dentro de *la Biblio*. Entonces recibí una observación por parte de una de ellas que, por cierto, era vecina del *barrio*: “¿pero vos venís por la biblioteca? Ahhh, porque nunca te había visto... ¿Pero, vos sos del barrio...?” (fragmento de registro de campo).

El otro ejemplo sucedió en el marco de actividades promovidas desde la biblioteca. Tal como dije, algunos *compañeros* de *la Biblio* también producían esta marcación. Resultó que durante cierto evento *barrial*, organizado justamente por *la Biblio*, nuestro grupo fue invitado a sumarse a la organización, actuando junto a los demás *compañeros* de *la Biblio*, como anfitriones. Fue así que nos integramos a las propuestas de aquel día realizando una pequeña presentación bajo el nombre *Encuentro de tambores de la*

Biblio. Si bien habíamos nacido del Programa, para entonces ya teníamos un nombre propio que los integrantes habían propuesto y que nos identificaba como parte de aquel emprendimiento (“*de la Biblio*”). Sucedió entonces que, concluido el evento, al despedirme de los *compañeros*, uno de ellos, quien resulta ser un antiguo vecino del *barrio*, realizó una marca sobre aquella diferencia: “Gracias por venir”, me dijo a modo de saludo, mientras que, con el escobillón en la mano, me escoltó hasta la puerta. Con este gesto me enmarcó en el lugar de una visita, es decir, de quien no vive en el *barrio*, cuestión que quedó en tensión con la posición de anfitriona que, junto a los demás *vecinos* como parte del grupo del Programa, había estado ejerciendo hasta hacía unos instantes y durante todo aquel evento.

Hasta aquí quise presentar, de forma breve y a partir de estos ejemplos, la manera en la que apareció, intermitentemente, aquella marcación, sobre todo durante los inicios de mi trabajo de campo. Se trata de una marcación que parece subrayar la importancia que los actores le dan al hecho de vivir o no vivir, en el *barrio*. Seguidamente analizaremos cómo se retoma esta cuestión desde las voces de algunos de aquellos participantes de *la Biblio* que decidieron mudar sus proyectos de vida, en algunos casos sus familias, sus afectos, sus trabajos, al *barrio* de Villa Los Coihues.

“Los que elegimos vivir en este barrio”

A continuación presentaré algunos materiales que provienen del análisis de una serie de entrevistas llevadas a cabo en el marco de un programa de radio que se realiza y se emite por la “FM Los Coihues”. Esta radio, a su vez, está articulada con las iniciativas que se desarrollan en torno a la biblioteca. Tanto la programación de la radio en general, cuanto la radio comprendida en sí misma como una iniciativa auto-organizada por *vecinos* del *barrio*, construye como principal audiencia a estos *vecinos*, lo cual nos permite comprender que los discursos que se emiten están orientados a una audiencia que se supone que conoce y/o comparte experiencias similares desde esta categoría. Para comprender esto, pensemos que no es lo mismo hablar de *Los Coihues* a los *coihuenses* que al resto de la ciudad, a un visitante o a un vecino de otro barrio. La intención de este apartado es la de dar cuenta de la construcción del *barrio* que se hace, a través de aquello que dicen y reflexionan los participantes de *la Biblio*, como *vecinos*, desde un programa de radio.

Tal como lo adelanté más arriba, durante la tarea de recopilar materiales para este apartado me encontré con una iniciativa que daba cuenta de una marcada característica propia de este campo de interacciones: la auto-organización. Resultó que yo había comenzado a realizar algunas entrevistas a quienes, a partir del trabajo etnográfico, había individualizado como voceros y formadores (Latour, 2008) de *la Biblio*. Ello, con el objeto de reconstruir, a partir de sus narrativas, sentidos en torno al *barrio*. Justamente durante cierta entrevista, uno de aquellos participantes me recomendó que escuchara el programa radial “Palabras en el Viento”⁴, asegurándome que allí encontraría todos los relatos sobre las historias vividas por ellos, como *vecinos*. Fue así que me encontré con una iniciativa de auto-organización barrial, la cual se articulaba en torno a la tarea de recopilar y difundir radialmente las voces de *vecinos* y *vecinas*, expresando sus opiniones y contando sus experiencias en relación con el *barrio*. Como dije, la radio misma se articula como iniciativa, con las prácticas de participación desarrolladas en torno a *la Biblio*. A su vez, quienes realizan particularmente el programa al que prestaremos atención, son activos participantes de la biblioteca. Y si bien muchos de los entrevistados no son participantes o forman parte de la misma, otros tantos sí lo eran durante aquel período en el que realicé el trabajo de campo. Para el presente análisis tomé especialmente en cuenta las narrativas de estos últimos, quienes participaron por entonces de aquél programa en calidad de *vecinos*, siendo a su vez participantes de *la Biblio*.

Como decía, frente a mi propuesta de generar narrativas que permitieran reflexionar sobre los sentidos puestos en juego por estos participantes en torno al *barrio*, el campo me respondió con una iniciativa auto-organizada que ya ponía en acto la reflexión sobre aquellos sentidos. Por ello la iniciativa en sí resulta un dato de este campo, que da cuenta de la auto-organización como una característica muy propia del mismo. Por otro lado, guiada por una orientación teórico-metodológica que busca dar prioridad a las perspectivas de los actores, a partir de encontrarme con aquellos materiales pude ver que, a través de éstos, accedía a escuchar la perspectiva de aquellos *vecinos* y participantes de *la Biblio* desde dos puntos de vista: como entrevistados y como entrevistadores. Aquellos registros puestos así a mi disposición me evitaban tener que poner en juego mis propias preguntas, supuestos, o puntos de vista. Por el contrario, lo

⁴ Algunos de los contenidos producidos en este programa en forma de entrevistas, se encuentran disponibles en línea en: <http://fmloscoihues-palabrasenelviento.blogspot.com.ar/>. Para acceder a la radio en vivo: <http://www.escuchanosonline.com/coihues1055>

que desplegaban, además de las historias, los datos concretos de procedencia, las retóricas, repertorios e imaginarios de quienes eran entrevistados, era el punto de vista de los entrevistadores. Así fui descubriendo cierta singular perspectiva desde dónde se construye un punto de vista común que conecta las narrativas de entrevistados y entrevistadores.

Para comenzar este análisis, tomaré la posición de los entrevistadores. Es posible ver, desde aquí, que la presentación misma de “Palabras en el Viento”, al aludir a “las voces de nuestro barrio”, sienta una base o supuesto común, el cual de partida organiza aquel intercambio. Primeramente pone en existencia al “barrio”, para dejar entender desde allí, en segundo, que “las voces” que invitan y que son invitadas lo reconocen como propio (“nuestro”). En su página web, el programa se auto-define diciendo: “Palabras en el viento (...) propone un momento de charla con un vecino o vecina de Los Coihues, para conocernos más y descubrir juntos el misterio que nos reunió a todos en este lugar.” La presentación señala aquí su área de interés: reflexionar sobre la condición de vecinos y vecinas como una convergencia (reunión), junto al reconocimiento de tal condición, en relación a la voz *Los Coihues*. La idea implicada aquí, que enfoca tanto esta reunión en un lugar llamado *Los Coihues*, cuanto la condición que de ella emerge (ser vecinos), como un suceso digno de ser reflexionado, se completa a la luz de otra frase frecuentemente usada por parte de la conducción del programa: “Los que elegimos vivir en este barrio”. Esta frase, que suele escucharse entre las entrevistas, redondea aquellas nociones logrando establecerse como un singular punto de vista y como clave de entendimiento mutuo: “Este programa (...) que intenta reconocerlos [a los vecinos/as] como personas que aquí llegaron (...) y que viven y comparten este territorio, este día a día”. De modo que la cuestión de *Los Coihues* como un lugar elegido para vivir aparece, desde el comienzo, como la perspectiva que organiza aquellas interacciones verbales. Luego, como parte de las entrevistas, la cuestión de esta elección se formula, en todas ellas, a modo de pregunta directa: “¿Alguna razón en particular para elegir *Los Coihues*?, porque digamos... Bariloche es grande...” O “¿Y cómo se te dio por *el sur*?”, o también: “¿Qué cosas te retienen hoy? Si te decís: vivo en *Los Coihues* porque...?”

A partir de este supuesto común, se ligan entrevistados y entrevistadores en una reflexión sobre esta *vecindad* como una elección y que no sólo se constituye como lugar específico dentro de la ciudad de Bariloche, sino como un “sur” respecto a un “norte”.

Esto último resulta un dato que da cuenta del singular punto de vista migrante, desde donde se construye esta *vecindad coihuense*. Para verlo, es posible marcar un contraste con otras construcciones de vecindad que se hacen en la misma ciudad y donde los lugares de contraste son otros. Por ejemplo, en el caso del barrio El Frutillar que Kropff (2002) analiza, los lugares de contraste son “Chile” y “el campo”.

Retomando la cuestión de la vecindad como elección, en términos de cómo ésta aparece, otro rasgo que resulta característico es que los entrevistados suelen asociarla a una búsqueda de nuevos destinos:

(...) Pasé por Buenos Aires (...) Me acuerdo de la ciudad, pero no... Un día me fui a P. a visitar a mis primos (...) queda en las afueras, y vi la luna, y dije, ¡no! Yo tenía que venir acá, (...) Así me vine, y bueno, (...) qué se yo, me sentí, cómodo (...) En un momento me estuve por ir a Italia, tenía la plata para el pasaje...Y ahí...decidí quedarme por acá... con el tiempo me fui dando cuenta que lo había elegido al lugar...Y bueno... y ahí empezó todo...

Otra manera de enunciar esta elección se expresa vinculada a la imagen subjetiva que estos se forman del barrio como lugar de acogida, asociada a su vez, a su percepción sobre la potencialidad que éste les ofrece para realizar una vida más próspera, plena o satisfactoria:

(...) creo que los que eligen venir, les gusta esta historia, me parece... Te voy a decir, hay algo que me gusta de Los Coihues, los domingos a la mañana hay silencio, y somos muchos, podríamos estar con la música a todo volumen, y uno camina por la calle y estamos tranquilos, y se escucha a alguien que está arreglando una teja y a otro que está cortando el pasto... no sé, hay algo del orden de la placidez en este lugar, de llegar al lago y encontrar un amigo con quien tomar un mate, hay algo de ser humanos que me gusta (...)

Entrevistados y entrevistadores se enlazan desde su condición compartida de *vecinos*, lo cual les permite hacer el esfuerzo de conectar sus visiones subjetivas sobre el lugar, que va quedando así asociado a estas ideas y descripciones y reiteradamente nombrado como *Los Coihues*:

(...) - Yo me acuerdo, yo llegué como vos en esos años, y me acuerdo los atardeceres en el invierno, empezar a ver humear las chimeneítas, el olor por la calle...

-¿Te acordás? Me acuerdo ese año que hicieron veintidós grados bajo cero y nos quedamos cinco días sin luz, y yo volvía caminando a la tarde y se veían todas las velitas en todas las casas...

-Sí, era sobrecogedor...

-Bueno, *Los Coihues* me conmueve, es decir, lo humano de *Los Coihues* me conmueve siempre, es como la escala de la aldea, del fuego, y bueno y ya ahora es de la memoria y de los recuerdos, como que ya hay historia en *Los Coihues* para mí, y para todos, pero bueno en mi vida, finalmente ya hacen veinticinco años que conozco *Los Coihues*, y diecinueve que vivo, finalmente es más que lo que he hecho en cualquier otro lugar.

Este gesto de elegir también puede comprenderse en la mención a la importancia que parece tener el entorno para la búsqueda de satisfacciones personales, como formas de bienestar:

(...) Acá viví sensaciones muy lindas de la vida, y si me retiene algo es eso. Tengo sensaciones... por ejemplo.... de mirar por el vidrio las casas, desde más arriba, (...) de ver el barrio y sentir cosas profundas de mi existencia, en el lugar. Y es fuerte, no sé, ver el barrio en otoño, o acostarse y escuchar el puente.... No sé, hay una vibración linda acá, en la que por lo menos yo, me encuentro.

La elección del barrio como un lugar para vivir trae también, desde estas narrativas, una mención al plano de las emociones

(...) Y yo creo que hoy de *Los Coihues* me atrae la gente, me encanta el bosque pero me atrae la gente, los proyectos de la gente, la vida de la gente, mis afectos acá en *Los Coihues* me constituyen (...)

Desde aquí se abre, por un lado, a la reflexión sobre las relaciones interpersonales y, por otro, a los modos y maneras que se consideran valiosos, como formas de interacción:

(...) Últimamente no me estoy enojando (risas)... me pasa que me gusta la diversidad, estoy más con eso... Hay cosas a las que adhiero y cosas a las que no adhiero, pero no enojándome... tampoco quiero una vida cerrada, un barrio cerrado, qué se yo, uno tiene que elegir un lugar y la diversidad es parte de la vida, y después sí me parece importante, es saber qué es a lo que uno adhiere o

no adhiere, y decir bueno yo promuevo esto o no lo promuevo, me parece a mí que es la forma... Últimamente me estoy moviendo así, porque lo siento y me va bien, estoy más relajado, sin enojarme, aceptando más... Por eso estoy en la biblioteca porque... es un espacio que te permite eso... Adhiero y promuevo lo que quiero promover en el barrio (...)

La biblioteca aparece mencionada en muchas entrevistas como un espacio relevante para hablar de las prácticas de participación que realizan estos actores, como *vecinos del barrio*. Los relatos evidencian que estas prácticas ponen en juego un repetido imaginario en torno de una vecindad que se elige y que así se practica:

(...) en el barrio, participo de la biblioteca, que es espectacular el lugar (...) Uno se entrega a un lugar y decís, acá quiero poner lo mío, y es un lugar en dónde somos un montón de personas, donde ponemos cada uno lo suyo y te dejan ser (...)

La Biblio se presenta, en estos relatos, entramada desde sentidos y significados producidos a partir de la experiencia de vecindad vivida, como una elección. Este sentido común compartido se pone así en juego y cobra cierta densidad, en la alusión que, en este contexto de interlocución, se hace del barrio como *Los Coihues*. Pudimos ver, hasta aquí, de qué manera la cuestión de la vecindad como elección va quedando establecida a modo de supuesto compartido.

***Los Coihues* desde la perspectiva de la migración por estilo de vida/amenidad**

Hasta aquí he querido presentar el modo en que se construyen sentidos desde los discursos de los formadores y voceros de la biblioteca que como *vecinos del barrio*, les hablan a otros *vecinos* a través de la radio. A continuación ofreceré la perspectiva que desarrollan algunos trabajos de investigación sobre las movilidades en el barrio, que plantean una explicación en clave de migración por estilo de vida o amenidad.

Estas dos formas de movilidad (por estilo de vida y por amenidad), difieren en cuanto a si enfatizan las condiciones en el lugar de origen que motivan la búsqueda de nuevas perspectivas individuales o grupales (migración de estilo de vida), o si enfatizan las condiciones en el medio receptor que operan atrayendo a los migrantes (migración por amenidad). Sin embargo ambas se refieren a un grupo poblacional que realiza una búsqueda intencionada de un lugar que les permita realizar una forma de vida distinta

respecto a la que dejan atrás (Otero, Zunino y Rodríguez, 2017). Constituyen movilidades, sobre todo de personas y objetos, aunque también involucran la movilización relacional de recuerdos, emociones y repertorios, como diversas formas de la acción social aprendidas, modos de operar, puestas en escena. Una de las características de esta forma de movilidad contemporánea es que implica una elección condicionada por la imagen subjetiva que los migrantes se forman de los lugares de acogida y su percepción sobre la potencialidad que ofrece ese medio para realizar una vida más próspera, plena y satisfactoria (Otero, et al., op. cit.).

Es posible conectar las narrativas analizadas con la línea de análisis aquí esbozada en términos de movilidad por estilo de vida o amenidad. Por ejemplo, como vimos, éstas asumen tanto la elección realizada, como las ideas subjetivas o sentidos que estos migrantes se forman en relación con *Los Coihues*, como lugar de acogida: “los domingos a la mañana hay silencio (...) lo humano de *Los Coihues* me conmueve siempre”. A su vez, también ponen en juego sentidos que dan cuenta de una búsqueda de un estilo de vida expresado en términos valorativos en contraste con el lugar de procedencia: “(...) Me acuerdo de la ciudad, pero no... (...) Yo tenía que venir acá (...)”.

En un trabajo que sigue esta línea de intereses, Otero, Merlos y Rodríguez (2014) buscan establecer relaciones entre la trayectoria de vida de los migrantes que eligieron a San Carlos de Bariloche como lugar de residencia y la generación de innovaciones socio-culturales emprendidas a nivel local. A partir de una selección de casos, las autoras encuentran “iniciativas socio-culturales (...) cualitativamente diferentes a otros destinos turísticos (...) proyectos que sientan precedentes históricos, ya sea por sus bases comunitarias, sociales y/o alternativas” (Otero et. al., op.cit.). Acorde lo registran en este trabajo, algunas de las trayectorias de migración que analizan dan cuenta de haber llegado escapando de la violencia de Buenos Aires o de la presión que genera la precariedad e inestabilidad laboral. Lo cual explica, según las autoras, que desarrollen un gran sentido de pertenencia respecto de la ciudad de acogida o de algunos barrios en particular. Este tipo de migración es identificado por éstas como migración por estilo de vida. Otra característica que surge de los casos allí analizados es que, aun con diversos motivos y trayectorias de procedencia, los migrantes invierten muchas horas de trabajo en el territorio elegido, poniendo en juego los capitales culturales que traen y, de este modo, el territorio es configurado a partir de ciertos sentidos particulares. El barrio se

convierte, así, en un territorio en el cual emergen manifestaciones constructoras de tejido socio-cultural que involucran relaciones entre personas y que dan lugar a procesos de innovación (Otero et al., op.cit.).

En un trabajo reciente que sigue la misma línea, Otero y Merlos (2017) adelantan algunos resultados de una investigación en curso, a cargo de tres Universidades Nacionales (del Comahue, de la Patagonia San Juan Bosco y de Río Negro). Entre los fundamentos de dicha investigación se expresa que “tras años de investigación (...) en torno a innovaciones sociales para el desarrollo local, se asume el hallazgo de la experiencia de Villa Los Coihues, Bariloche, como un caso digno de estudio y apoyo” (Otero y Cesetti R., 2016: 2). Allí se describe a Villa Los Coihues como una comunidad de 2500 habitantes que anima un número importante de emprendimientos productivos, sociales y culturales, lo cual, afirman, permite suponer que:

(...) el compartir como comunidad territorial una fuerte vocación por lo natural, alternativo, y lo solidario, crea una trama socio-cultural que fundamenta la sinergización de emprendimientos referidos a variadas necesidades económicas, culturales, sanitarias y ambientales, tanto a nivel personal, familiar, comunitario, incluso extracomunitario.” (Otero y Cesetti R., op. cit: 2).

En el trabajo mencionado, que adelanta algunos resultados de esta investigación, Otero y Merlos toman como caso de estudio a San Carlos de Bariloche en general y a Villa Los Coihues en particular, para señalar que en Villa Los Coihues existe una serie de innovaciones socio-culturales llevadas adelante por actores-migrantes, a las que identifican como una re-afirmación de valores. En base al análisis de cierta narrativa local, afirman: “Villa Los Coihues nace por iniciativa de personas que, en búsqueda de un espacio a su medida, ya sea en términos económicos como del estilo de vida, se asentaron en un entorno poco intervenido” (Otero y Merlos, op. cit.: 3). Aquel relato que las autoras recuperan describe a Villa Los Coihues como un barrio que se constituyó poco a poco con un fuerte sentido de pertenencia, el cual es definido por sus vecinos como: una valoración por la naturaleza, una opción por lo comunitario, lo cooperativo, lo solidario y una intención de buscar lo alternativo. Al respecto, las autoras afirman que es posible observar estas características en muchas iniciativas comunitarias autogestivas del barrio, en los emprendimientos socio-culturales y productivos en marcha y en las formas en que sus habitantes se piensan y proyectan como barrio y comunidad.

Este trabajo de Otero y Merlos ofrece también una descripción sobre algunos aspectos del barrio que coincide con datos producidos en base al trabajo de campo. Por ejemplo cuando respecto de las trayectorias y los capitales culturales que portan los migrantes, nos informan que entre la población de Villa Los Coihues existe un importante número de trabajadores con profesiones vinculadas al campo de lo social, la educación, las artes y artesanías, la carpintería y la construcción. Otro elemento que también concuerda con los datos producidos en este trabajo, es una referencia a que la mayoría de los habitantes provienen de Capital Federal y Gran Buenos Aires. En base a estas consideraciones las autoras afirman que, en relación a Villa Los Coihues, podría hablarse de un ejemplo de migración por estilo de vida, como un peculiar fenómeno migratorio que ha adquirido relevancia en la mayoría de los destinos turísticos de la Patagonia andina.

Hasta aquí, esta visión que ofrecen sobre Villa Los Coihues presenta un cuadro bastante homogéneo. En relación con ello, Otero et. al. (2017) advierten que aunque la población migrante pueda actuar como agente de transformación contribuyendo al desarrollo local, también se reconoce que el proceso no está exento de tensiones debidas a la contraposición de significados e imaginarios. Para verlo en un ejemplo, un reciente trabajo etnográfico de Quirós describe cierto actual movimiento migratorio neo-rural de las clases medias en la provincia de Córdoba. Allí da cuenta de los intensos matices conflictivos de un escenario que encadena a algunos pueblos serranos de esta provincia, donde se enfrentan “paisanos -ahí nacieron-, hippies -ahí se fueron a vivir-, empresarios -ahí fueron a invertir- y políticos locales, provinciales y nacionales -ahí gobiernan, buscan gobernar, disputan y negocian gobernabilidad-” (Quirós, 2014: 9).

Volviendo a Villa Los Coihues es posible recuperar esta dimensión conflictiva a fin de complementar el cuadro planteado por Otero y Merlos y darle más densidad a las categorías de *vecino* y de *barrio*, reconociendo a los conflictos como parte de un proceso de consolidación de sentidos aglutinantes que es impulsado por los actores-migrantes. Un ejemplo de esto queda graficado en los sucesos que acontecieron en torno al ordenamiento barrial alrededor de la Junta Vecinal, para la gestión y provisión del servicio de agua potable en la década de 1980. En un trabajo que concuerda con algunas características nombradas por Otero y Merlos sobre Villa Los Coihues como caso de movilidad, aunque referido a un contexto anterior en el tiempo, Kropff y Spivak dan importancia al motivo de la migración como factor relevante para describir el barrio: “el migrante viene de las grandes ciudades buscando cambiar su modo de vida por uno

donde tenga más ‘contacto con la naturaleza’...” (Kropff y Spivak, 1998: 2). En este trabajo analizan las estrategias que desarrolla un grupo migrante asentado en este barrio para lograr la cohesión interna, en base al relato que hace A., quien es un activo participante de la vida del barrio. Así analizan el marco de interpretación de este referente en relación al proceso de poblamiento y al barrio:

[Según A.] el barrio Los Coihues (...) está poblado eminentemente por gente que viene de las grandes ciudades buscando un modo de vida diferente al urbano. La Junta Vecinal se conformó más a partir de la iniciativa del gobierno que de los vecinos. Luego fue apropiada por éstos cuando los problemas a resolver resultaron apremiantes. Lo que marca a este barrio como caso interesante es que aparece muy claramente marcado el grupo migrante que lo habita y además los principios “ecológicos” están impresos en características físicas particulares del barrio (Kropff y Spivak, 1998: 4)

El trabajo de Kropff y Spivak reconstruye escenas del proceso que, vinculado a un impulso migratorio que sobrepasa la capacidad del estado municipal para proveer servicios, lleva a estos nuevos habitantes a tener que organizarse a nivel barrial. Para ello como dije, se centran en la relevancia del discurso de A. quien fuera, presidente de la Junta Vecinal, director de la escuela primaria del barrio y, además, un reconocido participante y formador de la biblioteca vecinal, entre otras cosas. Su reconocimiento dentro del barrio es público y visible, siendo que actualmente algunas de estas instituciones barriales llevan su nombre, como es el caso de la escuela, la sala de lectura de la biblioteca y la sala de controles de la radio.

Kropff y Spivak, nos cuentan que en la década de 1980 se da forma a la Junta Vecinal como figura jurídica a nivel municipal y como espacio de organización en los distintos barrios (entre los años ‘84 y ‘86 se reglamenta su funcionamiento como asociaciones civiles). Algunas escenas de este proceso muestran las tensiones entre diferentes visiones y sentidos que ponen en juego estos migrantes, en el marco de su convergencia. El relato de A. que analizan, marca una división interna bastante conflictiva que se materializa en dos grupos: “los primeros” y “los que vinieron después”. El primer grupo es descrito como “una primera tanda de habitantes del barrio cuyas características son los ideales ecológicos de vida en la naturaleza y de libertad. Un aspecto muy importante es la búsqueda de soledad y tranquilidad para criar a los hijos” (A. en Kropff y Spivak, op. cit.: 10). La segunda tanda mencionada, está constituida por gente de Buenos Aires,

que el relato marca como problemática en relación con “una actitud anárquica y de escasa solidaridad (...) gente que llegó al barrio con otros valores. En principio no busca la soledad y no está dispuesta a renunciar a ciertas comodidades de las grandes ciudades. Tampoco le interesa una solución de participación frente a los problemas. Por lo tanto entra en conflicto con la Junta Vecinal” (A. en Kropff y Spivak, op. cit.: 10). En la entrevista que aquel trabajo analiza, este activo participante de la vida del barrio, resume los acontecimientos vividos dando valor a ciertos principios como formas de auto-organización de la siguiente manera:

A partir del 85 empezó a venir más gente, más gente, más gente. Entonces este sistema del agua (...) habitualmente no teníamos agua. Bueno, porque se rompía la bomba. O no se rompía la bomba, había anarquía. (...) Alguien se quedaba sin agua porque se había poblado la otra cuadra (...) Y el otro se molestaba porque él había pagado, andá a saber, él decía que le pagó. Cada uno de nosotros tenía razón. (...) Entonces iba y cerraba una llave de paso de ahí o rompía un caño para que no le vaya al otro para que no vaya a otro lugar para él poder tener el agua (...) entonces yo digo ‘ta bien’ yo re porteño (...) ‘debe haber otra forma’ (...) nos costó MUCHO trabajo y MUCHAS peleas muchas discusiones (...) No teníamos plata, no tenía una empresa atrás que me avalara y no conocía a nadie. (...) Entonces bueno eso fue todo un despelote. Gente que se enojó (...) que nos quiso pegar y todo porque no hacíamos nada. La bomba se había hecho miércoles, miércoles. No sabíamos qué hacer no teníamos dónde (...) Y eso fue la primera restricción. (...) Eso yo creo que fue el primer hecho real y concreto que hizo que nos ocupáramos de nosotros mismos (...) a partir de ahí se empezó a los cachetazos (...) a ver cómo hacíamos. Y bueno, hubo mil idas y venidas (...) Entonces, primero sobre el cargo de nuestros hombros nuestro tiempo nuestro trabajo, hicimos una base de credibilidad para a partir de ahí empezar a pedir dinero para poder comprar una bomba nueva (...) entonces pasaron distintas juntas que fueron afianzando y mejorando el sistema del agua y tuvimos administraciones sanas, con más o con menos errores, o aciertos, en cuanto al criterio de utilización de los recursos y cómo ponerlos, pero se creció (...) Tenemos un barrio organizado, por lo menos con una Junta Vecinal que nos agrupa etc etc Tenemos un sistema que nos agrupa que es el agua, donde está el 90 por ciento de la gente (...) (A. en Kropff y Spivak, 1998: 7 y 8).

De este modo, haciendo referencia a las situaciones de conflicto atravesadas, el relato llega a contar un proceso de agrupamiento que se logra poniendo en valor y en acto la auto-organización por parte de ciertos vecinos, para garantizar el servicio de provisión de agua: “un nosotros conflictivo pero organizado a través de la Junta Vecinal, la red de agua y la pertenencia al barrio” (Kropff y Spivak, op. cit.: 10).

También algunos pasajes de las entrevistas que analizamos como parte del programa radial, dan cuenta de construcciones de alteridad que pueden ponerse en diálogo con las que surgen de este registro. Desde aquel singular posicionamiento que identificamos como el de una *vecindad* como elección, se despliega en consecuencia, una mirada sobre a quiénes se reconoce como *vecinos/as*:

- (...) Tenemos el privilegio de estar con alguien que pasó su infancia en Los Coihues, ¿qué es ser un pibe de Los Coihues, en tu época (...) aquél '85, '86?
- Y éramos... creo que éramos ocho familias, (...) los M., los B....y bueno estaba A. que bueno, ahí empezó... los de D..... pocas familias (...)

Notemos que en este testimonio, al cual se lo reconoce como “privilegio” porque aporta datos referidos a una época inicial para el poblamiento del barrio, se reconoce particularmente a A. como vecino, quien aparece allí individualizado.

- (...) ¿Existe algo así como una característica del coihuense... te parece (...)?
- ¿Un verdadero coihuense? (risas)
- Bueno, tampoco vamos por la raza pura... (risas) características, maneras, cosas generales (...)
- (...) Bueno como yo lo veo (...) el coihuense busca mucho el barrio cerrado a veces, cerrado en cuanto a la idea y a la vez acepta todo (...) bah eso siento, acepta todo y por momentos tiene la idea cerrada de cerrar el puente y hacer la “república de los coihues” (...) y también respetar un poco, o sea me gustaría ¿viste los V.? que ellos son de acá, yo los respeto mucho, esos son coihuenses, son gente que la vivió acá....
- Claro, nació y generaciones... aquí....
- Yo aprendí mucho de ellos, el que no conoce Los Coihues tiene que saber que hay buena gente que está en el barrio... yo que vengo de afuera, que somos de afuera...lo siento así....
- (...) Por eso yo te preguntaba sobre los nuevos o los recién llegados y los que son de acá, porque a veces en esa suma de momentos de llegada, a veces uno

omite esto que vos no omitiste, que es los que estuvieron siempre... Como es la familia V. que de alguna manera también compartió la infancia con vos... porque independientemente de que vos hayas nacido en B. y ellos aquí, el hecho de compartir espacios conforma esto que, un poco este Programa busca encontrar, que es la identidad, no para cerrar en una identidad sino en múltiples identidades, pero lindo ir encontrándolas...

Como vemos, la narrativa construye una visión del *barrio* y de la *vecindad* desde la perspectiva migrante de quienes “elegimos vivir en este barrio”. Para ello, primero produce categorías que demarcan diferencias entre unos y otros, como evidencia este fragmento, tomando el suceso de sus arribos al barrio, como el parámetro que permite establecer un antes y un después: vecinos “nuevos” o “recién llegados” y vecinos que “son de acá”. Para poder producir acto seguido, desde su perspectiva migrante, una inclusión de todos los allí categorizados y aludidos como “múltiples identidades”, dentro de aquél interés que le es propio y que es nombrado como “esto que, un poco este Programa busca encontrar, que es la identidad”. A partir de aquí podemos ver cómo los actores van forjando una trama común, pero hecha de sentidos particulares, en torno a esta *vecindad*.

Hasta aquí podemos que ver aquella iniciativa desarrollada en el barrio en torno a la Junta Vecinal y a modo de auto-organización, no está exenta de matices conflictivos, donde un “nosotros conflictivo” designa diferentes grupos dentro de sí. En correlato con ésta, la iniciativa de participación auto-organizada que constituye el programa de radio, el cual forma parte de las actividades articuladas en torno a *la Biblio*, también reconoce la coexistencia de “múltiples identidades” a las que sin embargo designa en sus propios términos y busca agrupar en torno a sus intereses y sentidos respecto de lo que significa ser *vecinos* de aquel *barrio*. Ambas pueden comprenderse como acciones desarrolladas en el marco de un proceso de poblamiento local/barrial, que construyen sentidos en torno a las categorías de *vecino*, de *Los Coihues* y de *barrio*, y que forman parte de un flujo migratorio. A partir de las fuentes disponibles, esta corriente se identifica desde la década del `80 en el barrio, lo cual implica un proceso de más de treinta años de migración, que acorde a los marcos que ofrecimos, puede comprenderse a su vez, como un desplazamiento por amenidad o estilo de vida.

Conclusiones

Hasta aquí he querido ofrecer una semblanza del *barrio*, construida tanto desde las perspectivas de los protagonistas de la biblioteca, cuanto desde la perspectiva que ofrecen algunos trabajos de investigación sobre el barrio que ponen el énfasis en las movilidades, como una explicación acerca de estos procesos en clave de migración por estilo de vida o amenidad. Una característica de importancia que surge a modo de un singular estilo que desarrollan las prácticas propias de este campo, es la auto-organización de lo social. La semblanza del barrio que desde aquí se ofrece, adquiere un particular matiz que le da esta característica, la cual cobra vigencia tanto en las prácticas como repertorios de acción a través de los cuales los actores van construyendo sentidos, cuanto en las narrativas con las que ponen en valor dichas prácticas. “Los que elegimos vivir en este barrio” como la clave de entendimiento mutuo entre *vecinos*, instalada a través del programa radial fruto de la auto-organización, da señales que hablan tanto de una movilidad en términos de estilo de vida o amenidad, cuanto de una forma de responsabilizarse por las propias acciones, como elecciones. En este sentido conlleva una puesta en valor de la auto-organización, como una manera de protagonizar el *barrio*, cuestión que surge de forma explícita en el relato analizado por Kropff y Spivak (1998) veinte años antes: “[la solución del problema del agua] fue el primer hecho real y concreto que hizo que nos ocupáramos de nosotros mismos”, trazando una continuidad en la lógica que organiza los discursos.

A continuación, en el Capítulo 2, presentaré los materiales de campo mediante los cuales nos introduciremos a describir y analizar las prácticas de participación en torno a *la Biblio*. Para ello tomaré en cuenta los espacios de interacción que protagonizan por un lado los integrantes del Programa de Trabajo Social, y por el otro, los *compañeros* nucleados en torno al emprendimiento vecinal de la biblioteca, ambos en clave de auto-organización.

Capítulo 2 *La Biblio* y sus prácticas de auto-organización comunitaria.

Retomaremos aquí el relato que me condujo a la formulación de la pregunta central de este ejercicio, recordando los últimos meses del Programa de Trabajo Social. Por entonces, tal como lo presenté en la introducción, una demanda del grupo hizo surgir la inquietud en torno a los sentidos que, atravesando los aspectos formales (los objetivos escritos), pulsaban sobre los intercambios y nos interpelaban desde cierta afectividad compartida. Esta consciencia sobre una afectividad compartida, me llevó a poner interés sobre los sentidos comunes que articulaban aquel espacio de prácticas de participación. Sin embargo, aun delimitando cierta zona de intercambios, no resultaba sencillo delimitar aquellos sentidos como tales. Pues aquello que podía identificar como aglutinante o como signo distintivo de estas prácticas, lo era a partir de intuir la vigencia de algunas ideas, pero más bien en forma de afectos compartidos, o tal vez mejor como aquello a lo que Anderson refiere en términos de atmósfera afectiva:

(...) las atmósferas son singulares cualidades afectivas que emanan de, pero exceden el ensamblado de los cuerpos. De modo que atender a las atmósferas afectivas, es aprender a ser afectados por las ambigüedades de afecto/emoción, por aquello que es determinado e indeterminado, presente y ausente, singular y difuso. (Anderson, 2009: 77. Traducción propia.)

De acuerdo con la experiencia que llevé adelante en aquel campo etnográfico, las narrativas que circulaban dentro de aquella red de intercambios no abundaban en argumentos racionales acerca de qué prácticas e ideas eran aceptables dentro de *la Biblio*. Es decir, a nivel retórico el lenguaje verbal para esto, era escueto, se usaba poco o, dicho de otro modo, las prácticas de participación no tenían este estilo. Por ello la noción de “atmósfera afectiva” funcionó como una metáfora orientadora que me permitió hacer lugar para observar los intercambios desde aquel nivel connotado por este concepto, como un espacio eficiente para la producción y transmisión de sentidos. Se trata del nivel de los cuerpos, de los comportamientos, las actitudes, los gestos, las puestas en acto. En este sentido puede ser útil una definición atinente al nivel de lo actitudinal: “(...) conocemos o creemos conocer las actitudes de las personas porque tienden a reflejarse en su forma de hablar, de actuar y de comportarse y en sus relaciones con los demás” (Sarabia, 1992: 134). Resultaba pues que lo que podía

detectar como una disposición común o como aglutinante, no surgía tanto en torno de prácticas retóricas o argumentativas sino que se manifestaba más bien como un clima o un campo de resonancia, es decir, como una afinidad con capacidad para organizar interacción. La potencia para significar de ese campo de resonancia, retumbaba como un eco, por ejemplo, en el modo particular con el que se hacía referencia al barrio *Los Coihues* durante las actividades presenciales desarrolladas como prácticas de participación.

Para poder acceder a este nivel de la observación, recuperé la perspectiva de los estudios de performance. Desde este enfoque, la cuestión relativa a la producción y reproducción de sentidos se comprende referida a aquellos actos vitales con capacidad para producir transferencia de saber social a través de acciones reiteradas (Taylor, 2011). Recordaremos que, en la Introducción de esta tesina, presenté esta perspectiva en relación con el límite que la acción retórica o argumentativa adquiere en este campo. De modo que orienté mi trabajo hacia una comprensión de estas prácticas de participación y auto-organización, desde la óptica que habilitan los estudios de performance, la cual hace emerger como relevante, la dimensión teatral de la acción social: "...De modo diferente al tropo, que es una figura retórica, la teatralidad no depende exclusivamente del lenguaje para transmitir un patrón establecido de comportamiento o una acción" (Taylor, 2011: 4). Al observar estas prácticas de auto-organización como performances, me fue posible rastrear procesos a partir de los cuales, en este campo, se construyen y se transmiten sentidos, por medios no necesariamente retórico-argumentativos.

Además de la perspectiva de la performance, otras dos miradas, una relativa al comportamiento no-verbal y otra referida a la cuestión de las emociones, se articulan para la observación desde este ángulo. Por un lado, Knapp (1991) sostiene que el comportamiento no-verbal constituye un sistema de comunicación que acompaña y en ocasiones suplanta al comportamiento verbal. Está referido a la apariencia (rasgos físicos, ropa), a cómo hablamos (tono de voz, por ejemplo), cómo nos vemos, individualmente y en unión con otros (gestos, posturas, miradas, expresiones faciales, contactos corporales y proximidad), y también al ambiente (la disposición del mobiliario, la temperatura, otras personas, ruidos, etc.), cómo éste afecta a los interactuantes y es afectado por ellos. A su vez, el autor expresa que este nivel de la comunicación puede ser interpretado en contexto, es decir, en relación con la experiencia vivida de acuerdo con cada cultura, clase social, familia, grupo, etc.

Por otro lado, siguiendo lo que nos sugiere el concepto de “atmósfera afectiva”, resulta necesario poner atención sobre las ambigüedades de afecto/emoción. Toda vez que este aspecto se hace presente en la transmisión performática de sentidos aquí etnografiada, resulta de utilidad incorporar la mirada sobre el campo de lo emocional, que desarrollan los antropólogos Lutz y White (1986). Los autores sostienen que en cualquier grupo humano existen repertorios de conductas y sentimientos adecuados a determinadas situaciones. Sugieren que las emociones constituyen formas de codificación cultural y, por lo tanto, resultan observables desde las prácticas culturales que los actores realizan. Al articular esta noción con la perspectiva de la performance, la podemos incorporar como mirada sobre el cuerpo y el espacio. Por ello resulta de utilidad considerar, a su vez, a las emociones como fenómenos que involucran la dimensión del cuerpo, y que al decir de Rosaldo (1984), pueden comprenderse como pensamientos corporeizados. En conclusión, y siguiendo a Lutz y White, entenderemos aquí al campo emocional inscripto en las acciones, como un campo semiótico, significativo, comunicativo, dotado de sentido, cuya codificación es factible de ser interpretada como parte de las performances corporales y espaciales de participación, apelando al contexto etnográfico.

Este capítulo se centra, entonces, en las experiencias gestuales, actitudinales, corporales y espaciales observadas como prácticas de la participación y auto-organización en torno a *la Biblio*. De este modo intentaré, por un lado, describirlas como performances desde su capacidad para desplegar y transmitir sentidos no retorizados, haciendo hablar a este campo desde una singularidad que lo caracteriza. Para ello, buscaré ir dando cuenta, a lo largo del capítulo, del nivel teatral/actitudinal/gestual/corporal que lo atraviesa, en relación con algunas prácticas retórico-argumentativas que se presentan articuladas con éste. Finalmente y por otro lado, al identificar estas experiencias como prácticas de auto-organización que ponen en existencia a *la Biblio*, buscaré analizar su capacidad performativa y normativa.

Las prácticas de auto-organización de *la Biblio*

Tal como presenté en la Introducción, la entrada a este campo etnográfico se produjo luego de que la biblioteca contara con un espacio físico propio y estuvo marcada por la participación que tomé en aquella singular *asamblea* con la cual se inauguraba su sede. Las prácticas de auto-organización que identifiqué siendo desarrolladas a partir de que la misma contara con ese espacio, son aquellas propiciadas y propagadas en forma de

eventos participativos/colaborativos que se desarrollan en este ámbito físico. Como característica general, estos eventos están vinculados a actividades de tipo artesanal/manual/artístico/educativo/recreativo, en las que es necesario hacerse presente en la sede de *la Biblio*, con el cuerpo, para establecer interacciones con y partir del quehacer manual/artesanal/artístico/disciplinar de que se trate (construcción, cocina, decoración, electricidad, música, poesía, teatro, literatura, yoga, etc.). Entre estas prácticas de participación es preciso incluir también aquellas que la biblioteca realiza, a las que podríamos llamar operativo-organizativas, o sea, vinculadas a la organización-existencia de *la Biblio* o a su funcionamiento cotidiano como, por ejemplo, las reuniones de organización del trabajo de las diferentes *comisiones*⁵. Podemos decir que tanto en estas prácticas como en las vinculadas con la ejecución de actividades manuales, corporales, artesanales y artísticas en sí, la acción retórico-argumentativa por supuesto se hace presente y toma un protagonismo. Sin embargo quiero subrayar que este campo es fuertemente disputado por el protagonismo de los gestos. De tal modo pude constatar que las actividades de tipo retórico-argumentativo no son las que ocupan centralidad para hablar por *la Biblio*. Sí ocupan este lugar, en cambio, aquellas prácticas que, a modo de quehaceres auto-organizados, recíprocos, donativos, colaborativos, artesanales, artísticos, educativos o recreativos, implican la presencia y acción corporales.

A fin de sostener esta observación vamos a retrotraernos en el tiempo para enfocar, como ejemplo, la tarea de construcción de la sede, la cual, siendo una experiencia fundante, resulta paradigmática a los fines de explicar este punto. Ciertas escenas que analizamos en base a un documento audiovisual recopilado como parte del material de campo, pueden sernos de ayuda a los fines de una descripción. Se trata de un material audiovisual que fue producido por los mismos participantes, y también recopilado posteriormente por éstos, junto a otros materiales del mismo tenor, para ser proyectado durante el evento de cierre del Programa de Trabajo Social. Algunas escenas muestran a varios de los participantes de *la Biblio* realizando estas tareas de construcción. Distribuidos formando una hilera, los vemos acarreado baldes de cemento que pasan de mano en mano, luego a varios de ellos subidos a las vigas de madera del techo, sonrientes, también martillando en el armado de las paredes de madera. A continuación prosiguen las escenas de un *Festival*, las que muestran a diferentes integrantes

⁵ Las *comisiones* reúnen grupos de participantes en torno a diversas tareas. A través de éstas se dividen las responsabilidades en torno a la auto-organización de *la Biblio*.

participando del evento, ya sea a cargo de un buffet, entregando bebidas y alimentos, como también participando como público de los diversos espectáculos musicales que toman lugar allí, bailando, cantando o sonriendo para la cámara. Al final de esta recopilación de diferentes escenas, un reconocido miembro de este grupo, mientras compra un producto y colabora así con el buffet, sonríe para la cámara y exclama: “¡Vamos Los Coihues!”. En principio parece importante subrayar que el registro en sí mismo, resulta significativo, ya que esta acción de documentación por parte de los actores, nos deja saber que aquellas prácticas documentadas tienen un valor para ellos. Es decir, eligen destacarlas, tal vez en lugar de otras prácticas que pudieron haber ocurrido entonces. En consecuencia, atendiendo a lo que surge de este registro, encuentro que la representación de la construcción de la sede, puesta en correlato con las escenas que muestran la realización de un evento artístico-musical, puede servirnos como un ejemplo paradigmático del tipo de prácticas que son especialmente valoradas y llevadas a cabo como prácticas de auto-organización. Allí también se puede ver la mencionada alusión verbal y entusiasta a *Los Coihues* que, reverberando junto a las performances corporales/vivenciales/manuales/artísticas desplegadas por el registro, produce cierto clima o atmósfera afectiva. En base a ello podemos afirmar que la creación de un espacio físico para la biblioteca, llevada adelante a través de diversas tareas implicadas en su construcción, constituye la puesta en acto de una compleja acción organizativo-operativa, la cual por cierto es producida, en gran medida, por medios no necesariamente verbales/retóricos/argumentativos. Es posible ver tanto esta complejidad como su potencia para producir sentidos, a través de los muchos efectos que emanan de la construcción de la sede: para empezar, se hace posible albergar y prestar libros, con lo cual, a su vez, se viabiliza la propagación de prácticas literarias/artísticas/educativas/recreativas de distinto tipo. Con todo esto se produce y se funda, de algún modo, a *la Biblio* misma como una experiencia participativa/colaborativa, artesanal/literaria/artística/educativa/recreativa.

A partir de este ejemplo, es posible ver que la tarea de *construcción* como un particular tipo de práctica de participación (el cual por cierto subsiste a cargo de la *comisión de construcción*), produce sentidos en torno a *la Biblio*, con evidentes efectos performativos, creativos, poéticos, y se realiza privilegiando otros medios antes que los retórico-argumentativos: levantar paredes y techos, acarrear arena, colocar instalaciones eléctricas, de gas, de agua, etc. Extendiendo el ejemplo, pero ahora ya dentro de la sede

construida, encontramos reiteradamente que las actividades de participación consisten también en un hacer: traer, donar o prestar, mesas, sillas, artículos y elementos de cocina y decoración, cocinar, decorar... para luego realizar un evento participativo que, en forma de fiesta/festival o encuentro artístico de algún tipo, pone en escena otra serie de prácticas, en las que el nivel retórico, verbal, está por supuesto presente pero no sobrepuesto como argumento sobre el nivel corporal, sensitivo y performático, el cual tiene protagonismo y autonomía en la producción de sentidos no verbalizados. Al tomar nota especialmente sobre este nivel de los intercambios, nos encontramos con un accionar que, adosando gestos colaborativos de forma contingente, va predisponiendo cuerpos hacia la reciprocidad y la imitación, produciendo sentidos resonantes no necesariamente explicitados retóricamente. Hasta aquí entonces podemos comenzar a imaginar en qué consisten estas prácticas orientadas a poner a vivir aquel fenómeno de asociatividad en movimiento, al que se nombra como *la Biblio*.

Un peculiar antecedente

Como parte de un rastreo de los sentidos resonantes que conforman aquella peculiar atmósfera afectiva que mencioné, presentaré un singular antecedente en base a una reconstrucción de registros (como grabaciones y fotografías), con el objeto de integrar mi experiencia previa dentro de esta red de intercambios. Igual que en el ejemplo del material audiovisual que mencioné arriba, estos registros fueron producidos por los participantes. Varias de aquellas personas protagonistas de esta experiencia que relataré y de la cual formé parte, estaban participando tiempo después durante mi trabajo de campo, en las actividades de *la Biblio*. Por ello esta trama humana, me sirvió como indicio sobre el cual trazar una continuidad.

La propuesta de la que yo había sido parte junto con ellos, consistía, básicamente, en unas concurridas reuniones realizadas en un espacio que la escuela prestaba a los vecinos durante los días feriados. Allí se practicaba percusión, tai chi, danzas, malabares. Se charlaba, se compartían mates, se pasaba un momento de recreo entre residentes del barrio (sólo algunas personas como yo, no lo éramos estrictamente), que se avenían a participar desde esta afinidad o interés común. Algunos tomaban fotografías que luego compartían, o improvisaban notas para una iniciativa barrial, antecedente a su vez de la radio del barrio, producto de lo cual quedaron los registros

que mencioné.⁶ Muchos asistían con sus niños y organizaban juegos para ellos o los integraban a las actividades. Uno de los registros grabados para la radio resume aquellos eventos como *juntadas de gente y buena onda* (fragmento de registro de campo).

De las narrativas que surgen de estos registros, puede recuperarse que estas singulares *juntadas* se habían echado a rodar a través de ciertos gestos de donación, los cuales resultan muy similares a los que encontré en torno a *la Biblio* y que desarrollaré a continuación. Al haber sido parte de toda esta secuencia desde que la propuesta inició, yo misma podía recordar que fue uno de los vecinos, activo participante de la radio y de la junta vecinal, quien nos invitó a realizar en el barrio, una práctica autogestiva de percusión (candombe) que yo realizaba con un grupo reducido, en mi casa: “¿por qué no nos juntamos en el barrio y lo abrimos a más personas?” (fragmento de registro de campo). También se encargó de solicitarle a la escuela que nos prestara el lugar y confirmó una primera fecha para encontrarnos a tocar en el barrio, con el fin de invitar a más vecinos, quienes de esta forma tendrían la posibilidad de aprender la práctica musical en cuestión. Por mi parte, desde que me sumé a su propuesta, me fue posible ver las adhesiones de los vecinos (a quienes en su mayoría yo no conocía), cayendo como en dominó, generando una cadena de donaciones aparentemente espontáneas, una secuencia de imitaciones creciente. Tanto así que aquellas *juntadas* llegaban a convocar alrededor de cuarenta personas por cada vez. Claramente para mí, aquello respondía a un sentido que rebalsaba el que funcionaba, por ejemplo, para nuestras reuniones reducidas, orientadas específicamente a la práctica musical. No era posible decir que aquellos encuentros fueran clases o talleres de percusión, o que respondieran a una simple invitación para aprender a tocar, toda vez que tocar percusión era sólo un detalle de lo que allí sucedía. Con una mecánica parecida a la de un “almuerzo a la canasta”, cada una de estas reuniones desplegaba una multiplicidad de bienes: saberes de distinto tipo, objetos, alimentos, instrumentos, informaciones, contactos, etc., que se ponían a disposición, se ofrecían para ser compartidos. Hasta la simple asistencia contaba, puesto que daba el apoyo entusiasta necesario para esta realización. Pero lo más importante: el clima emotivo que se generaba contagiaba, movilizaba, invitaba a imitar. Ahora bien, ¿cómo se estaba produciendo todo aquello? ¿Qué cosa era y cómo operaba? ¿A qué respondía esta cadena de gestos que se echaban así a rodar?

⁶ Algunos de estos registros están disponibles en línea:
<https://www.youtube.com/watch?v=2unaHCAvfsQ>

Durante su ejecución, dando consistencia a esta duración, era factible percibir en forma de resonancia, un clima afectivo que bien daba lugar para realizar una invitación o una arenga: “¿Te gusta tocar candombe? – Me encanta, ¡el candombe me encanta!- ¿Hay que seguir viniendo? –¡Sí!, ¡yo voy a seguir viniendo!” (fragmento de registro de campo). Tanto estas escenas de las que participé entonces, como los escenarios de los que tomé parte en mi trabajo de campo dentro de *la Biblio* después, iban dejando así a su paso cierta resonancia, como el rastro de un gesto repetido, en la performance de una coreografía.

La performance de una *Fiesta* como experiencia de participación

Un tiempo después de aquellos eventos antecedentes, y luego de haber participado de la *asamblea* con la que se inaugurara la sede de *la Biblio*, me integré a trabajar allí como estudiante de antropología. Con la puesta en funcionamiento del Programa de Trabajo Social “Cuerda de tambores: un proyecto musical para la acción cultural”, comencé a participar dentro del ámbito de la biblioteca. Tal como fue desarrollado en la Introducción, el Programa se proponía enriquecer el proceso participativo vecinal que *la Biblio* estaba motorizando, a través de la creación un ámbito de encuentro en torno a la enseñanza de una práctica musical de percusión (candombe). En el transcurso de unos diez meses (de Mayo a Marzo del siguiente año), el Programa había avanzado muy bien en sus objetivos; se había conformado un grupo que, a su vez, logró apropiarse de los saberes musicales para ensamblarse como “cuerda”⁷ de tambores y que dio en llamarse a sí mismo el “*Encuentro de tambores de la Biblio*”. Sólo algunos de estos participantes eran también, desde el comienzo del proyecto, formadores y voceros de *la Biblio*, mientras que por lo menos la mitad del grupo eran vecinos del barrio que nunca habían participado allí. Sin embargo, al finalizar la ejecución, muchos de ellos se habían acercado notablemente al quehacer de este emprendimiento barrial. Con el propósito de dar cuenta de la importancia que, en este campo, adquieren ciertas prácticas no retóricas en la conformación y transmisión de sentidos que entran la participación y la auto-organización, analizaremos a continuación algunos eventos que se desarrollaron como parte del proceso desencadenado por el Programa.

⁷ “Cuerda” es el nombre que toma el ensamble de percusión, característico de este folclore.

Ya fue expuesto en la Introducción que la cuestión del cierre del Programa y su transformación en una iniciativa puramente vecinal (es decir no mediada por quien suscribe en calidad de practicante de antropología), produjo una serie de traspiés, los que condujeron a la elaboración de las preguntas centrales de este ejercicio: ¿cómo se produce la agremiación/cohesión en este ámbito? ¿cuáles son y cómo funcionan las prácticas de participación y organización? Estas preguntas se tornaron cruciales para poder lograr el máximo objetivo que tenía el Programa: diluirse como tal, junto con su lógica, para que la participación de los vecinos lograda lo fuera dentro de *la Biblio* y no como un apéndice extrapolado de ésta. Por ello tiene relevancia el hecho de que los participantes, produjeran una identificación entre las performances de participación y organización que como grupo estaban llevando adelante y las que se identificaban como propias de *la Biblio*. Pues bien, los sucesos que terminaron produciendo esta identificación se dieron de una singular forma, la cual nos ayudará a ir delimitando la codificación discursiva que, como principio de agremiación, pauta convocante o aun regla normalizadora de la participación, articula los intercambios en este ámbito.

Retomaremos en este punto, el relato de los sucesos. Volvemos entonces al tiempo en el que, aun sin traspiés, el grupo avanzaba a paso firme: habían pasado siete meses de ejecución del Programa y las iniciativas sobre el quehacer del grupo ya estaban siendo, en gran medida, implusadas por los participantes. A esta altura ya se sentían en condiciones de tocar con bastante autonomía. Entonces, una de las iniciativas que pusieron en práctica fue la de comenzar a tocar en público como *cuerva*, en la playa del barrio, durante el verano que comenzaba por entonces. El hecho de que comenzaran a llamarse a sí mismos con este nombre, *cuerva*, resultaba un indicio de su consolidación como grupo humano en torno a la práctica musical. Era notable, finalizando este período (para fines de Febrero de aquel año), que la experiencia de tocar en la playa los había unido y que se había fortalecido su capacidad de auto-organización. Fue entonces cuando les propuse que era momento de ir dando por finalizado el Programa, pues consideraba que ya estaban preparados para seguir adelante auto-gestionando sus aprendizajes musicales y su organización como un grupo dentro de *la Biblio*. Frente a mi propuesta, una catarata de preguntas surgió al unísono. Muchas tenían que ver con mi participación como integrante de aquel grupo, lo cual ya fue revisado en la Introducción. Pero otras tenían que ver con *la Biblio*.

Resultaba que, hasta ese momento, el enlace entre este grupo y *la Biblio* había sido el Programa: toda vez que el ámbito de participación que abrió el Programa había sido una responsabilidad que yo asumí como estudiante, una de mis tareas había sido gestionar la articulación entre *la Biblio* y el grupo. Por otro lado, para muchos de nuestros participantes, este era su primer acercamiento a *la Biblio* y, por lo tanto, no conocían o no tenían relación con los *compañeros* que formaban parte de aquel colectivo. Dado que esta cuestión era nueva como tema para el grupo, los intercambios y debates en los que pensábamos el destino de nuestra *cuerda* tocaron varias veces la relación entre este incipiente espacio y *la Biblio*. Finalmente el grupo terminó detectando que si, una vez concluido el Programa, nuestro espacio no seguía constituido como tal, entonces surgiría una especie de deuda que como grupo habríamos adquirido para con *la Biblio*. La lógica de la explicación que el grupo se dio fue la siguiente: si la experiencia que habíamos transitado juntos dentro del Programa fuera factible de reducirse a los términos de trabajo-recompensa, cada uno de los participantes habría salido recompensado, ya que había logrado adquirir un saber musical. Yo, por mi parte, también salía recompensada puesto que esta experiencia me había permitido ganar créditos académicos como estudiante de antropología. Pero *la Biblio*, ¿salía recompensada? Si el espacio de participación vecinal que el grupo hasta ahora brindaba se desarmaba, *la Biblio* parecía quedar con cierta desventaja: nos había alojado, proporcionado un techo donde realizar nuestra práctica y, ahora que dábamos por concluida esta tarea, ¿la íbamos a dejar sin más? En medio de estas reflexiones íbamos acordando, con mi partida, el cierre del Programa.

Fue entonces que, buscando una respuesta para esta inquietud, apareció la propuesta de organizar un evento que sirviera, por un lado, para mostrar el trabajo que habíamos logrado y, por otro, que permitiera juntar el dinero necesario para comprar instrumentos (una “cuerda de tambores”)⁸, los cuales quedarían como una donación de este grupo para *la Biblio*. La compra de instrumentos constituía una apuesta que me había encargando de promover, como parte del Programa, apostando a que este espacio no se desarmara y a que el grupo pudiera continuar practicando. La idea siempre los había entusiasmado, añoraban tener instrumentos para poder tocar. Ahora, el hecho de que aquella compra se convirtiera en una donación para *la Biblio*, desencadenó un interesante proceso. El grupo se compenetró, de partida y profundamente, con esta tarea,

⁸ Se trata de tres tamboriles de candombe denominados chico, repique y piano, con los cuales se ejecuta este particular ritmo ensamblado (Ortiz Oderigo, 1969)

alentados por una alegría contagiosa que parecía impulsarlos y darles gran motivación. De un estado de duda y parálisis, habían pasado a realizar una serie de acciones apasionadas, aparentemente impulsadas por el deseo de comprar los tambores y ¿donarlos?. Lo inquietante es que aquellos simbolizaban tanto un deseo del grupo para sí mismo (tener sus propios instrumentos), cuanto una intención del grupo para con *la Biblio*, que iba a recibirlos en donación. En cierto modo había una contradicción latente, (puesto que aun no se habían decidido a seguir formando parte de *la Biblio* como grupo o *cuerda*), que no parecía obstaculizar, sino todo lo contrario, los motorizaba productivamente, de modo que, en poco tiempo, la “*Fiesta, candombe y besos*”, estuvo lista para echarse a rodar. Vamos a analizar paso a paso el devenir de estos gestos.

Una de las primeras cuestiones que había que hacer una vez tomada esta decisión, era hablar con *la Biblio* para proponerles el trato de organizar una fiesta o festival con aquellos fines, en su sede. Para lo cual había que asistir al siguiente *plenario* (reunión general y organizativa de *la Biblio*), a conversar con los *compañeros*. ¿Quién iba a hacerlo? Preparando la fase de despegue que me permitiera enlazar a nuestro pequeño grupo con el colectivo más grande de *compañeros* que hacían la Biblioteca, el lugar que yo ocupara como enlace fue rápida y fácilmente ocupado por algunos de aquellos participantes del grupo que nunca habían participado de *la Biblio* antes. Así fue que asistieron al *plenario* y comenzaron a establecer sus lazos con aquel colectivo. Aquello que se estaba echando a rodar era como un fósforo acercándose a una mecha, pues *la Biblio* no sólo aceptó de buen grado la propuesta de hacer un festival (cuyo corolario era aquel deseo de donar instrumentos a *la Biblio*), sino que sumó a la iniciativa trabajo y entusiasmo, ofreciendo además poner un monto de dinero que permitiría al grupo cubrir muchos de los gastos iniciales, como la compra de los alimentos y las bebidas que iban a venderse ese día como buffet. También se sumó la propuesta de difundir el evento por la radio del barrio, de modo que el grupo se organizó para producir un spot radial con ayuda de los *compañeros* de la radio. Pronto todo estuvo preparado para darnos una zambullida en una experiencia de participación que, para muchos de los integrantes y para esta etnografía, sería toda una revelación:

Alrededor de las seis de la tarde de aquel esperado día, sobre una guirnalda de banderines de colores, ondeaba la palabra “bienvenidos”. A la entrada, apostados sobre los costados de un sendero de árboles que rodea a *la Biblio*, los integrantes del grupo hacían sonar varios instrumentos de percusión recibiendo a los primeros

asistentes. A tono con los banderines, se proponía como *toque* inaugural. Entrando al bosque que rodea la sede de *la Biblio*, ya estaba todo preparado y dispuesto: una mesa cubierta por un mantel y colmada de alimentos que haría de buffet, luces de colores, un equipo de audio y micrófonos, leña para el fogón... Los *compañeros* de *la Biblio* ya estaban en sus puestos a cargo de la cocina, mientras que los integrantes de nuestro pequeño grupo pululaban de un lado a otro, hablando entre sí, distribuyendo tareas, terminando de acomodar detalles. Acorde a lo planeado, el evento comenzaría con una actividad a cargo del grupo que, a modo de clase abierta, sirviera para compartir conocimientos y realizar, en este marco, una pequeña demostración de lo aprendido. Una vez que la gente invitada a la *Fiesta* comenzó a llegar, el pequeño grupo se auto-convocó dentro del salón de *la Biblio* para organizar el inicio, “-¿Cómo hacemos ahora? ¿Cómo arrancamos?, -Hagamos como hacemos siempre para empezar... con una ronda”. De modo que, en poco tiempo y con aceptada predisposición, los asistentes a la *Fiesta* se encontraron haciendo una ronda sobre el predio de *la Biblio*. Eran tantos que muchos tuvieron que pararse en doble fila. La *Fiesta* daba así comienzo, en forma de esa repetida, y no menos estructurada, disposición circular. Sin embargo esta forma controlada por el pequeño grupo duró muy poco tiempo, pues, una vez concluida la actividad, un aluvión de intercambios aparentemente desordenados, tomó lugar. Esta otra forma, si bien aparentaba espontaneidad y libre circulación, también mostraba una prolija distribución de tareas (por ejemplo en el manejo del fogón o en el atento cuidado del espacio físico de *la Biblio*). Sin que hubiera consignas o explicaciones, el flujo aparentemente libre de los intercambios parecía haber sido tomado por una sólida, aunque invisible, red de sentidos y sincronizaciones (...). El ensamblado entre los dos grupos se daba desde los gestos corporales, como parte de un clima afectivo que, envolvente y sugestivo, producía una reciprocidad. Era como una red de reciprocidades y colaboraciones en la que los dos grupos, ahora, funcionaban mezclados. Y se basaba en realizar intercambios mediante la repetición de gestos de donación. Era llamativa, a su vez, la ausencia de argumentaciones retóricas alusivas a aquellos... (fragmento de registro de campo)

Una cuestión que resultó de gran importancia para esta etnografía fue poder observar el caudal de interacciones que se desencadenaron durante aquel evento. Era como si varios

de los sensores de movimiento de aquella red humana articulada en torno a *la Biblio*, comenzaran a despertar al impulso, lo cual hizo de la *Fiesta* un verdadero éxito. No sólo por la convocatoria que superó enormemente la expectativa del grupo, tampoco por el caudal de dinero recaudado que fue el suficiente para cubrir todos los gastos, devolver el préstamo a *la Biblio* y ¡comprar los instrumentos!, sino por la enorme cantidad de intercambios recíprocos, aparentemente muy bien aceitados, en el marco de un particular clima emotivo que parecía rodear e impulsar todas aquellas acciones colectivas. Algunos traían alimentos preparados para donar al buffet, otros o los mismos, también los compraban, el grupo enseñaba y practicaba, muchos también tocaban, escuchaban, bailaban, aplaudían, o charlaban. Aquel evento no podía reducirse a ser descripto como una clase abierta, un momento musical o un festival –aunque, sin duda, también era todo aquello-. Pues el clima emotivo de confianza mutua claramente se cimentaba e incrementaba, organizado sobre aquellos acuerdos básicos de realizar donaciones recíprocas. Esta modalidad, claramente se distanciaba de una tarea en función de lograr cierta adecuación entre trabajo y recompensa, como en algún momento había sido pensado, puesto que la medida de los intercambios no guardaba este tipo de correlación. La experiencia de pasaje por aquella instancia de participación, tanto durante los preparativos cuanto realizando el evento después, había dejado profundas marcas en todos y cada uno de los integrantes de nuestro grupo, yo incluida. ¿De qué se trataba esta experiencia? Algunos lagrimeaban, otros se abrazaban, todos sonreían. A causa de aquel evento, los integrantes del pequeño grupo se habían encontrado codo a codo con los *compañeros* de *la Biblio*, quienes, además de asistir al evento, colaborar comprando alimentos, aplaudir y disfrutar, se habían puesto a cargo del fogón para cocinar, acompañando y ayudando en toda la organización. También el intercambio se dio con los *compañeros* de la radio, quienes, por su parte, se sumaron ofreciendo una cobertura que se transmitió ese mismo día. Uno de ellos preparó, además, una muestra de fotos que reunía recuerdos de otros eventos pasados, entre los que estaban también aquellas *juntadas* que racconté más arriba como antecedente. Eran muchos los vecinos y vecinas que se habían acercado a donar alimentos para el buffet que luego ellos mismos compraban. También era evidente la presencia de personas que habían venido desde otros lugares de la ciudad. Al intercambiar alguna pregunta u opinión al pasar con algunas de éstas, se repetía cierta expresión de asombro respecto del fenómeno en danza, por la emotividad del evento, por el número abultado de la concurrencia.

Yo observaba atónita el exuberante panorama de intercambios, absolutamente conmovida por el clima de alegría y entusiasmo reinantes, cuando en una de aquellas conversaciones volví a escuchar una frase que había oído ya muchas veces: Así es la Biblio... bueno, los Coihues es así....¿Así cómo? pensé, sin hacer la pregunta en voz alta. Este alto me permitió cotejar varias de las suposiciones y expectativas que yo tenía respecto del Programa y, sobre todo, echó luz a mis preguntas sobre como se producía la auto-organización aquí.

Así es la Biblio..., Los Coihues es así...

Hacia el final del Programa, yo estaba muy consciente de la falta de convencimiento con la que el grupo pensaba la posibilidad de continuar como tal y dentro de *la Biblio*. Ello a pesar de todas las veces que se conversara racionalmente sobre los objetivos y se comprendiera de forma conceptual, lo productivo que pudiera ser este pasaje. Nada de esto había logrado convencerlos, sus dudas persistían. Por ello surgió con claridad un contraste con lo que parecía ser la puesta en acto de aquel pasaje, ya-realizándose. Acorde con las escenas descritas, el evento parecía estar configurando una performance de este pasaje, percepción que me llevó a tomar en cuenta cierto aspecto ritualístico, aparentemente desplegado en este acontecer. Por ejemplo, desde el concepto de drama social, se hace posible comprender la vigencia de la forma ritual como una necesaria temporalidad, cuya cualidad insurgente concurre para viabilizar la ocurrencia del proceso asociativo (Turner, 1974). Esto tenía sentido para pensar la experiencia vivida, puesto que los eventos desarrollados habían resultado efectivos para operar el pasaje del grupo, para producir su enlace y ensamblarlo con las prácticas de participación de *la Biblio*. La idea, a su vez, resultaba sugerente para tomar una perspectiva desde la cual poder asumir el carácter profundamente vivencial, sensitivo, emotivo y corporal, dentro de aquel clima de alegría y entusiasmo que se imponía con holgura sobre aquello que se desarrollaba a modo de participación vecinal, de auto-organización. Tomando la definición que hace Richard Schechner al plantear que toda performance se constituye en una acción ritual, en tanto resulta una restauración de la conducta (Schechner, 1987), comencé a notar que en estas formas auto-organizadas de participación, el protagonismo de las instancias verbales o retóricas era ampliamente disputado por un lenguaje hecho en la repetición de ciertos gestos. A partir de prestar atención a ciertos gestos de donación repetidos, era posible captar que éstos,

desplegaban sentidos no retorizados pero claramente resonantes, reverberantes, atmosféricos, entramados dentro de este compendio de interacciones. Eran sentidos articulándose en el vaivén de aquellos intercambios que nuestra descripción detalla como diversas personas conformando grupos, mezclándose y trabajando en la preparación de alimentos, conversando o tocando instrumentos, ofreciendo una proyección de fotos, bailando, en definitiva, participando.

En el próximo apartado retomaremos pormenorizadamente la descripción de estos gestos de donación recíprocos. Pero antes, hay una cuestión que me interesa enfatizar aquí, que es la importancia del nivel performático y ritualístico implicado en la participación vecinal que registré en torno a *la Biblio*. Respecto de ello, también me interesa hacer notar que el único soporte verbal que había podido registrar durante el evento, con vocación para explicar o argumentar lo que allí sucedía, era aquella frase: *Así es la Biblio... bueno, los Coihues es así...* Analizaremos estilo de estas prácticas de participación, a partir de aquella expresión. En primer lugar resulta que la misma no era nueva para mí. Más bien solía escucharla frecuentemente, como latiguillo, dentro de aquel conjunto de participantes. Yo la había recibido varias veces en persona y había notado que generalmente respondía a algún elogio respecto del buen nivel de convocatoria o de participación vecinal que tenían los eventos o actividades que se auto-organizaban en torno de *la Biblio*. Ahora, atendiendo con mayor precisión a la frase, es factible intuir esa alusión a una cualidad específica –que se deja sintetizada en el *así*–, haciéndonos sentir su vocación por demarcar una singularidad propia de este ámbito: *así*. Y es notable que dicha cualidad no sea desarrollada, por lo menos no retóricamente o narrativamente. La frase generalmente, solía quedar flotando en el aire con cierto hermetismo. Desde alguna empatía o afinidad, yo alcanzaba a comprender en parte lo que aquella frase ponía en juego: en principio podía detectar una voluntad que realizaba ahí mismo con aquel decir, a *la Biblio* y al barrio mencionado como *los Coihues*. En otras palabras, podía reconocer aquella intención que diciendo *así* sobre el barrio o sobre la biblioteca, buscaba crearlos, asignándoles una específica característica. Pues parte de esta frase contiene una afirmación: *Los coihues es..., la Biblio es...*, con lo cual en principio se acciona al afirmar su existencia. Ahora y por otro lado, se hace evidente que esta producción de existencia no es puramente retórica. Más bien podríamos decir que el recurso retórico efectúa un productivo desplazamiento con el que hace caer la producción de sentido sobre el plano escénico/performativo en donde parece buscar

completarse. Veamos: en el *así*, el gesto de habla frena su movimiento y se reserva, evitando poner en palabras o teorizar sobre los sentidos en juego. Con ello, cuanto menos nos empuja a contemplar la escena llevando a cuestas la pregunta ¿así cómo? De modo que haciendo caso a la indicación del *así* en forma literal, habríamos de girar la atención sobre aquello a lo que se estaría apuntando, en busca de esas cualidades o sentidos aparentemente señalados. Pues bien, si esta cualidad se ofrece a la vista allí donde el *así* apunta, lo que emerge como visión o imagen correlativa en tiempo y espacio a la enunciación de tal frase, es un conjunto de vecinos, persistente en el tiempo como conjunto, un poco más inestable y cambiante en su composición, que aloja en nombre de *la Biblio* y del barrio nombrado como *los Coihues*, cierto caudal de prácticas e interacciones con un signo en común, el cual es capturado por el *así* y completado performáticamente. Un signo que (en general, o tal vez por norma) no es verbalizado.

En clave de resonancia: “todos ponen”

Desde la perspectiva de una sociología de las asociaciones con la que buscamos acercarnos al problema, Bruno Latour afirma que no hay grupos, sino sólo formación de grupos (y por lo tanto, formadores y voceros de grupos), es decir, personas que trabajan constantemente justificando la existencia del grupo: “...Los grupos no son cosas silenciosas, sino más bien el producto provisorio de un clamor constante hecho de los millones de voces contradictorias que hablan acerca de lo que es un grupo y de quien corresponde a cual” (Latour, 2008: 53) Desde esta visión Latour propone que es posible recopilar los rastros que estas personas van dejando en el camino de hacer estos grupos, como un trabajo de “seguir los rastros que deja su actividad de formar y dismantelar grupos” (Latour, 2008: 57). Toda vez que esta recopilación permite encontrarnos con aquello que se va ensamblando, estos “agregados sociales” resultan en definitiva de “los diversos modos y maneras en que se dice que (los grupos) existen.” (Latour, 2008: 57). A esto se refiere Latour con asumir una definición performativa de lo social: nos recuerda que constantemente hará falta prestar atención a los medios, las formas, las particulares estrategias implicadas en crear y sostener incesantemente a los grupos.

Es en este sentido que hemos analizado lo sugerido por la frase “...asi es *la Biblio*...”, encontrando que el modo o la manera en la que nuestros formadores de grupo dicen que *la Biblio* o *Los Coihues* existen, tiene un carácter performático. Es decir, que recurre en cierto grado al lenguaje de la performance como estrategia para poner en vigencia los

sentidos que realizan su existencia. Lo que sigue de ello -y dado que es mediante una o varias performances que el proceso de ensamblar aquí lo social, parece proceder,- es que estaríamos entonces ante la performatividad de estas performances, ya que sus efectos resultan reconocibles como el singular fenómeno al que Judith Butler describe en términos de una “identidad instituída por la repetición estilizada de actos en el tiempo” (Butler, 1988: 520).

Veamos en un fragmento de qué se trata esta repetición:

... yo traje la mesa. (...) Cuando se terminó de construir *la Biblio*, vimos que hacía falta una mesa que se pudiera plegar... Y ahí R. trajo el sillón ese que hizo él... así fueron apareciendo todas las cosas, la otra mesa, el futón, ¡la estufa!... Los almohadones...Y claro, cuando B. consiguió esa heladera y ¡la donó!... claro, entendió todo... (fragmento de registro de campo).

Al observar los intercambios e interacciones como performances, comencé a buscar delimitar aquel singular carácter que parecía instituírse *así*, en aquellos gestos consecutivamente restaurados y que consistían, por ejemplo, en: traer una estufa a *la Biblio* y donarla, traer una canasta con el mate y la torta lista para ser compartida en la reunión, encontrarse los domingos o en cualquier día feriado a realizar mejoras edilicias, llevar herramientas, donar materiales. Ofrecer y compartir informaciones, conocimientos, saberes, tiempo, trabajo. Alentarse mutuamente, festejarse, incentivarse: “¡Vamos la escuela, vamos la Biblio!” (fragmento de registro de campo). A su vez entre mis observaciones -tal vez como correlato de aquellos gestos- anoté cierta particular forma para enunciar los pedidos. En los correos que solían circular desde las distintas *comisiones* de *la Biblio*, se decían cosas como “compañeros, este jueves nos encontramos a seguir trabajando en nuestra *Biblio*, hacen falta tornillos y almohadones” (fragmento de registro de campo).

Lo que resulta llamativo es que, tanto los enuncidados como los gestos, parecen estar dando por hecho una especie de acuerdo o supuesto de base que, por lo tanto, no es puesto en palabras. Pero que si hubiéramos de formularlo tal vez podría ser algo así: aquello que se nombra como *la Biblio* es algo que se hace entre todos, entre varios, entre muchos, poniendo cosas, tiempo, trabajo, alentando, ayudando, acompañando. Atmosféricos y reverberantes, los sentidos implicados en aquellos gestos y enunciados iban cobrando forma como una serie reiterada de rasgos, y daban a este compendio de prácticas, lugares, personas, actividades, objetos, bienes culturales, un particular tono o

sentido de sí mismo. En mis primeras notas de campo capturé la impresión que esta repetición de rasgos me producía, con una singular expresión: todos ponen. Era una interpretación de lo que observaba en varias situaciones, cuyo valor potencial como descripción descubrí un tiempo después. Una observación de Bruno Latour respecto de la participación de quien estudia lo grupal que, a su vez, está siendo ensamblado con su presencia, concurre para validar este aporte descriptivo, ya que alude a comprender que los científicos sociales formamos parte de los muchos voceros que hacen posible la definición durable de los grupos (Latour, 2008: 54).

En el momento en que aquel descubrimiento surge sintetizado en una especie de exclamación de asombro: ¡todos ponen!, estaba intentando describir cierta cualidad, cierta característica presente en los intercambios de los que yo misma estaba siendo parte al “poner”, por ejemplo, mi iniciativa, mi tiempo y mi trabajo para formar un espacio de participación vecinal con aquel Programa de Trabajo Social. La alusión a la palabra “poner” resultaba de formular una analogía con el conocido juego de mesa, “La Perinola”. En aquél la regla que motoriza los intercambios proviene de hacer girar un pequeño trompo de material duro que lleva escrita en cada una de sus seis caras, una leyenda simple: Toma uno, Toma dos, Toma todo, Pon uno, Pon dos y Todos ponen. Siguiendo una trama en las interacciones que observaba, con esta metáfora buscaba leer aquellas secuencias imaginando al trompo sobre la última leyenda, pues su vigencia cuadraba a la perfección con aquel devenir de gestos y acciones entrelazados como la puesta en escena -en un idioma extraño y desprovista de subtítulos- de esa consigna.

Sin embargo, ¿cómo era posible afirmar la existencia de esta supuesta pauta que no figuraba ni entre los objetivos formales, ni en las Actas de Asamblea? Tampoco había escuchado entre los intercambios verbales que se declarara algo como: al participar de este lugar todos deben poner algo, o este lugar se sostiene y crece porque todos ponemos algo. Resonaba para mí en este punto algo de la densidad a la que Clifford Geertz refiere: “Hacer etnografía es como tratar de leer (...) un manuscrito extranjero, borroso, plagado de elipsis, de sospechosas enmiendas y comentarios tendenciosos y además escrito no en las grafías convencionales de representación sonora, sino en ejemplares volátiles de conducta modelada” (Geertz, 1973: 24).

¿Cómo leer pues estos ejemplares de conducta modelada? Geertz comprende “la conducta humana como acción simbólica (...) acción que, lo mismo que la fonación en el habla, el color en la pintura o el sonido en la música, significa algo”. Un algo tramado

en esa urdimbre a la que refiere citando a Max Weber: “el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido” (Geertz, 1973: 20 y 24). Poniendo atención sobre las dimensiones estilísticas y afectivas de esta urdimbre, sobre los aspectos morales y estéticos, el autor define al *ethos*, como aquella particular forma reconocible en cierto sentido propio, estilístico, que subyace en la conducta. Afirma Geertz que el *ethos*, puede volverse intelectualmente razonable a nivel de su significación pero a través del análisis de los símbolos en los que se almacena. En éstos resuena sintetizado con los aspectos cognitivos (como la visión del mundo, la explicación sobre el orden), de lo cual sigue su fuerza para crear normas morales y estéticas y su eficacia para ordenar la existencia. Ello significa que esta fuerza responde menos a una racionalización de aquella articulación afectivo-cognitiva y más al hecho de que, en los símbolos, “la significación es intuitivamente sentida pero no conscientemente interpretada” (Geertz, 1973: 118 y 119). Esta vigencia es la que podía constatar en aquellas pequeñas performances gestuales mediante las cuales se entramaban vínculos y se configuraban sentidos. Estas prácticas de participación en *la Biblio*, conformadas en torno a aquellos singulares gestos de donación, plasmaban un particular sentido de sí mismas. Al analizarlas como performances, se muestran funcionando como actos simbólicos, condensando sentidos resonantes. Es decir, sentidos que no eran verbalizados, pero que se registraban y se imitaban y, así, se comprendían: “para la segunda reunión ya habías entendido que traer algo para compartir, es una parte muy importante de la reunión” (fragmento de registro de campo).

Geertz, justamente, utiliza la palabra resonancia para describir de qué forma se hace presente el significado en el *ethos*: “Esos símbolos (...) son sentidos por aquellos para quienes tienen **resonancias**, como una síntesis de lo que se conoce sobre el modo de ser del mundo, sobre la cualidad de la vida emocional y sobre la manera en que uno debería comportarse mientras está en el mundo” (Geertz, 1973: 118 y 119. Las negritas son mías.). Teniendo en cuenta la dimensión simbólica de estos gestos de donación que delimitamos aquí, habremos de considerar la propagación y transmisión de sentidos no verbalizados pero desplegados en el lenguaje resonante de estos gestos.

Volviendo a nuestro relato, hasta aquí todavía no resultaba sencillo el poder asir aquellos sentidos reverberantes y atmosféricos. Por ello la expresión “todos ponen” resultó de gran ayuda a fin de ponderarlos y de establecer su vigencia como pauta, en

términos de hipótesis. Lo que resulta llamativo es que aquello que mis observaciones me dejaron ver fue, sobre todo, el modo iterativo mediante el cual esta pauta se hacía vigente. Es decir, no encontré la pauta dicha, ni escrita, pero claramente podía ver la repetición contagiosa de aquellos gestos como un “todos ponen”. La repetición en sí se develó, entonces, como un dato del campo que contenía la siguiente clave para responder a mis preguntas sobre su vigencia: haciendo, ejecutando, performando *prácticas concretas*.

La emergencia de las *prácticas concretas*

Durante mi trabajo de campo participé de una singular instancia de contraste entre las prácticas de auto-organización de la biblioteca y otras prácticas de auto-organización o participación realizadas por otros colectivos de la ciudad, lo cual me ayudó a troquelarlas con mayor precisión. En el marco de mi observación participante, tomé un rol asistiendo a una serie de reuniones fuera del barrio a las que la biblioteca había sido invitada. A través de algún miembro que la representara, se le proponía a *la Biblio* que comenzara a participar de una organización local (un Foro), que nucleaba distintas iniciativas auto-organizadas de la ciudad, en torno a la promoción de los derechos de infancia. Este núcleo (Foro), muy conocido en la ciudad, a su vez era miembro participante de un órgano municipal (un Consejo), el cual tenía por función asistir la elaboración de contenidos para las políticas de infancia municipales. Las prácticas de participación y auto-organización de este Foro consistían en reuniones periódicas en las que se discutían nociones y proyectos, y se unificaban criterios que pudieran ser trasladados al Consejo. Cada uno de los representantes llevaba a este Foro iniciativas y compartía, con los demás representantes de los otros colectivos allí presentes, inquietudes y necesidades que sus diferentes prácticas territoriales o gremiales les imponían. Ello, en el marco de las intensas discusiones que muchas veces se producían al tener que negociar y unificar posiciones para llevar al Consejo⁹. Es decir, el producto o la materialización/resultado, tanto como la cualidad de las actividades que realizaban al Foro como tal, hacía cierto énfasis sobre un nivel retórico o verbal y abstracto o conceptual. Su tarea se ponía en acto fuertemente a través de la argumentación y el habla y redundaba en la elaboración de criterios y contenidos conceptuales, necesarios para cumplir el objetivo de diseñar políticas municipales. En la práctica aquello

⁹ Para una etnografía de estas negociaciones ver Sendyk, 2017.

resultaba de reuniones y conversaciones entre representantes que portaban informaciones y saberes expertos. Y se realizaba mediante la oralidad, la conversación, discusión y análisis de nociones y abstracciones alrededor de una mesa, o mediante la producción de materiales escritos con diversas funciones argumentativas y comunicativas. Podríamos describirla como una particular performance o práctica. El contraste entre este tipo de actividad y el estilo de prácticas que realizan a *la Biblio* como tal, emergió casi inmediatamente. Hasta podríamos decir que esta participación de la biblioteca en aquel Foro, de algún modo forzó a sus formadores y voceros a la elaboración de una narrativa acerca sus propias prácticas. Así, durante el tiempo que duró esta participación, en los *plenarios* de *la Biblio* se mantenía en vilo la siguiente pregunta ¿podía *la Biblio* sumarse a aquél Foro? ¿Era posible sostener la presencia de un representante en el centro de la ciudad, (en donde se hacían dichas reuniones)? No resultaba fácil que algún miembro del colectivo se ofreciera a cubrir esta actividad, pues suponía un desplazamiento hacia fuera del barrio (que se encuentra lo bastante retirado del centro de la ciudad como para representar un marcado esfuerzo de tiempo personal). Además, porque esto no era lo usual para las prácticas que solían hacerse desde *la Biblio*, como tampoco lo era la figura del representante. Después de que hubo pasado un tiempo prologando de asistir, la biblioteca decidió no seguir participando de las reuniones del Foro. La explicación redundó en reconocer cierta cualidad que las prácticas que se valoran, auspician y promueven desde *la Biblio* deben tener: deben ser *prácticas concretas*. De modo que en aquel *plenario*, se estuvo de acuerdo en sostener que este tipo de participación no lo era.

Con esta expresión quedó designada, entonces, cierta condición, cierta forma como cualidad valorada y distintiva, en la que se recortaba el modo de hacer propio de *la Biblio*. *Prácticas concretas* básicamente quería decir performar/ejecutar aquel tipo de actividades que racontamos, realizadas en la biblioteca, es decir en el territorio del barrio. Por lo cual tampoco cabía aquí una intención de incidir sobre otros territorios o sobre el territorio más amplio de la ciudad a través de las políticas municipales. “Lo nuestro es más *modesto*”- se dijo entre otras cosas en aquel *plenario*. Sin embargo si analizamos más detenidamente lo implicado a partir de esa *modesta* posición, comprenderemos que con *prácticas concretas* se está posibilitando una particular vigencia. ¿De qué se trata y cómo se produce aquello que, a base de *modestia*, resulta un acontecimiento normativo?

Desde la mirada de los estudios de performance, me he propuesto responder estas preguntas en torno a la producción y reproducción de sentidos codificados y singularizados como gestos de donación, dentro de las prácticas de participación descritas en torno a *la Biblio*. Considerándolas como performances, es decir, como puestas en acto, es posible vislumbrar sus efectos performativos, es decir, discursivo-normativos. A continuación analizaremos, en esta clave, la emergencia de la categoría de *prácticas concretas*.

Para comenzar, quiero subrayar que la relevancia, tanto de la categoría como de su emergencia, resulta de poder comprender, con ello, que se trata de una regla sobre el lenguaje. Y que, de ese modo, constituye una acción discursiva factible de ser reconocida en lo que Butler describe como esa capacidad del discurso para producir los efectos a los que da nombre (Butler, 1990). Lo que quiero decir es que la emergencia de esta categoría representa, para esta etnografía, la emergencia de la fuerza discursiva, en acción. *Prácticas concretas*, como nomenclatura narrativo-conceptual, develó la regla con capacidad para modular el curso de acción adecuado para hablar y actuar en nombre de *la Biblio*, es decir, para ponerla en existencia. Ello se hace, justamente, realizando *prácticas concretas*. Como regla, su afirmación implica una negación sobre aquello que no es ella misma, aquello que queda por fuera de su código. En este caso, su puesta en vigencia excluye la de otros lenguajes/performance para realizar la participación/auto-organización. Por ejemplo, las acciones argumentativo-retóricas. De lo que surge una peculiar consecuencia: se excluye así la posibilidad de retorizar sobre ella misma como regla, de teorizar/argumentar sobre su pertinencia, por ejemplo.

Así, mediante la performance misma de las *prácticas concretas* se establece la regla que a su vez las produce. Pues practicando *prácticas concretas* (es decir, privilegiando un lenguaje gestual corporal/sensitivo/manual y situado en el territorio del barrio, antes que retórico/argumentativo/conceptual, y situado a otra escala respecto del territorio) se modula el curso de acción, al tiempo que se propaga su contagio afectivo y su imitación. El discurso opera, de este modo, desde un nivel corporal para realizarse y así realizar sus efectos normalizadores. En este sentido, es de notar que *prácticas concretas* como nomenclatura conceptual, se orienta a reproducir las performances de la participación que ya venían produciéndose en torno a *la Biblio*. Tal como lo establecimos al describir el contexto de su emergencia, el hecho de que estas prácticas hayan sido nombradas o narradas como *prácticas concretas* constituyó un momento excepcional, el cual surgió a

partir de una tensión o contradicción que le fuera interpuesta a *la Biblio* por otra fuerza colectiva auto-organizada y productora de sentidos, como lo era aquel Foro. La narración que dió el nombre de *prácticas concretas* al modo de hacer y de hablar propio de *la Biblio*, buscaba garantizar que se siguiera privilegiando la utilización de formas performáticas, presenciales, escénicas, vivenciales, sensitivas, corporales, manuales, y *modestas*, es decir realizadas en el territorio del barrio. De este modo se disputó protagonismo a las prácticas de participación que el Foro proponía basadas, sobre todo, en formas retóricas y argumentativas que permiten la delegación de la presencia en un representante, dan importancia al manejo de informaciones clave y saberes expertos, y apuestan al convencimiento cognitivo para su propagación. Además, funcionan con otro criterio respecto del territorio.

Conclusiones

A lo largo de este capítulo, he querido mostrar cierta particularidad propia de este campo etnográfico en relación con la producción de sentidos comunes y las formas que adquiere la auto-organización social. Para hablar de ello me detuve en la descripción de ciertos gestos de donación que se repiten y que adjetivan singularmente las prácticas de participación en torno a *la Biblio*.

El análisis se centró, por un lado, en la experiencia realizada como parte del Programa de Trabajo Social. La descripción del contexto de prácticas en el que se desarrolló me permitió mostrar cuánto, en este ámbito, el protagonismo de la acción retórica y argumentativa cede espacio al protagonismo de formas de acción corporales, teatrales, gestuales. A modo de semblante de estas prácticas, y apuntando a su comprensión desde el concepto de *ethos* (Geertz, op. cit.), describí su capacidad de adherencia afectiva y de motivación para la imitación. De este modo las describí bajo el signo “*todos ponen*”, enfocando las dimensiones estilísticas y afectivas, junto al mecanismo de resonancia que opera en la transmisión de sentidos así codificados. Como veremos en el próximo capítulo, la cualidad resonante de estas condensaciones de sentido a las que Geertz trabaja en clave de símbolos, y que aquí abordamos como performances de la participación vecinal, tendrá mucho que decirnos sobre el modo en que se forman en este campo los valores morales.

Por otro lado, siguiendo a partir de aquí ciertos avatares y disputas por los que los formadores y voceros de la Biblio hubieron de pasar en su afán auto-organizativo, tuve ocasión de registrar una particular secuencia en la que, actividades de tipo retórico-argumentativo realizadas por otro colectivo auto-organizado desde fuera del territorio del barrio y de la sede de *la Biblio*, disputaron protagonismo como prácticas de participación. Los hechos y acciones que como rastros se desplegaron a partir de aquí, me pusieron en perspectiva de la emergencia de una categoría cuya capacidad para formar el curso de acción en este campo, también obró de manifiesto. De este modo pude documentar cómo aquellas prácticas repetidas, que ocupan centralidad y son valoradas para hablar por *la Biblio*, fueron denominadas por los actores como *prácticas concretas*. Se trata de aquellos quehaceres colaborativos/participativos, artesanales, artísticos, educativos o recreativos que implican intercambios recíprocos y gestos de donación, y que son realizados desde la presencia y acción corporales en la sede de *la Biblio* (por lo tanto, dentro del territorio del barrio). Busqué comprender estas acciones como procesos performativos a partir de los cuales se configuran sentidos compartidos y modos de reciprocidad en este campo. Con ello, es posible afirmar hasta aquí que las performances de participación nombradas como *prácticas concretas* adquieren un particular matiz o sentido de sí mismas, al ponerse en acto a partir de singulares gestos de donación. En sus efectos, a la vez que convocan a la imitación, moldean, normalizan y articulan el caudal de intercambios que se producen como formas auto-organizadas de participación en torno al emprendimiento plural que constituye *la Biblio*.

En el siguiente capítulo retomaré una descripción que nos permitirá comprender la dimensión moral de las *prácticas concretas* analizando cómo, desde algunas de sus cualidades, se las pone a funcionar a modo de conceptos y prácticas morales. Por otro lado, también buscaré profundizar la comprensión de ciertos sentidos resonantes que las *prácticas concretas* despliegan y que son producidos desde la dimensión corporal-escénica, a través de singulares performances que etnografié en clave de rondas.

Capítulo 3 En ronda: en *cuerda*, en *asamblea*. Moralidad y performance.

Tal como quedó establecido en el capítulo anterior, las prácticas de participación que se desarrollan a modo de auto-organización en *la Biblio*, consisten, en su mayoría, en experiencias donativas, colaborativas, presenciales, vivenciales, corporales, manuales, sensitivas, vinculadas con algún arte, artesanía, o con la educación y/o la recreación. Asimismo, se producen como experiencias relevantes a nivel de las dimensiones corporal/presencial/manual/sensitiva y colaborativa o recíproca. Esta es la razón por la que opté por la perspectiva de la performance, para enfocar esta modalidad local de la actuación. Tal como fueron descritos, estos repertorios de acción se caracterizan por triangular los protagonismos entre la corporalidad, la verbalidad y la espacialidad, cuestión que resultó de importancia para rastrear las formas en que se producen y se transmiten sentidos.

Hasta el momento marcado por la emergencia de la categoría de *prácticas concretas*, me enfoqué en analizar la capacidad formativa y productiva que tienen estas prácticas de participación llevadas adelante por los voceros y formadores de aquel espacio. Es decir, siguiendo a Latour (2008), estuve prestando atención al nivel performativo de esta actuación: los medios, las formas, las particulares estrategias que los actores desarrollan para crear y sostener incesantemente estas prácticas. Ahora lo que quiero señalar a partir de aquí, es que aquél momento particular en el que emergió la categoría de *prácticas concretas* además hizo visible otra dimensión implicada a nivel de la performatividad. Justamente al prestar atención a los diversos modos y maneras en que los actores dicen que *la Biblio* existe, se puso de manifiesto otra categoría asociada a la de *prácticas concretas* y que los actores dieron en llamar *modestia*. Con ésta se abrió una específica dimensión implicada en la producción de sentidos: la moralidad.

Al comenzar este capítulo entonces, abordaremos esta dimensión de la acción asociativa a partir de analizar las performances verbales y corporales que la ponen en acto. Esta dimensión nos permite comprender un específico nivel de la producción de sentidos cuya capacidad para aglutinar, orientar y jerarquizar la interacción es característica: los valores morales. A partir de articular la perspectiva de análisis hasta aquí planteada desde los estudios de performance con la dimensión que abre la perspectiva de la

moralidad, buscaré trazar algunos vectores que, además de aportar a la descripción de cómo se producen y reproducen sentidos y valores aquí, me permitan dar cuenta de las jerarquías que organizan y aglutinan este campo. Para ello tomaré dos experiencias de participación que interpreté en clave de rondas. De este recorrido surge la pregunta sobre si acaso este campo está narrando, en clave de performance, un sentido trascendente que funciona orientando las acciones a modo de utopía.

La modestia de las *prácticas concretas*

Seguiremos aquí con el relato a partir del momento en el que se produce la emergencia de la categoría de *prácticas concretas*. Recordaremos que, en ese acto, a su vez se planteó una singular distinción para explicar por qué era preferible que estas prácticas propias de *la Biblio*, nombradas ahora como *prácticas concretas*, se realizaran en y para el barrio: “lo nuestro es más modesto”, se dijo. Como señalé, fue esta adjetivación, realizada sobre el aspecto territorial de aquellas prácticas y que fuera enunciada por los actores en términos de *modestia*, la que me obligó a prestar atención a aquella particular dimensión de la acción social a la que leeremos siguiendo a Fernando Balbi (2007), en clave de moralidad. Lo que esta perspectiva ayuda a hacer visible es aquella operación que, siendo parte de la producción de sentidos, se caracteriza porque los actores adosan a algún concepto en particular, una determinada carga valorativa. La capacidad que tal o cual concepto nativo esgrime para conducir el curso de la acción, capacidad que se manifiesta por el contexto mismo, puede revelar su condición de valor moral:

(...) hablar de un comportamiento relacionado con valores morales es, hablar de acciones que revelan sistemáticamente la preferencia por determinados cursos de acción en función de su deseabilidad y obligatoriedad, siendo que esa preferencia es formulada conceptualmente y que la acción en su favor es estimulada a través de una carga emotiva adherida a su formulación conceptual (Balbi, 2007: 76).

Volviendo a nuestro caso, la categoría *modestia*, como vimos, fue formulada para dar cuenta de una preferencia. Y puesto que no se dijo, por ejemplo, “lo nuestro es más acotado” (que de todas formas podría denotar una intención moralizante) sino que se dijo *modesto*, esta cualidad proyectada sobre las prácticas de participación de *la Biblio* operó cargando de forma explícitamente moral a la cuestión de realizarlas en y para el barrio. Así, las contrapuso al tipo de prácticas que proponía el *Foro*, como prácticas que

se realizaban en y para otros barrios o territorios articulados. Veamos, si resultaba *modesto* realizarlas en y para el barrio, realizarlas afuera, en otros barrios, ¿cómo sería? Su carga moral se explicita mejor, si contrastamos este adjetivo con sus posibles antónimos: ¿pretensioso, altivo, rimbombante?

Realizar *prácticas concretas* implicaba, entonces, también un gesto de *modestia*. Pues “lo nuestro es más modesto”, se dijo a fin de completar la definición de cierto aspecto que hace a la realización de las prácticas de *la Biblio*: dónde realizarlas y con quiénes. De ese modo, en un contexto de disputa que empujó a los actores a delimitar sus prácticas conceptualmente, al adjetivarlas como *modestas*, se buscó orientar la acción colectiva haciendo que aquellas prácticas se realicen en y para el barrio. Al reconocer así que el concepto de *modestia* forma parte de la categoría de *prácticas concretas*, es posible reconocer esta categoría funcionando como un valor moral. Al comprender que con su formulación se está proponiendo un curso de acción privilegiado, es decir que se está marcando cómo deben ser las prácticas de participación en torno a *la Biblio*, entonces es posible suponer que esta carga moral puede estar operando, a su vez, desde las demás cualidades que son propias de esta categoría, además de la *modestia*, como la presencia corporal por ejemplo.

En conclusión, la perspectiva que se abre en torno a la moralidad me permite asumir que, en este campo, estas particulares performances de auto-organización designadas por los mismos actores como *prácticas concretas* funcionan también en los términos que Balbi (op. cit.) propone para hablar de valores morales. Es decir, funcionan como conceptos cuyo contenido ético se hace evidente en relación con su contexto y como parte de los mismos procesos de producción de sentido que venimos analizando. En definitiva, pensar el proceso de producción de sentido implicado en la categoría de *prácticas concretas* en términos de moralidad no es otra cosa que atender a los aspectos morales connotados en esta construcción. Me refiero a la carga valorativa que se transmite, como vimos aquí, del término *modesto* al de *prácticas concretas*.

Observar estas prácticas en su estilo recurrente (presencial, corporal, manual, educativo, recreativo), verificar que determinado curso de acción es privilegiado por la acción colectiva (que las prácticas de participación de *la Biblio* se realizan prioritariamente en el barrio) y documentar que ello es formulado conceptualmente por los mismos actores como *prácticas concretas* y *modestas*, me puso en contacto con los aspectos morales

implicados en estas prácticas de participación. Cuestión que se articula con su performatividad, es decir, con su capacidad normativa, como veremos a continuación.

Las *prácticas concretas* como prácticas morales

El interés en la producción y reproducción de sentidos abordado desde el campo de estudio de los valores morales, nos lleva a prestar atención, por un lado, a aquello que se manifiesta como reiteración de un determinado curso de acción: a registrar de qué forma una preferencia, orienta repetidamente la acción hacia una determinada dirección o sentido. En la introducción a esta tesina, presentamos esta perspectiva desde la visión de Julian Pitt-Rivers quien, al detectar que los actores “elegían entre alternativas de adhesión y se definían por las actitudes que adoptaban” (op.cit.: 34), buscó explicar aquella adhesión al identificar una conexión entre deseos y sanciones operando productivamente como una trama base a partir de la cual los actores determinaban sus conductas. Como vimos, Balbi (op. cit.) formula esta característica con parecida sensibilidad: la preferencia por determinados cursos de acción, lo es en función de su deseabilidad y su obligatoriedad. Quedan señalados, así, otros dos aspectos que caracterizan a los valores morales.

Tal como propuse más arriba, es posible encuadrar la categoría de *prácticas concretas* dentro de este tipo de acciones. En principio registré que su formulación constituye, a la vez, la puesta en acto de una regulación y la narración de sí misma como preferencia. La doble condición que se presenta como una conceptualización normativa (obligatoriedad) y como una capacidad de adherencia emotiva (deseabilidad) son aspectos que, según Balbi, sólo pueden entenderse en conjunto, es decir, mutuamente referidos. Cuestión que se aplica a nuestro ejemplo ya que, tal como muestran las descripciones, el tipo de acciones llevadas adelante por los participantes de *la Biblio*, hablan de la recurrencia de las *prácticas concretas* como curso de acción antecedendo a su formulación. Acorde a los registros y observaciones, es posible sostener que no fue la formulación conceptual de aquellas prácticas de participación lo que produjo causalmente su imitación como *prácticas concretas*. Lo que pudimos ver es que su formulación surge en concordancia y en contingencia con su performance en forma de prácticas repetidas, imitadas, recíprocas y desplegadas en el seno de un característico clima o atmósfera emotiva.

A continuación presentaré algunos ejemplos etnográficos que me permitirán mostrar de qué forma se encuentran estos dos aspectos en juego para esta categoría. La cuestión de las sanciones, nos proporciona una pista desde dónde comenzar, por lo tanto ¿de qué modo operan las sanciones en este campo y cuáles son?

El primero de estos ejemplos puede extraerse de la situación que ya fuera relatada en torno a la emergencia de esta categoría. Como vimos, ésta se produce a partir de que los actores narran aquello que consideran valioso para definir sus prácticas. La narración hace emerger así una categoría conceptual y, mediante ésta, se establece una jerarquía que permite deshabilitar aquella otra forma de participación propuesta por el *Foro*. Es posible ver que, con la formulación del concepto, se habilita una regulación sobre estas otras prácticas evitando que prosperen. De este modo, su emergencia como categoría puede leerse como la puesta en función de un concepto que, sobre una de sus caras, declara una preferencia hacia un curso de acción determinado: prácticas corporales/presenciales, en las que cada uno se representa a sí mismo, y *modestas* o realizadas en el territorio del barrio. Mientras que sobre la cara contraria sanciona, deshabilitando, a aquellas prácticas que no se corresponden con el curso de acción promovido: las retórico-argumentativas realizadas por representantes o saberes expertos, y con otro criterio respecto al territorio. Al dar cuenta de esta operación, es posible ver, en su emergencia como concepto, que aquella formulación se realiza sobre la fuerza de un caudal de prácticas que la anteceden, de modo que el propio peso de su vigencia performativa cuenta con cierta adherencia emotiva puesta en acción. Tal como lo describí anteriormente, la puesta en acto de este tipo de prácticas, sucede en un clima emotivo de entusiasmo, lo cual evidencia que estas prácticas trabajan desplazando, de hecho, a las prácticas retórico-conceptuales mencionadas. Antes de profundizar sobre el aspecto relacionado con la cuestión de su deseabilidad, voy a presentar otro de estos ejemplos.

El Programa de Trabajo Social había finalizado hacía ya un largo tiempo, cuando recibí por parte de B., quien había sido integrante del Programa, una invitación para que me acercara a participar de un evento en *la Biblio*. Tal como lo describí en el anterior capítulo, muchos de los integrantes (entre los que se encontraba B.) habían comenzado a participar, finalizado el Programa, de aquel emprendimiento. Sucedió ahora que B., ya como miembro de *la Biblio*, hacía tiempo que participaba en la *comisión de bibliotecarios* y quería tomar la iniciativa de reactivar el espacio de práctica musical

como *cuerda* de tambores. Era por ello que me había invitado aquel día, puesto que quería pedirme consejo y apoyo para reactivarlo. Yo no tomaba parte de las actividades de *la Biblio* desde hacía un largo tiempo, puesto que me encontraba por entonces procesando los materiales de campo. Durante el evento de ese día, B. convoca a esta charla informal que estaba teniendo conmigo, a otro de los *compañeros* de *la Biblio*, puesto que quería también su opinión sobre la propuesta de reactivar el espacio musical. Sin darme tiempo de aclarar que esta propuesta por ahora no me incluía, aquel compañero supuso que la intención de reactivar aquel espacio también me pertenecía. Entonces, me presentó cierto reclamo, advertencia o llamado de atención, en el supuesto caso de que yo quisiera volver a realizar acciones desde aquel ámbito: “a mí me da mucha pena el hecho de vos antes eras adentro-adentro, y ahora sos afuera-afuera (...)” (fragmento de registro de campo).

En su relato sobre mi participación en aquel ámbito, el hecho de que yo estuviera desarrollado un rol como estudiante de antropología no aparecía como significativo. El reclamo resultaba del hecho de que yo hubiera dejado de participar. Y esto era, que ya no estaba *poniendo el cuerpo* allí, en el rol que fuera (estudiante o no estudiante). *Poner el cuerpo* surgió, entonces, como otro de los aspectos que funcionan como cargas valorativas o morales y que forman parte de la categoría de *prácticas concretas*. Para participar de *la Biblio* es necesario realizar *prácticas concretas* que, como ya vimos, implican, además de una posición de *modestia*, *poner el cuerpo*. Si bien no existe una regla escrita ni dicha que obligue a nadie a poner tiempo, presencia física, objetos, bienes, etc., tanto el “poner” mismo, cuanto el “cuerpo” implicados en la categoría *poner el cuerpo*, muestran cómo esta categoría funciona a modo concepto o valor moral, disputando capacidad para orientar la acción, cuestión que quedó aquí a la vista cuando me fue aplicada a modo de reclamo o sanción.

Este episodio, a su vez, me hizo recordar otra situación que me relatara una participante de aquel espacio durante mi trabajo de campo. Con esta situación haré mención a una tercera categoría que surge, puesta a funcionar en forma de una sanción. Acorde a su relato, esta participante se había sumado recientemente a *la Biblio*, cuando asistió por primera vez a un *plenario*. Siendo tan reciente su ingreso, reconoce no haber estado advertida acerca de cómo funcionaba la participación allí. Sucedió entonces que, al intervenir abiertamente en una conversación dando su opinión sobre los temas puestos a debate, recibió, por parte de dos *compañeros*, la siguiente advertencia: “vos recién estás

llegando (a este lugar)”. Tiempo después dice haber comprendido que allí, “primero hay que hacer, y luego hablar” (fragmento de registro de campo).

Otra vez aparece la marca propia de ese campo, como vemos, en la forma en que *hacer* se contrapone con *hablar*. El protagonismo que se le otorga al nivel de la acción corporal sobre el retórico-argumentativo y verbal en las prácticas de participación de este campo, se sostiene en la importancia que se da a la presencia física y a las acciones corporales. Por ello estas prácticas, si bien fueron verbalizadas conceptualmente como *prácticas concretas*, funcionan antes, y más bien, propagando sentidos y orientando el curso de acción desde la lógica de *primero hay que hacer*. Podemos ver que las *prácticas concretas* consisten mejor en una puesta en acto que las haga presentes, antes que en acciones verbales, retórico-argumentativas que las expongan en dichos términos. Por ello es que aquí las definiré, además de como concepto moral, como prácticas morales, es decir como prácticas cargadas moralmente, por lo tanto, con capacidad para conducir el curso de la acción.

Este énfasis sobre la dimensión de la práctica, puede retomarse desde aquello que deja abierto Geertz (op. cit.) en una noción que ya fuera mencionada, cuando hace alusión al comportamiento humano como acción simbólica. Basándose, entre otras, en esta misma noción de Geertz, Sherry Ortner (1984) plantea que la práctica resulta una noción clave con la cual la antropología pretende acentuar una aproximación teórico-metodológica a la que le interesa el punto de vista de la acción. Con ello se distancia de la perspectiva clásica que, sostenida sobre la noción de estructura, acentuaba una visión del campo socio-cultural en términos de estabilidad. En el trabajo mencionado, la perspectiva de la acción asume que toda continuidad debe ser explicada como el fruto del trabajo cultural que la sostiene. Al poner el énfasis sobre actores y acciones, este foco sobre la práctica, a modo de símbolo de orientación teórica, busca dar cuenta de este trabajo cultural (Ortner, op.cit.).

Al mencionar a las *prácticas concretas* como prácticas morales, aquí se busca no sólo dar cuenta de los contenidos, las ideas o los conceptos que a modo de estabilizaciones dentro de este campo, puedan quedar identificados y nombrados como determinandos valores morales. Con esta mención lo que intento es poder también dar cuenta de la moralidad desde el plano de lo actitudinal, es decir, busco comprender la dimensión moral desde aquello que se hace, desde cómo se lo hace a partir de cómo los actores lo nombran, lo interpretan y lo aplican. El énfasis que hace la teoría de la práctica (Ortner,

op. cit.) sobre la acción, se recupera, en esta etnografía, desde los estudios de performance para analizar los comportamientos que nos ocupan, como “actos vitales” a través de los que se transmiten sentidos (Taylor, op. cit.). Pero además, con la mención “prácticas morales”, se le agrega, a la perspectiva de la performance, la pregunta por la moralidad: ¿Cómo dar cuenta de la producción y transferencia de valores morales desde aquí?

Volvamos a delimitar en clave de performance el campo etnográfico para poder realizarle esta pregunta. Para ello partimos de la pista que nos dejan las categorías de *modestia*, *poner el cuerpo* y *primero hay que hacer y luego hablar*, para palpar aquella cualidad propia de este campo que, remarcada por estas categorías, lo hace hablar *modestamente* (desde el barrio y para el barrio), *primero* a partir del *cuerpo* mediante un *hacer*, que también es *poner*. Es decir, a través de los gestos de donación, de la presencia física, de los comportamientos y las puestas en acto, todo ello, antes que a partir de las argumentaciones retóricas.

Desde aquí se hace posible preguntar: ¿cómo se producen y son transmitidos los valores morales cuando no se prioriza como vía el canal retórico-argumentativo? Es decir, ¿cómo logran las *prácticas concretas* estimular su imitación, su repetición? ¿Cómo se produce su contagio emotivo, su deseabilidad?

La deseabilidad de las *prácticas concretas*

Podemos retomar aquí esta pregunta en términos de una “carga emotiva” que, adherida a su formulación conceptual, estimularía la acción en favor de estas prácticas, acorde al concepto de Balbi (op. cit.). ¿Cuál sería esta carga emotiva y cómo funciona? Dos caminos se abren para considerar a las *prácticas concretas* desde el nivel de su deseabilidad, así planteado.

Por un lado, una descripción de Arturo Escobar que forma parte de un trabajo que presenté ya en la introducción a esta tesina, permite plantear esta carga emotiva comprendida como un sentido de utopía que se hace presente al ser puesto, performáticamente, en acto. En este trabajo, centrado en la perspectiva ontológica de las redes, los ensamblajes y la relacionalidad, Escobar prospecta nuevas subjetividades políticas como procesos de auto-organización:

Hoy se ha vuelto claro que muchos de los movimientos en todo el mundo favorecen un estilo de la política que acentúa los principios de autonomía, no-jerarquía, auto-organización, y cosas por el estilo. Esta característica ha sido referida como “política prefigurativa”- eso es, una manera de la actuación en la que se despliegan en la práctica diaria las características del futuro mundo deseado (...)- o discutido en términos de la preocupación con la forma, especialmente esas formas descentralizadas (...) (Escobar, 2010: 288)

Varios énfasis que hace esta descripción permiten identificar similitudes respecto de las *prácticas concretas*, sobre todo en aquello que hace a su modalidad prefigurativa, performática. Allí se señala una “práctica diaria” que, mediante “la preocupación con la forma”, hace presente, es decir, actúa el “futuro mundo deseado”. Es posible ver que las *prácticas concretas* resultan prácticas diarias (tal como vimos son recurrentes, cotidianas, repetidas) y que, a su vez, guardan una preocupación por la forma a través de la cual diseñan y actúan su auto-organización (como lo muestra el análisis de su formulación conceptual). Como vimos, a su vez, el nivel de la deseabilidad se plantea, desde esta descripción, en términos de una actuación que despliega con la práctica diaria el “mundo deseado”. Desde aquí, uno de los caminos al considerar la deseabilidad de las *prácticas concretas* nos conduce a preguntarnos ¿Hay un “mundo deseado” desplegado por las *prácticas concretas*? Es decir, nos permite preguntarnos acerca de si acaso este campo está narrando, en clave de performance, un sentido trascendente que funciona orientando las acciones a modo de utopía.

El otro camino que se abre al preguntarnos por su deseabilidad resulta de recordar que, acorde fue documentado, las performances de la participación etnografiadas como *prácticas concretas* se desarrollan generalmente acompañadas de un clima de reverberancia emotiva, caracterizando singularmente su desenvolvimiento. A su vez como vimos, esta atmósfera de afectividad parece potenciarse desde ciertas acciones verbales expresivas, como por ejemplo la alusión entusiasta a *Los Coihues*, las arengas o invitaciones a participar, o la sugestiva frase sobre el modo de ser de *la Biblio*.

Una inquietante pregunta que Ben Anderson formula, resuena con la nuestra acerca de cómo logra, la carga emotiva, estimular la acción en este contexto: “¿Cómo hace una atmósfera para envolver y presionar sobre la vida?” (Anderson, 2009: 77) Al intentar conceptualizar “los afectos colectivos en los que vivimos (...) la experiencia afectiva como ocurriendo a través, alrededor y durante la formación de la subjetividad”, nos

ayuda a vislumbrar esta dimensión que se despliega, como un nivel desde donde ocurre la transmisión de sentidos durante las performances espaciales y corporales. Tal vez aquello que Clifford Geertz apunta, en torno al concepto de *ethos* que ya mencionamos, contenga alguna pista para abordar estas preguntas. El *ethos* puede verse como aquel sentido propio que adquieren las conductas pero desde una dimensión estilística, moral y estética. Para dar cuenta del modo en el que opera la transmisión de significados acorde con la cualidad estética, emotiva, preponderante en esta dimensión, Geertz utiliza la palabra “resonante” (Geertz, op. cit.). A continuación retomaremos este concepto para analizar la capacidad de adherencia emotiva de algunas de estas *prácticas concretas*, a partir de prestar atención a las dimensiones corporal y espacial que adquieren ciertas singulares performances que interpreté en clave de rondas. A su vez, se considerará el plano de la acción verbal en este contexto, a la luz de lo que la perspectiva de las moralidades va dejando entrever en torno a la producción de algunos sentidos que son jerarquizados, cuestión que nos reencontrará con la pregunta acerca de qué es aquello que este campo estaría narrando.

En ronda: en cuerda

A partir de aquí vamos a analizar algunas escenas a través de las que cobré registro de una configuración espacial, escénica, teatral muy presente en el campo. La misma resulta de la forma recurrentemente circular que, como una arquitectura organizativa de los cuerpos y del espacio, suele adjetivar muchas de las prácticas de la participación en *la Biblio*. Tanto sea una *asamblea* o un *plenario*, algún tipo de reunión o evento literario, musical, etc., estos suelen devenir, de manera reiterada, en momentos ordenados en forma de prolija ronda.

En correlato con esta observación puedo incluir, también, la práctica de percusión que realizábamos en el marco del Programa, en la cual se repetía, de manera aparentemente espontánea, aquella disposición corporal-espacial. Ya sea tocando en *cuerda* de tambores o realizando una *asamblea*, ya sea que se tratase de una reunión o de un evento, se producía aquella disposición de cuerpos y configuración del espacio y, con ella, la puesta en acto de unos sentidos adheridos a lo circular adjetivante de aquellas prácticas auto-organizadas.

Con el primero de estos ejemplos vamos a reintroducirnos en las escenas vividas como parte de la puesta en funcionamiento del Programa de Trabajo Social. Recordaremos que, en el capítulo anterior, presentamos los acontecimientos vividos en torno a la performance de una *Fiesta* como experiencia de participación, la cual le permitió, al pequeño grupo del programa, ensamblarse con las prácticas desarrolladas por el grupo más amplio organizado en torno a *la Biblio*. En aquel relato describí el momento en el que los participantes comenzaron a nombrarse a sí mismos como *cuerda*, lo cual daba cuenta de que aquel grupo humano había logrado consolidarse también desde el nivel musical. Tocar en “cuerda” supone un trabajo de ensamble rítmico, cuestión que requiere de habilidad y entrenamiento, de lo cual nos habíamos ocupado arduamente. Sin embargo, es necesario aclarar que, en nuestro caso, la organización que nos dimos para ejecutar este ritmo ensamblado respondía más a una pauta de auto-organización que a la preponderancia de un criterio teórico musical externo o basado en la tradición de autoridad que rige en este particular folclore.¹⁰ Por ello es importante remarcar que, para poder llegar a producir aquella pauta para la auto-organización en la ejecución musical, hube de realizar un trabajo de observación etnográfica y una consecuente sintonización con cierta ética de la participación que regía en este campo pero de forma no explícita, no a nivel retórico-verbal, como lo venimos describiendo a lo largo de todo este ejercicio. Presentaré a continuación, brevemente, el proceso por el cual tocar en *cuerda* significó, primero, tocar en ronda y, luego, sobre todo, de forma auto-organizada.

Promediando los tres meses de la puesta en funcionamiento del Programa, se había conformado un pequeño grupo de participantes que concurría los días Sábado a realizar la práctica musical ensamblada del ritmo “candombe”. Mis tareas tenían que ver tanto con enseñar la práctica musical, cuánto con prospectar un espacio de participación que se insertara en el proceso abierto desde la inauguración de la sede de *la Biblio*. Durante estos primeros tres meses, sobre todo a causa de lo inconstante de las asistencias, aun no había podido poner en práctica el programa musical que había pautado a estos fines. Por ello, en cuanto un pequeño grupo se consolidó, la necesidad de disponer de una

¹⁰ Tanto la práctica como la enseñanza del candombe, se ve interpelada por un reclamo a respetar la ancestralidad, o primordialidad de quienes antecieron en el tiempo, en la producción de esta práctica musical. Lo que afirma el candombe clásico “Candela”, de Rodríguez y Pietrahita, puede servir como ejemplo para graficar este punto: “No es cosa de movimiento, pero sí de autoridad... el candombe es de los negros, pero gozan los demás...”. También aquello que afirma Luis Ferreira acerca de que cada toque es la expresión de un modelo básico, patrimonio de todo un grupo y parte de un fondo de permanencia o acervo sonoro colectivo, que representa la conexión con el acervo sonoro de una cultura ancestral, la relación entre el presente y el pasado. Para sostener esto, el autor recupera la frase: “yo aprendí de los viejos” que registra frecuentemente mencionada con orgullo, por los tamborileros (Ferreira, 1997).

metodología de trabajo para la enseñanza de esta práctica se puso en evidencia. Fue así que algunas particularidades que había podido registrar en torno a las modalidades de la auto-organización en este ámbito me ayudaron a re-diseñar aquellas herramientas:

Llegué a horario y trayendo los instrumentos pero la puerta aun se encontraba cerrada. Unos minutos después llegó uno de los participantes quien, a su vez, forma parte del colectivo de *la Biblio* y, por ello, fue quien asumió la responsabilidad de abrir y cerrar el espacio. Es decir, era quien portaba la llave del lugar. Una vez dentro, dispuse los instrumentos en hilera, aprovechando uno de los bancos largos sobre la pared del fondo del salón. Así fue que los dejé preparados para el momento de comenzar la clase. El resto de los participantes comenzaron a llegar y, luego de los saludos y charlas, los invité a que tomaran un lugar junto a los instrumentos. Para mi sorpresa, éstos ya no estaban formando una hilera, tal como los había dispuesto, sino que habían sido colocados en el centro del salón, y rodeados por sillas, formando una ronda.
(fragmento de registro de campo)

Una serie de conversaciones, superpuestas desde el comienzo, no dejaban de producirse, ya que todos parecían conocerse con todos y también parecían muy emocionados por encontrarse en aquel ámbito. Por ello me costó llegar a saber cómo los instrumentos habían sido cambiados de lugar. Sucedió que, suponiendo que la disposición de los tambores en hilera era casual, algunos participantes, que también eran parte del colectivo de *la Biblio*, se habían ocupado, como suelen hacerlo en las reuniones auto-organizativas de aquel ámbito, de disponer los elementos y acomodar el espacio para realizar la actividad de que se trate. Lo cual estaba muy bien ya que, a fin de cuentas, éste buscaba ser otro espacio de participación más. Ocupándose entonces de auto-organizar la práctica musical que nos esperaba, habían asumido cierta disposición espacial para realizar aquel trabajo en grupo, cual era, la de una ronda.

A partir de este singular episodio tomé nota de dos cuestiones: la primera era la noticia sobre algún sentido común establecido en torno a la disposición que se consideraba apropiada, o sea, la ronda. La segunda resultaba del alto grado de iniciativa respecto de la administración del espacio que los participantes de aquel colectivo desarrollaban. Así como habían tomado a su cargo el organizar los instrumentos aquel día, estaban siempre muy atentos respecto de la limpieza del lugar, pasando un escobillón antes de que comenzara la clase y luego de que terminase y, sobre todo, funcionaban como

anfitriones para todas las demás personas que se acercaban a *la Biblio* por primera vez. Este último aspecto resultaba difícil para mí, debido a que tenía que conseguir que los participantes me registraran y que respondieran a mis propuestas, a fin de poder transmitirles los conocimientos musicales y aun desarrollar los objetivos del Programa. En este sentido debía encontrar un método que me permitiera desplegar iniciativas pero de un modo diferente al de una clase convencional. Sobre todo porque, además de una clase, aquel espacio debía funcionar como un dispositivo que enriqueciera el proceso participativo en curso, alrededor de *la Biblio*. Es decir, me hacía falta encontrar un método que me permitiera hacer ambas cosas a la vez: enseñar música y fomentar la participación acorde a las reglas de la participación que allí funcionaban, es decir, sin superponer este impulso con las iniciativas auto-organizativas de los participantes.

Gran parte de la ejecución del Programa, durante la cual tomé registros etnográficos y realicé algunas entrevistas, fue dedicada a intentar comprender los sentidos que entramaban la participación en aquel ámbito. Ello me ayudó a encontrar, cerca de los cuatro meses de ejecución del Programa, una modalidad para poder trabajar desde la música, en base a algunos de los principios que, por el momento, suponía que organizaban las interacciones allí. Lo bauticé “La construcción cooperativa del pulso” y consistía, básicamente, en descentralizar y redistribuir las participaciones en la ejecución musical, permitiendo la integración de todos, los que ya formaban parte de *la Biblio* y los que recién se acercaban a este entorno, apoyándonos en un mínimo entrenamiento musical. De este modo los anfitriones podían delegar cuanto menos una parte de su tarea de coordinar las interacciones, sobre todo con los recién llegados que, a partir de este método o recurso lúdico, lograban integrarse fácilmente al grupo humano y a la práctica desde la práctica misma. De este modo, el método buscaba descentralizar la coordinación y viabilizar las participaciones de modo equitativo, redistribuyendo roles y lugares. Comprenderemos mejor lo que esta metodología intentaba producir o cuáles eran los sentidos y valores con los que buscaba sintonizarse, a la luz del análisis de una singular *asamblea*.

En ronda: en *asamblea*

A continuación volveremos a tomar una escena que fuera presentada ya como parte de la Introducción, en torno de la realización de lo que conocí aquel día como una especial *asamblea*. “Hoy hay *asamblea*” titulaba una frase que, anticipando e invitando, sonaba

repetida desde aquella mañana. Recordemos que se trataba de la primera *asamblea* bajo techo dentro del nuevo salón de *la Biblio*. Vamos a relatar, entonces, el devenir de este singular acontecimiento, dentro de aquél salón. Desde el comienzo mismo, noté cómo, de manera aparentemente espontánea, tal vez respondiendo a un implícito consenso sobre la organización espacial, cada persona que iba llegando asumía una posición haciendo una ronda. Para ello se iban acercando sillas y se acomodaron cuidadosamente unos largos bancos, buscando hacerlos cuadrar con aquella arquitectura. Todavía al inicio, mientras que personas, sillas y bancos buscaban un lugar, las conversaciones se superponían y los que se encontraban permanecían de a dos o de a tres, saludándose. Entonces aun parecían desprovistos de algún sentido pre-acordado sobre el orden de cuerpos y espacio. Sin embargo es de notar que, inmediatamente después de aquellos breves instantes y sin mediar consigna alguna, cada quien había tomado un lugar en la ronda de sillas. Fue entonces que surgió una propuesta para compartir una serie de fotografías que serían proyectadas:

(...) algunas personas trajeron un proyector y varios de los que ya estaban sentados se acercaron para ayudar a acomodarlo. Brevemente una de las personas alzó la voz y anunció que habían traído algunas fotografías para compartir, pero el protagonismo de su voz se entremezcló inmediatamente con conversaciones superpuestas, varias voces que respondían juntas o a destiempo: “Ah, ¡qué bueno!” Mientras tanto otras voces preguntaban de qué se hablaba y a su vez eran respondidas por otras que repetían la noticia –llamativamente- en primera persona, aunque se hubieran enterado hacía un momento. “Vamos a compartir unas fotografías”, en lugar de: ellos van a compartirnos unas fotografías. En esos momentos era difícil para mí identificar si la acción de proyectar estas fotografías era una iniciativa hecha por unos para otros puesto que, a juzgar por los diálogos, todos parecían estar en el lugar protagónico de la acción, en la iniciativa, tal vez de forma intermitente y rotativa. (fragmento de registro de campo)

Así tomó lugar una proyección de imágenes mostrando lo que había sido el trabajo de construcción de la sede, rememorando escenas y encuentros. Espectadores y protagonistas estaban entremezclados: las fotos exhibían a muchos de los allí presentes y a otros que, aunque no estuvieran allí, eran festejados y conmemorados. Una serie de conversaciones con estilo casual y algo superpuestas se fue entramando, tal y como sucede durante un almuerzo familiar o una reunión entre amigos. Se repasaron las

etapas de la construcción de la sede que permitieron cerrar parte del edificio a partir de fondos propios y donaciones. Luego de ello se conversó sobre los eventos que se realizaron en los últimos años para juntar aquellos fondos: festivales, carnavales, ciclos de cine, buffet, etc. Seguidamente, otra persona trajo un ovillo de lana y propuso iniciar una presentación compartida. Fue en ese momento que la forma circular de la ronda ya dispuesta tomó singular protagonismo. Parados, haciendo la ronda, alrededor de cuarenta personas ocupábamos la totalidad del diámetro de aquella cabaña. Al posicionarse cuerpo a cuerpo y disponerse silenciosamente a un mutuo escrutinio, la ronda, así conformada, producía una cierta sensación de intimidad, de circularidad reverberante, tal vez a partir de una perspectiva desde la cual todos pueden ver a todos, o estar con todos, indistintamente.

Al inicio del evento, las voces eran casi constantemente, múltiples, superpuestas, tal como sucede en una reunión informal. A medida que pasaban las fotografías, se disparaban comentarios y se entrelazaban recuerdos, con espontaneidad. Por ello el contraste fue grande cuando la performance de la ronda cobró centralidad, y con ella se instaló un gran silencio. Esta vez, las presencias corporales se volvieron evidentes y se sintieron múltiples, como si hablaran todas juntas. Mientras que las voces comenzaron a escucharse una por una (fragmento de registro de campo).

Para entonces estuve francamente sorprendida. Pues hacía un buen rato que yo esperaba, ansiosa, a que la *asamblea* diera comienzo, es decir, a que los argumentos, los conceptos, las interlocuciones y el debate, comenzaran. La palabra *asamblea* con la cual se designó aquel evento de inauguración, tenía para mí resonancias con aquello a lo que Julieta Quirós (2014) se refiere como el contexto y repertorio de la acción sociopolítica contemporánea en Argentina y al cual remite las formas asamblearias que recoge en su etnografía.¹¹ Es en relación a estos repertorios, como modalidades de acción política, que el recurso retórico que nombra a la *asamblea* como tal, tuvo resonancias para mí, desde un sentido común del cual formo parte.

Al reflexionar sobre cierto actual movimiento migratorio neo-rural de las clases medias en la provincia de Córdoba, el trabajo de Quirós relata algunas escenas que tienen a una “Asamblea” de vecinos por protagonista. Es pertinente contrastar aquel relato con la

¹¹ Dando cuenta de este repertorio, un trabajo de Maristella Svampa cartografía nuevas tipologías y modelos de militancia. Allí señala que, actualmente, la conformación de espacios vecinales o territoriales de tipo asambleario se ha convertido en una de las principales modalidades de acción política. (Svampa, 2010)

asamblea que aquí vamos a describir, puesto que aquél recrea los mismos supuestos desde los cuales yo esperaba que se desarrollaran los acontecimientos. Allí, se retrata una “Asamblea” en base a las interlocuciones, argumentos que se cruzan, conceptos que se formulan, discusiones que se entablan. El tono muchas veces sube y se enervoriza, marcando, por lo menos, dos posiciones antagónicas expresadas verbalmente. Lo que se dice y argumenta retóricamente resulta un dato fundamental para la descripción de esta “Asamblea”. En cambio, a partir de la descripción que sigue de nuestra *asamblea*, podremos ver que resultó imprescindible sostener la mirada sobre las dimensiones performático-corporales, además de otros contrastes:

La ronda entera escuchaba, atentamente, la propuesta que una mujer hacía, portando un ovillo de lana. Ahora ya no se realizaban interacciones pequeñas o superpuestas, y el ambiente estaba cargado de expectativa. Con el ovillo de lana en escena, se echó a rodar así una especie de ritual de presentación: pasándose alternadamente el ovillo, había que invitarse mutuamente a decir aquello significativo que nos reunía ese día, en aquel lugar. Con un tono pausado, constante y suave, aunque intensamente cargado de emociones, la lana fue entramando voces e imaginarios. Mientras el ovillo saltaba de mano en mano, el hilo que iba dejando por detrás tramaba una red que, a su vez, mostraba un conjunto de personas en ronda, unidas ahora por lazos de lana. Al mismo tiempo, expresiones como: “el nacimiento de una nueva etapa”, “sueños compartidos”, “vivencias”, “compañerismo”, “alegría”, “amistad”, desplegaban por todo el espacio, una atmósfera sensible (fragmento de registro de campo).

El momento de las interlocuciones, de las verbalizaciones, de la retórica que yo tanto esperaba, estaba por fin ocurriendo. Sin embargo estas acciones verbales distaban mucho de las que yo atribuía –desde mi sentido común- al género “asamblea”. El uso de la palabra en esta dinámica estaba más orientado a expresar sentimientos, que a realizar argumentaciones racionales o a cruzar argumentaciones y razonamientos en un debate. Aquí no había –aparentemente- una disputa sobre puntos de vista, sino que todos los puntos de vista parecían tener lugar en la ronda y se expresaban uno por vez. Todos expresaban sus emociones y, llamativamente, no aparecían juicios, ni acusaciones, ni reclamos. El tono general, para esta ocasión, no era en absoluto de enojo o de angustia o de urgencia, sino de alegría, de esperanza, a lo sumo de melancolía, por los *compañeros* que no estaban allí. No había habido representantes ni representados, conductores ni

conducidos, delegados, delegación, directores, ni cargos. Sin embargo, al igual que en un aula, la disposición de los cuerpos y la modalidad de las intervenciones retóricas, habían estado minuciosamente cuidados. Retomaremos a continuación los aspectos que tienen mayor relevancia para esta etnografía.

Una de las cuestiones que observé y que llamó mi atención en principio es que, acorde lo muestra la descripción, la puesta en práctica de esta *asamblea* parece haber contemplado una serie de recursos metodológicos prolijamente dispuestos. Es decir, a los fines de propiciar una comprensión sobre cómo es que se producen en este campo los sentidos por vías no tanto retórico-argumentativas cuanto más performático-corporales, parece importante tomar en cuenta este dato. Los recursos puestos en juego revelan una marcada preocupación e interés por las formas al momento de ocupar un espacio habitado por muchos/otros, por la disposición del cuerpo en relación con los otros cuerpos, por el modo/momentos en que se producen las alocuciones. Justamente la ronda y la utilización de la técnica participativa en base a un ovillo de lana, producen peculiares efectos en esas tres direcciones. Es preciso anotar, además, que resultan específicos recursos didácticos o metodológicos propios del campo de la enseñanza, la psicología social, el trabajo social e incluso la recreación (García, 1997).

Dos datos etnográficos relevantes surgen de aquí. Uno está en relación con las causas que habilitan la utilización de este dispositivo y el otro con los efectos que este dispositivo produce a través de la performance. En relación con lo primero, la razón de su utilización, por ejemplo, no fue puesta a debate en la asamblea ni fue cuestionada. Sin embargo eran evidentes la predisposición anímica y cierta afinidad estética y moral compartida, lo cual, en definitiva, hizo posible esta performance.

En este punto, el arco de disciplinas asociadas a la utilización de aquella metodología tiene algo más que decirnos sobre los participantes, quienes portan capitales culturales significativos en este campo particular. Se anuda más claramente la codificación cultural que ordena aquella realización si tenemos en cuenta que muchos, o varios, resultan ser profesionales en las áreas de la educación, el trabajo social, la psicología social, etc. De modo que, con esta performance, podemos vislumbrar algo del contexto sociocultural del que emergen las participaciones y los participantes de *la Biblio* y suponer que el despliegue de aquellas metodologías puso en evidencia una voluntad de producir y actuar sentidos en conjunto que se encuentran enraizados en una especie de currículum común, no explicitado verbalmente, pero así performado.

El trabajo de Dora García (1997) que mencioné arriba, puede ofrecer algunas pistas que nos permitan contextualizar este campo. Allí la autora recupera, desde su propia práctica como trabajadora social, la entrada en vigencia de algunas nociones vinculadas a lo que menciona como el “paradigma participativo”. Estas nociones tienen que ver con cierto consenso en torno a su preferencia como marco de acción personal y profesional a partir de la última vuelta a la democracia en nuestro país:

En la década del '70 desde mi proceso de aprendizaje personal y profesional fui encontrando algunas respuestas y otros interrogantes (...) Al mejor estilo paternalista se permitía la participación de la gente hasta cierto punto; no en la toma de decisiones; lo que se conoció después como *participación simbólica* (...) La década del '80 nos sorprendió en esas circunstancias (...) Nos abalanzamos en el nuevo espacio democrático con toda la esperanza y con ansias de participar (...) desde un enfoque humanitario, democrático y plural apareció una nueva conceptualización de la prevención y la educación (...) dónde por primera vez se hacía hincapié en el modelo de aprendizaje centrado en el grupo operativo con una tarea (...) Este modelo se puede asociar al paradigma participativo con el cual se pretende buscar el cambio social con la *participación real* de las personas en el proceso (...) Desde esta perspectiva se aprende haciendo en pequeños grupos, se reflexiona sobre el mundo interno y externo y se adquieren habilidades para la construcción de un pensamiento crítico (...) es la modalidad operativa más eficiente de esta década, por cuanto los cambios de conducta que pretendíamos en las personas de la comunidad (...) eran cambios que se tenían que producir en nosotros, no solo en los otros, porque ¿quién tiene la verdad? (García, 1997: 19. *Itálicas en el original*)

Algunos énfasis que surgen de aquí, como la contraposición entre “participación simbólica” y “participación real” o la “integración de las experiencias personales de cada participante” (García, op. cit.: 20), se enlazan con los efectos que esta metodología produjo en la performance y que se hicieron visibles para esta etnografía, como vemos a continuación.

Analizaremos brevemente, a partir de sus efectos, en qué consiste aquello que se produce con esta puesta en acto. En primer lugar, y tal como lo describí arriba, la ronda como dispositivo espacial en sí, preveía un lugar para cada persona. Es decir, bajo el imperativo de la forma misma, en pos de conformarla, hubo que asumir posiciones

dentro de ella. Podría pensarse que la toma de un lugar en el espacio físico tiene una relevancia relativa para interpretar la práctica de la participación. Sin embargo aquí es dable leer, a partir del hecho de que los participantes se ocuparan como primera tarea de conformar una arquitectura organizativa, que se trata de una acción performática de relevancia, de una acción discursiva. El efecto que se produjo al conformar una ronda fue que todos los presentes quedaran, explícitamente, integrados.

En resonancia tanto con los efectos que se producen como con el hecho de que este tipo de dispositivos tomen protagonismo al punto de dar cuerpo y forma a esta performance, otra línea teórico-metodológica proveniente también de aquel campo de disciplinas resulta útil para visibilizar los anudamientos que, en forma de codificaciones culturales, pudieran estar operando aquí. Se trata de la corriente de pensamiento crítico en torno a la obra y práctica educativas de Paulo Freire. Tomaré para este análisis algunos trabajos reunidos como parte de una compilación que se titula “Diccionario Paulo Freire” (AAVV, 2008) el cual representa una consultada compilación de palabras y conceptos propios de esta tradición. Algunos de los autores enfatizan allí la contraposición que hace Freire entre el concepto de “círculo de cultura” y el de “educación bancaria”, contraposición que resulta útil para ilustrar una correspondencia con la performance que nos ocupa:

(...) según esta perspectiva, aula debe ser substituida por “círculo de cultura”. En él, contrariamente a los “educadores bancarios”, que se refugian en sus aulas discursivas, retóricas (...) los educadores liberadores se colocan como (...) animadores culturales y como sistematizadores de las formulaciones colectivas (...) el círculo de cultura dispone a las personas alrededor de una “ronda de personas”, en la que visiblemente nadie ocupa un lugar preeminente. (...) a través de una pedagogía centrada en la igualdad de participación libre y autónoma sería posible formar sujetos igualmente autónomos (...) esas experiencias guardan en común el deseo de disolución de los modelos jerarquizados anteriores y de democratización de la palabra, de la acción y de la gestión colectiva y consensuada del poder. (AAVV, 2008: 66, 85, 86)

Antes de proceder con el análisis de la performance en curso, resulta oportuno marcar una resonancia que surge aquí entre estas nociones y las categorías de *prácticas concretas, poner el cuerpo y primero hacer y después hablar*. Como vimos, estas categorías orientan las acciones hacia la preeminencia del nivel performático-corporal

sobre el retórico-argumentativo. En este sentido es posible encontrar un parentesco con el señalamiento que aquí se hace al condenar aquella modalidad “que se refugia en sus aulas discursivas, retóricas”. Otra noción que proviene de la obra mencionada puede sumar para ilustrar más claramente esta coincidencia: “Enseñar exige la corporificación de las palabras en el ejemplo (...) Quien piensa acertadamente está cansado de saber que las palabras a las que les falta la corporeidad del ejemplo poco o casi nada valen” (AAVV, op.cit.: 17). Cierta sanción a la práctica de una retórica desprovista de una corporeidad en correspondencia, parece amplificar aquí esta similitud.

Analizaremos ahora las resonancias que se plantean con la noción de “circulo de cultura” como “una ronda de personas, en la que visiblemente nadie ocupa un lugar preeminente”, tomando en cuenta los efectos producidos por los dispositivos desplegados durante aquella *asamblea*. Ya señalé que el espacio de la *asamblea* se configuró, para empezar, en forma de ronda y que, con ello, propició la inclusión de todos los presentes. Otra cuestión a señalar en esta dirección es que la forma misma propició que no se formularan jerarquías espaciales diferenciadas que demarcaran centros y periferias. Tampoco nadie estuvo ni por delante, ni por encima de nadie. De modo que, en principio, la ronda propuso una igualación espacial, una homogeneización que fue puesta en tensión de varias maneras en razón de los protagonismos que fueron surgiendo. Aun así, la disposición facilitaba y propiciaba una tendencia a la equiparación en las posibilidades, cuanto menos corporales, de participar, que es lo que quiero señalar como rasgo.

También la lana cumplió un efecto similar, produciendo una equiparación de las posibilidades para tomar la palabra, para ser vistos por todos y oídos por todos. De esta forma cumplió, justamente, la función de descentralizar la coordinación de la organización, viabilizando la participación por turnos de forma lúdica. Asimismo la técnica permitió redistribuir la responsabilidad/cargo de la coordinación, pues el diseño mismo de la técnica hace que la tarea de asignar turnos para hablar sea realizada por todos: cada participante ocupa su turno y le cede la palabra al próximo, al entregarle el ovillo de lana. Resuena aquí cierta correspondencia con los fundamentos ideológicos expuestos en la cita en torno al “círculo de cultura”, el cual busca, a través de una pedagogía centrada en la igualdad, una participación libre y autónoma de “sujetos igualmente autónomos” que guardan el deseo común de disolver modelos jerarquizantes y democratizar la palabra y la acción, propiciando una gestión colectiva y consensuada

del poder. No es un dato menor el hecho de que, mediante esta distribución, se diera lugar para que todos y cada uno de los que formaron parte de la ronda, hablaran, dijeran: “En el círculo de cultura el diálogo deja de ser una simple metodología o una técnica de acción grupal y pasa a ser la propia directriz de una experiencia didáctica centrada en el supuesto de que aprender es aprender a decir su palabra” (AAVV, 2008: 86). Es de notar que por el contrario, no decir, no querer hablar o participar en estos términos, parecieran posiciones sin lugar dentro de este diseño. Lo cual enfatiza el hecho de que el mismo resulta una codificación arbitraria, que da cuenta de los intereses y sentidos de los actores que lo impulsan. Por lo tanto esta capacidad inclusiva de todos debe ser matizada por el hecho de que sólo se pueden incluir hablando, exponiéndose.

Como siguiendo el guión de un “círculo de cultura”, la performance de *asamblea* visibilizó así las participaciones, haciendo aparecer individualmente la voz de cada quien, volviendo esta instancia una ocasión para el mutuo reconocimiento en una clave que a muchos de los participantes no les resultaba desconocida, ya que se correspondía con trayectorias profesionales propias o de su entorno. Lo que resulta llamativo, sin embargo, es que esta equiparación en las posibilidades de participar no sólo produjo una igualación espacial-corporal sino que, a su vez, estuvo acompañada de una igualación anímica y expresiva. Veamos las acciones verbales que completan la performance, como singulares acciones expresivas:

La Biblio es parte de cada uno y es ser parte de todos (...) es un montón de cosas, una “común-uni6n” que hay, se autoconvoca, es un grupo noble. Vine al barrio armando la familia, no hago m1s que valorar y agradecer (participante 1)

La Biblio es para compartir, te llena el alma, colaborar, conocer otro tipo de gente, un lugar que siento m1s mío (...) (participante 2).

Feliz de estar ac1, es dif1cil encontrar una din1mica barrial, creo en la participaci6n comunitaria (...) sent1 la necesidad de seguir participando, por la necesidad de sentir que leer un escritor, ver un artista puede cambiarte la vida, *la Biblio* es un lugar para que las personas tengan acceso a estas cosas, para las que no lo tienen (participante 3).

Estoy para ayudar en lo que pueda (...) (*la Biblio*) da lugar para que lo que cada uno sepa y se pueda compartir (...) seguir caminos con humildad, modestia (...) Me gusta el proyecto pero m1s me gusta la gente (participante 4).

Hacer con todos y para todos, para mis hijos, los vecinos, y los pibes que pueden estar acá y no en la calle (...) Tengo el convencimiento, la fe de que somos familias que queremos cuidar de nuestra casa y habitar los diferentes espacios que tiene el barrio, tengo ganas de seguir empujando con un granito de arena (participante 5).

Vengo de un lugar donde las cosas ya estaban hechas, estoy feliz de formar de un parte de un grupo que está sucediendo (participante 6).

Siento emoción porque estoy cumpliendo mis sueños (participante 7).

Me siento afortunado de estar alrededor de la biblioteca, aprendí muchas cosas con la historia de la biblioteca (participante 8).

Es un sueño compartido, hace 17 años que llegué, quiero estar acá y ser parte de *la Biblio* (participante 9).

(Fragmentos de registro de campo)

Propongo hasta aquí, entonces, que esta performance de *asamblea* en clave de ronda se produjo bajo una codificación cultural que pongo aquí en resonancia con los contextos de procedencia de muchos de los actores participantes, en cuánto a sus formaciones o quehaceres profesionales. En consecuencia, resulta posible afirmar que esta performance despliega implicaciones moralizantes y estéticas. En relación con ello, dos cuestiones llamaron mi atención al finalizar la performance. La primera tiene que ver con el tipo de lenguaje que se utilizó y la segunda con aquello de lo que se habló, con los temas que se trajeron como tales. Es decir, es posible constatar que el estilo retórico puesto a funcionar estuvo muy estrechamente referido, por un lado, al nivel expresivo-emocional y, por otro, al de las experiencias compartidas en este proyecto común, es decir, al de la vida concreta y cotidiana como una realidad constituida a partir de aquella vecindad vivida. En este sentido las similitudes en torno a los temas y al tono emotivo general, el cual se agrupó sobre emociones similares como “alegría” o “entusiasmo”, resultan una singular característica.

En cuanto a los temas, es preciso tener en cuenta que se trató del evento inaugural de la sede de aquel emprendimiento comunitario y vecinal. Con ello es posible enmarcar aquellas alocuciones centradas en un repertorio de sentidos configurados en torno a aquel emprendimiento y hábitat. En ellas primaron los relatos sobre las experiencias compartidas que, en forma de una historia común, se sostenían en un reconocimiento

mutuo y minucioso como vecinos de *Los Coihues*, como *compañeros*. El lenguaje emotivo, por su parte, dio lugar para que aparecieran categorías y emociones acordes con el singular clima de consenso que la performance iba desplegando: “amigos”, “alegría”, “compañerismo”, “sueños compartidos”. En este sentido, y subrayando el hecho de que se trataba de un evento de fundación/inauguración, es posible captar cierto estado de consenso como un efecto más general producido por aquella performance. Es decir, es posible ver la estabilización de una serie de imaginarios y sentidos en torno a las prácticas de la participación que se reconocen como adecuadas, en torno al lenguaje que se considera apropiado y, aun, en torno a quiénes, cuáles personas, son reconocibles como formando parte de aquel imaginario común, como un efecto de esta performance. Esta serie de estabilizaciones es lo que, de hecho, la performance parece haber producido, actuado, o en otras palabras, narrado. Es posible leer, en base a esta performance, una narrativa hecha a partir de atravesar la experiencia colaborativa de las prácticas de participación en torno a *la Biblio*, en *Los Coihues*, como singulares vivencias de vecindad.

Performance y moralidad: cuerpos en ronda y palabras

Hasta aquí he trazado una descripción que me permite poner en perspectiva los muchos elementos intervinientes en la performance analizada. Por un lado, quiero subrayar el hecho de que los relatos se ciñen a la experiencia de participación concreta y compartida. Ello da cuenta de que esta performance resulta una forma de poner en valor determinados conceptos que fueron vividos: “Me siento afortunado de estar alrededor de la biblioteca, aprendí muchas cosas con la historia de la biblioteca” (fragmento de registro de campo). Con ello podemos reafirmar la vigencia que tiene la categoría de *prácticas concretas* como una práctica moral. En otras palabras, es posible ver que el reconocimiento que se realiza de aquellas singulares prácticas de participación, a partir del hecho de haberlas vivido, implica que se las reconoce como marco moral, es decir, como un lineamiento con el que se da sentido, se encauzan las acciones y se organiza el mundo. Como vimos, hay ciertos conceptos a los que el propio curso de la experiencia constituye en parámetros normativos, de modo que rigen comportamientos y median en la comprensión del mundo y de las propias acciones. Funcionan como valores en la medida en que resultan medios a través de los cuales las personas experimentan, aprehenden y construyen la realidad (Balbi, op. cit.). Justamente a esto se refiere Geertz

con el concepto de ethos, como la síntesis sobre lo que se conoce como el modo de ser del mundo, sobre la cualidad de la vida emocional y sobre la manera en la que uno debería comportarse mientras está en ese mundo. Desde aquí apostamos a dimensionar a las *prácticas concretas*, entonces también, como un singular carácter o sentido de sí, que adquieren, en este campo, las prácticas de la participación. Como dije antes, la noción de ethos resulta de mucha ayuda para hacer visible de qué modo se forman, en este campo, los valores morales, teniendo presente que no se prioriza el canal retórico-argumentativo, como modalidad práctica. Aquella observación ya mencionada que hace Geertz, acerca de que los significados en el ethos son sentidos de forma intuitiva, propone que se los capta sintetizados con los aspectos emotivos, en forma de resonancia. Las prácticas de participación propias de este campo tienen la característica de triangular los protagonismos de la acción entre los niveles espacial, verbal y corporal, junto al despliegue de un singular clima o atmósfera afectiva. En ese sentido, la performance de la *asamblea* mostró, de forma paradigmática, cómo funciona esta triangulación entre espacio, cuerpo y palabras y, por lo tanto, cómo se producen y se transmiten sentidos por esta vía.

A continuación, a partir del concepto de ethos buscaremos recuperar, en base a los ejemplos surgidos de aquella performance, las instancias en las que se produce esta potenciación o resonancia entre aspectos emotivos y la producción de significados, a partir de captar singulares momentos en los que se triangulan las acciones verbales, espaciales y corporales. La apuesta parte por observar estas tres dimensiones en correlato con el objeto de componer la trama de sentidos que emerge desde este campo auto-organizado. Nos proponemos comprender, de este modo, cómo se produce la puesta en valor o jerarquización de determinados conceptos, es decir, la producción de determinados sentidos aglutinantes con capacidad para organizar interacción.

Para dar cuenta del nivel corporal-espacial, me apoyaré en dos grupos de datos. Uno es el que encontré con el análisis de esta performance a partir de los efectos equiparadores, redistributivos y descentralizadores de las posibilidades de participación. Como relaté más arriba, a su vez encontré que estos efectos, son los mismos que pude experimentar a través de aquella metodología específica desarrollada como parte de la ejecución del Programa, mediante la cual buscaba sintonizar esta experiencia con los valores y sentidos que ordenaban la participación en *la Biblio*. El segundo proviene, como vimos, de reconocer la utilización de metodologías específicas al servicio de la producción de

esta *asamblea*, lo cual puso en evidencia las codificaciones culturales que operan aquí en relación con los contextos de procedencia de los actores.

Al poner estos dos grupos de datos en correlación para triangularlos con las acciones verbales, buscaré reconocer las implicancias morales y estéticas de esta performance a modo de narrativa. Por ejemplo, al tomar los efectos integradores e inclusivos que produjo la ronda, orientados a viabilizar la participación efectiva de todos los presentes, es posible ponerlos en correlación con la búsqueda de una “participación real” que expresa el “paradigma participativo” (García, op. cit.). Desde aquí podemos encontrar pares retóricos que resuenan con éstos, como por ejemplo: “quiero ser parte”. También podemos verlo con otro ejemplo, partiendo de los efectos integradores que viabilizan la “participación real”, otro anhelo que expresa aquel paradigma en términos de una reflexión sobre el mundo interno y externo, puede verse reflejado en las palabras de los actores, como: “Feliz de estar acá, es difícil encontrar una dinámica barrial (...) sentí la necesidad de seguir participando”. Asimismo, se expresa también el anhelo de propiciar la integración de las experiencias personales de cada participante: “[*la Biblio*] da lugar para que lo que cada uno sepa, se pueda compartir”.

Veamos con otros ejemplos, cómo es que estos niveles se reflejan entre sí. Pondré ahora el foco en los efectos equiparadores de las posibilidades de participar que la disposición corporal de la ronda produjo. Como ya fuera analizado, es posible enlazar esta distribución espacial-corporal con la noción de “circulo de cultura”, el cual alude explícitamente a una “ronda de personas, en la que visiblemente nadie ocupa un lugar preeminente” (AAVV, op. cit). Ese enlace se puede, a su vez, poner en relación con una de las expresiones verbales vertidas en correlato: “*La Biblio* es parte de cada uno y es ser parte de todos”. Podemos ver cómo en ambos niveles (espacial-corporal y verbal) se está narrando lo mismo: se pone retóricamente en valor tanto el formar parte como el que todos puedan hacerlo, lo cual es justamente el efecto que está siendo producido, en tiempo real, con la disposición espacial-corporal de la ronda. Veámoslo ahora a partir de esta frase: “(*la Biblio* es) un lugar de puertas abiertas”. Allí se pone retóricamente en valor el hecho de que todos puedan acceder a aquel espacio mientras que, al mismo tiempo, se está performando un mecanismo espacial-corporal que viabiliza de manera vivencial aquel anhelo. La descripción que hace Arturo Escobar, acerca de aquellas maneras de la actuación capaces de desplegar en la práctica diaria las características del mundo deseado, se pone aquí en evidente resonancia.

Tomaremos ahora los efectos descentralizadores y redistributivos de la participación registrados en torno a la técnica del ovillo de lana, a los que en principio encontré en consonancia con los anhelos formulados por la noción “círculo de cultura”: igualdad, participación libre y autónoma de sujetos igualmente autónomos, democratización de la palabra, acción o gestión colectiva y consensuada del poder. Veamos cómo, a partir de aquí, encontré que pueden ser enlazados con algunos pares retóricos: “(*la Biblio*) da lugar para lo que cada uno sepa (...) creo en la participación comunitaria”, o “es súper horizontal con mucho huevo de todos”, o también “*La Biblio* es (...) una común-uniión que hay, se auto-convoca”.

Por otra parte, los efectos equiparadores, integradores y redistributivos de la participación producidos desde aquella performance en ronda, acontecían en medio de un particular clima emotivo. Desde un nivel anímico, al decir de Ben Anderson (op. cit.), una atmósfera afectiva era desplegada al ritmo de ciertas acciones verbales, orientadas a expresar emociones: “me siento afortunado”, “quiero estar acá”, “quiero ser parte”, “es un sueño compartido”, “estoy feliz”, “tengo ganas”, “me gusta”, “tengo fe”, “no hago más que valorar y agradecer”.

Por último y como un signo general, aunque podemos ver similitudes entre los efectos de aquella performance y las nociones y anhelos que proponen las teorías revisadas, es de subrayar que no se realizaron intervenciones retóricas que la explicaran o argumentaran. Es decir, no se teorizó sobre los métodos ni se los puso a debate recurriendo al lenguaje experto. No se realizaron argumentaciones sobre las prácticas pasadas, ni sobre los efectos de las que estaban ocurriendo allí. No hubo alusiones a autores, corrientes o conceptos para fundamentarlas.

Buscando componer una narrativa desde este campo, el análisis de los efectos que la disposición espacial-corporal de la ronda produjo en relación con codificaciones culturales implicadas, me ofreció un dato espacial-corporal que puse en correlación con el nivel de la acción verbal. De este modo busqué componer una perspectiva que me permitiera dar cuenta de la triangulación entre espacio cuerpo y palabras, característica que, por otra parte, es propia de las prácticas aquí etnografiadas. Al hacerlo descubrí que entre los tres niveles se produce una correspondencia a modo de espejo: al tomar como punto de partida los efectos surgidos de la performance de la ronda y al cotejar, desde este nivel espacial-corporal, su relación con el nivel verbal, encuentro que éstos se reflejan mutuamente potenciando sus direcciones hacia una mutua articulación.

Los cuerpos en ronda, las sonrisas, los tonos pausados, suaves y emocionados en el decir, iban produciendo cierta síntesis resonante entre la cualidad de la vida emocional así enunciada y el modo de ser del mundo, así performado. Una tercera síntesis sobre cuál es el modo adecuado del comportamiento aquí, puede verse cuando en el marco de aquel clima emotivo, mientras los cuerpos en ronda efectivamente dan lugar a la presencia de cada quién, mientras con una lana se reparte efectivamente la responsabilidad en la gestión de las participaciones, al mismo tiempo se dice creer en la participación, dar lugar al saber de cada uno, ser una común-uniión, ser horizontal, auto-convocarse. La performance produce, de este modo, sentidos resonantes que nos permiten unir espacio, cuerpos y palabras de forma de poder ver una corporización de las palabras y una verbalización de la acción corporal-espacial, tal como si se tratara de una narrativa teatral.

Narrativas en resonancia

A partir de este análisis se despertaron, para esta etnografía, algunas resonancias con cierto repertorio de la acción socio-política de nuestro país y que Maristella Svampa describe como “una nueva narrativa autonomista” (Svampa, 2010) surgiendo dentro de un proceso contemporáneo de transformación global de las subjetividades políticas. En un trabajo orientado a cartografiar nuevas tipologías y modelos de militancia, describe la conformación de espacios vecinales o territoriales de tipo asambleario como una tendencia de la acción política que podría interpretarse en aquellos términos. Estas acciones colectivas se caracterizan por: “(...) la conjunción entre anclaje territorial, acción directa, difusión de modelos asamblearios y demanda de autonomía”. La autora sostiene que estas modalidades estarían dando nacimiento a un nuevo “ethos militante”, como “un conjunto de orientaciones políticas e ideológicas que configuran la acción colectiva” (Svampa, 2010: 15).

Ello nos permite abrir el foco para poner a las prácticas de auto-organización etnografiadas en relación con este contexto, planteado en términos de repertorio. Tal como fuera definido por Charles Tilly, el concepto de repertorio “(...) captura la combinación de elaboración de libretos históricos e improvisación, que caracteriza generalmente a la acción colectiva.” (Tilly, 2000: 14). El mismo supone que la acción colectiva ocurre en el marco de interacciones entre grupos y personas, por lo tanto, que los participantes aprenden, innovan y construyen historias en el propio curso de la

acción colectiva. Es decir, que los actores utilizan performances colectivas flexibles y sujetas a negociación e innovación, las que se constituyen en repertorios específicos de acción colectiva (Tilly op. cit.). Reponiendo desde un marco histórico el repertorio de la acción sociopolítica en nuestro país, Svampa identifica esta nueva narrativa en diferentes experiencias sociales y políticas desarrolladas en los últimos veinte años en Argentina. Entre ellas incluye organizaciones por los derechos humanos, asambleas barriales, organizaciones de desocupados, fábricas recuperadas, asambleas socio-ambientales y numerosos colectivos culturales, tomando como punto de referencia el marco de la crisis vivida en nuestro país en el año 2001 (Svampa, op.cit.). A partir de comprender a las narrativas como relatos con dimensión temporal mediante los cuales los actores asignan sentidos a la vida, individual y colectiva (Koselleck, 1993), algunas características nos resultan sugestivas para ponerlas en relación con las performances de participación aquí observadas, por ejemplo: “(...) en el campo de los movimientos sociales, la narrativa autonomista se nutre de un discurso práctico, antes que teórico” (Svampa, op. cit.: 16). Otra de las características a partir de las que Svampa describe esta “narrativa autonomista”, es un énfasis sobre ciertas cualidades que se buscan a nivel organizativo, es decir, sobre cuestiones que hacen a lo organizativo desde su dimensión práctica: “la forma de concebir la política desde abajo, que reclama (...) la horizontalidad de los lazos y la democracia por consenso como valores estructurantes, valores compartidos” (Svampa, op. cit.: 17)

Esta misma cuestión es tomada desde una línea que presenté más arriba a partir de un trabajo de Arturo Escobar. Allí el autor reflexiona sobre la aparición de una nueva subjetividad política vinculada con la construcción comunitaria y organizacional. Tal como lo adelanté, este trabajo también registra una tendencia que sostiene la autonomía como principio, pero que se describe desde las prácticas y modos de la auto-organización. En correlato con la “narrativa autonomista” de Svampa, aquí se alude a una “política prefigurativa” para describir aquellas prácticas que, desde una modalidad de la acción que se preocupa por la forma de la organización, acentúa principios de “autonomía, no-jerarquía y auto-organización”. Se favorece, con ellas, un estilo de la práctica que utiliza modalidades y metodologías que no sólo dan importancia a los contenidos e ideas como tales, sino que a su vez los ponen en acto al tomar como campo para la acción, la forma misma en la que se producen los eventos. La cualidad que surge de este tipo de prácticas que, como describe Escobar, recurren a la utilización de

metodologías y dispositivos de acción específicos, es su capacidad para desplegar su utopía mediante estas acciones, para poner en acto las ideas, contenidos y principios que son anhelados.

¿Acaso el estilo de organización expresado como *prácticas concretas* puede comprenderse en correlación con aquel “estilo de la política” que describe Escobar, cuyo “mundo deseado” se despliega al tiempo que “acentúa principios de autonomía, no-jerarquía y auto-organización”? ¿Acaso resulta posible entramar estas prácticas dentro de aquel repertorio al que alude Svampa en torno a una “narrativa autonomista”?

Al analizar el estilo de esta práctica o repertorio de acción colectiva a partir de la experiencia etnografiada, resultó posible ver que, esta performance de una singular ronda, a través de abundantes acciones corporales, espaciales y de ciertas ejecuciones verbales, puso en escena acciones descentralizadoras, redistributivas y equiparadoras de la participación. El trabajo de Arturo Escobar que mencioné, da cuenta de un estilo de práctica muy afín a ésta que otorga similar relevancia al nivel performático o prefigurativo. Ello, porque a través de acciones, metodologías y escenificaciones, allí se producen y transmiten sentidos que orientan las acciones colectivas a hacer presente un “futuro mundo deseado”. El autor identifica estos sentidos con principios de autonomía, no-jerarquía y descentralización o auto-organización y como propios de la “política prefigurativa”. En esta dirección podemos encontrar, desde los efectos surgidos en base al análisis de la performance de *asamblea* (descentralización, equiparación, redistribución), una resonancia con la descripción de Escobar. Por otra parte, teniendo en cuenta los efectos y sumando los registros que recuperan lo dicho durante aquella experiencia, encontramos a su vez la presencia de algunas palabras que resultan clave dentro del repertorio y la narrativa a la que alude Svampa. Se trata de nociones tales como “autonomía” y “horizontalidad”. Notemos que ambas palabras aparecieron entre las notas de aquel día: “(*la Biblio*) es súper horizontal” y “(*la Biblio*) se auto-convoca”.

Por todo lo cual es posible afirmar que las *prácticas concretas* establecen una resonancia en términos de repertorio, tanto con aquello que narra aquel “nuevo ethos militante” en clave de “narrativa autonomista” (Svampa, op. cit.), cuanto con lo que dejan saber en clave de “mundo deseado”, las prácticas de auto-organización que Escobar (op. cit.) menciona en términos de “política prefigurativa”.

Conclusiones

Tal como lo dejé expuesto más arriba, al dimensionar las *prácticas concretas* como prácticas morales, busqué subrayar la necesidad de atender tanto al nivel actitudinal en la producción y transmisión de valores morales, cuanto a lo que queda estabilizado o nombrado como valor moral, en base a lo que los actores nombran, interpretan y aplican.

El camino emprendido en este capítulo partió por establecer de qué modo la categoría de *prácticas concretas* funciona como un valor moral. Analizando estas prácticas desde los aspectos de su obligatoriedad y su deseabilidad, fue posible visibilizar de qué manera, la performance de las *prácticas concretas*, se configura como una práctica con dimensiones moralizantes, capaz de echar a rodar significados y de impregnar emotivamente, orientando con ello el curso de la acción colectiva. La aproximación etnográfica permitió así abordar un tipo de repertorio que, evitando realizar prácticas retórico-argumentativas basadas en saberes expertos, se despliega en forma de acciones trianguladas entre los niveles corporal, espacial y verbal. En base al análisis de la performance de *asamblea*, pudimos verificar cómo se producen sentidos resonantes a partir de diseños espacio-corporales combinados con la ejecución de ciertas acciones verbales y el despliegue de un particular clima o atmósfera afectiva. La perspectiva de la performance combinada con la mirada que abre el estudio de la moralidad me permitió ir entramando los muchos elementos que configuran este campo. En primer lugar, la perspectiva de la performance abrió un ámbito desde donde registrar la narrativa que surge de la corporalidad, la espacialidad y la ejecución de determinadas acciones verbales. Por otra parte, atender a la dimensión moral de aquella producción de significados realizada en forma de performance, me permitió delimitar algunos conceptos que, producidos en forma de actos vitales y cargados moralmente, ofician de vectores organizando, diferenciando y jerarquizando, el caudal de interacciones que dan forma a este campo.

Conclusiones

El inicio de esta experiencia de trabajo de campo aquí relevada, estuvo signado, como vimos, por la puesta en funcionamiento de un Programa de Trabajo Social orientado a fortalecer un proceso de participación barrial en torno a la biblioteca (*la Biblio*). La propuesta del Programa se sostenía, por un lado, en una apuesta por desarrollar una estrategia de trabajo comunitario informada desde el campo de la antropología y, por el otro, en una propuesta estética o artística acorde con la modalidad de la participación que se desarrollaba en este campo. Las prácticas de participación que el Programa proponía como estrategias para coadyuvar al proceso de participación barrial en curso consistían, sobre todo, en el aprendizaje y ejecución de una práctica musical. Esta característica propuso de partida para este ejercicio, el desafío de hallar un lenguaje teórico y marcos de interpretación que atravesaran y conectaran aquellos campos de saberes atinentes a las prácticas de organización social y a las prácticas estéticas. De algún modo la propuesta misma del Programa ya contenía la intención de conectarlos y, a su vez, una pregunta acerca de cómo se relacionan. Esa pregunta fue, luego, convertida en pregunta de investigación, de modo que, a partir de reconocer los diversos lenguajes, retóricas y repertorios socialmente disponibles que los actores movilizan en situaciones concretas, busqué seguir los procesos de organización apuntando a comprenderlos como procesos performativos o de normalización, captándolos desde sus dimensiones estética, emotiva y performática.

Tal como fue desarrollado a largo de esta tesina, al abordar aquella pregunta sobre como se organiza la participación en este campo, hube de tomar como punto de partida teórico-metodológico la cuestión del principio de organización de lo social, lo cual me llevó, por un lado, a encontrar el marco de la teoría de la redes (Latour, 2008 y Escobar, 2010). Desde aquí fue posible nombrar aquel fenómeno asociativo en términos de auto-organización. Por el otro lado, al sistematizar los repertorios de acción utilizados por los actores en este campo dentro del cual estaba la práctica musical que realizábamos en el Programa como una práctica de participación vecinal más, resultó necesario enfocar la producción de sentidos y significados. El enfoque de la moralidad (Balbi, 2007), comprometido con la perspectiva etnográfica, permitió visibilizar esta producción desde las perspectivas de los actores. Sin embargo, acorde con la cualidad estética que adquirirían las prácticas de participación en este campo, resultó necesario atender al nivel de la corporalidad para rastrear esta producción.

Aquí es dónde la perspectiva de la performance se recupera productivamente para realizar este ejercicio. Desde una visión crítica Diana Taylor (2000) sostiene que la academia tradicionalmente ha privilegiado la vista, la lectura y la escritura en la producción de conocimiento. Por lo tanto, el enfoque de la performance, al ocuparse del cuerpo, encuentra un enorme potencial gracias a la gran capacidad que éste tiene para transmitir afectos, identidad, memoria, sentidos. Ello implica afirmar que lo que las performances transmiten es información cultural codificada y adquieren sentido en contextos culturales y discursivos (Taylor, 2011). Según Taylor (2000), la performance es como una batalla que se realiza siempre en vivo, donde el cuerpo es escenario y arma.

Como vimos a lo largo de este ejercicio, las *prácticas concretas* como prácticas de participación pueden captarse muy bien desde la perspectiva de la performance pues se producen de manera relevante desde el *cuerpo*, lo cual se entiende, a su vez, como un *poner* y un *hacer*, prioritariamente antes que un *hablar*. Estas prácticas demuestran, por su parte, gran capacidad para producir sentidos resonantes y orientar, desde allí, el curso de las acciones colectivas, tanto funcionando como sanciones cuánto impregnando emotivamente y produciendo imitación. Acorde al singular sentido de sí que adquieren estas escenificaciones, acompañadas por específicas acciones verbales expresivas, echan a rodar significados no necesariamente argumentados retóricamente y pueden ser comprendidas como prácticas morales, reconocibles en las puestas en acto.

Al identificar a las *prácticas concretas* como performances y como prácticas morales he buscado conectar, desde la cualidad estética de estas prácticas de participación vistas como gestos o actuaciones, aquello que los actores desarrollan para producir y disputar sentidos y valores morales. A su vez he buscado identificar la potencialidad normativa de estos fenómenos estéticos, como acciones codificadas culturalmente. La relación que queda establecida desde aquí entre moralidad y performance, entre corporalidad y producción de sentidos, puede sintetizarse, en definitiva, como una relación entre la dimensión estética de las prácticas morales y la dimensión moral de las prácticas estéticas.

En definitiva, este trabajo ha buscado articular una perspectiva teórico metodológica que permita hacer visibles ciertos repertorios contemporáneos de acción y organización colectivas. Por un lado, se ha buscado comprender los repertorios aquí presentados, como formando parte de procesos de organización que se desarrollan en los barrios de la

ciudad de Bariloche, nucleando corrientes migratorias que pueden comprenderse como movilidades por amenidad o estilo de vida. Al ser el barrio de Villa Los Coihues uno que recibe esta corriente migratoria al menos desde la década de 1980, resulta un caso significativo para indagar sobre el modo en que estas lógicas sedimentan y dejan su impronta en el espacio urbano. Una de las posibles líneas de indagación que se abre desde aquí, apunta sobre la necesidad de comparar este proceso con los de otros barrios, por ejemplo aquellos conformados a partir de otras corrientes migratorias o donde la corriente migratoria por amenidad o estilo de vida pudiera ser más reciente.

Por otro lado, tal como mostró esta etnografía, al utilizar lenguajes artísticos, manuales o artesanales y al hacer énfasis en la utilización del cuerpo y la producción del espacio, los repertorios aquí registrados permiten trazar conexiones entre campos disciplinares vinculados con prácticas estéticas, como el del arte, y vinculados con prácticas de organización socio-cultural, como el de la antropología. En este sentido, esta indagación busca realizar aportes en continuidad con aquellas que investigan prácticas contemporáneas que incluyen lenguajes artísticos en la producción de sentidos y que, a su vez, desarrollan estrategias de organización social y/o política.

Bibliografía

- Abalerón, C. A. 1992. Tendencias de Crecimiento Poblacional y Espacial en San Carlos de Bariloche con Énfasis en el Sector Marginal. Informe Final. San Carlos de Bariloche: Fundación Bariloche.
- Anderson, Ben. 2014. Encountering affect. Capacities, apparatuses, conditions. Durham: Ashgate.
- _____. 2009. "Affective Atmospheres". *Emotion, Space and Society* 2: 77–81
- Balbi, Fernando A. 2007. De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo. Buenos Aires: Antropofagia.
- Barth, Fredrik. 1976. Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales. México: Fondo de Cultura Económica.
- Boivin M., Rosato A. y Balbi F. 2003. "Frasquito de anchoas..." Representaciones sociales y procesos políticos. *Estudios desde la antropología social* (146-150). Buenos Aires: Editorial Antropofagia/Centro de Antropología Social.
- Brow, J. 1990 "Notes on Community, Hegemony, and Uses of the Past". *Anthropological Quarterly* 63, Nro.1, 1-6.
- Butler, Judith. 1990. *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. New York: Routledge.
- _____. 1988. "Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory". *Theatre Journal*, Vol. 40, No. 4, 519-531.
- de Landa, Manuel. 2006. *A New Philosophy of Society. Assemblage Theory and Social Complexity*. New York: Continuum Press.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. 1987. *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Durkheim, Emile. [1895]1982. *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Ediciones Orbis.
- Escobar, Arturo. 2010. "Redes". En: *Territorios de diferencia. Lugar, movimientos, vida, redes* (285-337). Popayán: Enviñón editores.
- _____. 2016. *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Ferreira Luis. 1999. *Los tambores del candombe*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- Fuentes, R. y Núñez, P. (Eds.). 2007. *Sectores populares: identidad cultural e historia en Bariloche*. Bariloche: Editorial Núcleo Patagónico.
- García, Dora. 1997. *El grupo: Métodos y técnicas participativas*. Buenos Aires: Espacio.
- Geertz, Clifford. 1973. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gibbs, Anna. 2010. "After Affect". En: *The Affect Theory Reader* (187-205). Durham: Duke University Press.
- Gibson-Graham J.K. 2002. Intervenciones posestructurales. *Revista Colombiana de Antropología* 38, 261-286.
- Gravano, A. 2005. *El barrio en la Teoría Social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Grubic, Andrej. 2004. Towards Another Anarchism. *The World Social Forum: Challenging Empires* (35-43). Delhi: Viveka.
- Guattari, Félix. 1995. *Caosmosis*. Buenos Aires: Manantial.
- _____. 1996. *The Guattari Reader* edited by Gary Genosko. Oxford: Blackwell Publishers Ltd.
- Guber, Roxana. 2004. "El trabajo de campo como instancia reflexiva del conocimiento". En: *El salvaje Metropolitano* (83-97). Buenos Aires: Paidós.
- _____. 2012. *La etnografía. Método, Campo y Reflexividad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

- Koselleck, Reinhart. 1993. *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Kropff Causa, Laura. 2002. *Indios, chilotes y vecinos en una ciudad patagónica*. Cuadernos de Antropología Social N° 16. Buenos Aires, 210-229.
- _____. 2001. *De cómo paisanos y chilotes devienen vecinos. Migración, identidad y estado en San Carlos de Bariloche*. Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas. Universidad de Bs. As., Buenos Aires.
- Kropff Causa, Laura y Ana Spivak L'Hoste. 1998. *Juntas Vecinales en dos barrios diferentes de San Carlos de Bariloche. Estrategias de grupos migrantes para la cohesión interna y la negociación con el Estado leídas en términos de procesos de construcción de identidades sociales*. Jornadas de Investigación. Instituto Gino Germani. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Latour, Bruno. 2008. *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Lutz, Catherine y Geoffrey White. 1986. *The Anthropology of Emotions*. Annual Review of Anthropology Nro.15, 405-436.
- Massumi, Brian. 2002. *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Durham: Duke University Press.
- Matossian, Brenda. 2008. *Expansión urbana y conformación de barrios populares en San Carlos de Bariloche*. 3ras Jornadas de Historia de la Patagonia. CEP, Universidad Nacional del Comahue, S. C. de Bche.
- _____. 2012. *Migración y segregación urbana en ciudades medias. Chilenos en San Carlos de Bariloche, Patagonia, Argentina*. Berlín: Editorial Académica Española.
- _____. 2015. *Derecho a la ciudad en San Carlos de Bariloche*. Revista Universitaria de Geografía, 24 Nro.1, 11-39.
- Noel, Gabriel. 2011. "Cuestiones disputadas. Repertorios morales y procesos de delimitación de una comunidad imaginada en la costa atlántica bonaerense", *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales XI*, 99-126.
- _____. 2013. "De los Códigos a los Repertorios: Algunos Atavismos persistentes. Acerca de la Cultura y una Propuesta de Reformulación", *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales 2013*, Nro.3, 2.
- _____. 2014. "Presentación. Las dimensiones morales de la vida colectiva. Exploraciones desde los estudios sociales de las moralidades", *Papeles de Trabajo*, 8(13), 14-32.
- Ortiz Oderigo, Néstor. 1969. "Calunga. Croquis del candombe". Buenos Aires: Eudeba.
- Otero, Adriana, Melisa Merlos y Mariana Rodríguez. 2014. *Innovaciones socioculturales como consecuencia de las nuevas movilidades del turismo. Estudio de caso: San Carlos de Bariloche, Argentina*. VI Congreso Latinoamericano de Investigación Turística, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén.
- Otero, Adriana María, Hugo Marcelo Zunino y Mariana Rodríguez. 2017. *Las tecnologías socioculturales en los procesos de innovación de los migrantes de amenidad y por estilos de vida. El caso del destino turístico de Pucón, Chile*. *Revista de Geografía Norte Grande*, 67, 211-233.
- Otero, Adriana y Cesetti Roscini, Mauro. 2017. *Territorios de Economía Social y Solidaria (TESyS) para el Desarrollo Local. Proyecto en curso presentado al Programa de Educación en Cooperativismo y Economía Social en la Universidad, Ministerio de Educación de la Nación, Universidad Nacional del Comahue, PCESU9-UNCOMA707*.

- Otero, Adriana y Merlos, Melisa. 2017. La producción de espacio post-turístico desde las resistencias. El caso de Villa Los Coihues, San Carlos del Bariloche, Argentina. III Jornadas Internacionales de Antropología del Conflicto Urbano. Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, U.B.A., Buenos Aires.
- Ouviña, Hernán. 2013. La política prefigurativa de los movimientos populares en América Latina. Hacia una nueva matriz de intelección para las ciencias sociales. *Acta Sociológica*, Nro. 62: 77-104.
- Pitt-Rivers, J. 1954. *Un pueblo de la sierra*. Grazalema. Madrid: Alianza Editorial.
- Quirós, Julieta. 2014. Neoaluvión zoológico. Avatares políticos de una migración de clase. Buenos Aires: Cuadernos de Antropología Social Nro. 39: 9-38.
- _____. 2014. Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología. *Publicar - Año XII N° XVII*
- Restrepo, Eduardo. 2012. "Distinciones teóricas en antropología". En: *Intervenciones en teoría cultural* (53-88). Popayán: Editorial Universidad de Cauca.
- Rosaldo, Michelle. 1984. *Toward an Anthropology of Self and Feeling*, en *Culture Theory. Essays on Mind, Self, and Emotion*. Richard Schweder y Robert Le Vine (comps.) (137-157). Cambridge: Cambridge University Press.
- Sarabia, Bernabé. 1992. "El aprendizaje y la enseñanza de las actitudes". En: *Los contenidos de la Reforma. Enseñanza y aprendizaje de conceptos, procedimientos y actitudes* (133-198). Madrid: Editorial Santillana.
- Schechner, Richard. 2000. *Performance. Teoría y prácticas interculturales*. Buenos Aires: Eudeba.
- _____. 2011. "Restauración de la conducta". En: *Estudios avanzados de performance*. México: FCE.
- _____. 1987. "Victor Turner's last adventure". En: *The anthropology of performance*, pp. 7-20. New York: Performing Arts Journal Publications.
- Seigworth Gregory J. and Melissa Gregg. 2010. *The Affect Theory Reader*. Durham: Duke University Press.
- Sendyk, Sofía A. 2016. *Políticas públicas de juventud en Bariloche: pibes, pibas, estado y organizaciones de la sociedad civil*. Tesina de Licenciatura. Universidad Nacional de Río Negro, Bariloche.
- Simmel, Georg. [1917] 2002. *Cuestiones fundamentales de Sociología*. Barcelona: Gedisa.
- Simmel, Georg. 1986. *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza Editorial.
- Streck, Danilo R.; Rendín, Euclides; Zitkoski, Jaime José. (Orgs). 2015. *Diccionario Paulo Freire*. Lima: CEAAL.
- Svampa, Maristella. 2010. *Movimientos Sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina*. Working Paper, 01/2010. OneWorld Perspectives Nro. 1. Kassel: Universität Kassel.
- _____. 2008. *Cambio de época: movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Taylor, Diana. 2011. "Introducción. Performance, teoría y práctica". En: Diana Taylor y Marcela Fuentes (comps.). *Estudios avanzados de performance*. México: FCE.
- _____. 2011. "Usted está aquí. El ADN del performance" En: Diana Taylor y Marcela Fuentes (comps.). *Estudios avanzados de performance*. México: FCE.
- _____. 2000. "El espectáculo de la memoria: trauma, performance y política". *Teatro al Sur* n° 15, 34-40.
- Tilly, Charles. 2000. *Acción colectiva*. Apuntes de Investigación del CECyP Nro. 6: 9-32.

- Tiniceto Clough. 2006. "An introduction". En: *The Affective Turn: Theorizing the Social*. Durham: Duke University Press.
- _____. 2008. *The Affective Turn : Political Economy, Biomedicine and Bodies*. En: *Theory, Culture & Society* (SAGE, Los Angeles, London, New Delhi, and Singapore), Vol. 25(1): 1–22.
- Turner, Victor. 1992. *The Anthropology of Performance*. New York: PAJ Books.
- _____. [1964]1999. *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual ndembu*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- _____. 1974. "Dramas sociales y metáforas rituales". En: *Dramas, Fields and Metaphors* (23-59). Ithaca: Cornell University Press.
- Vernik, Esteban. 2003. "Ideales simmelianos". *Estudios Sociológicos*, vol. XXI, 1, 75-87.
- Weber, Max. [1921] 2002. *Economía y Sociedad*. Madrid: Fondo de Cultura Económico.

Documentos:

- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010, Resultados definitivos. Variables seleccionadas. Buenos Aires, disponible en: http://www.censo2010.indec.gov.ar/index_cuadros.asp .
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001, Resultados definitivos. Variables seleccionadas. Buenos Aires, disponible en: http://www.censo2001.indec.gov.ar/index_cuadros.asp